

*Julio Carmona Cerrato*



*Juan Aparicio Quintana  
-retrato del hombre  
en el marco de su tiempo-*



*Juan Aparicio Quintana*  
*-retrato del hombre*  
*en el marco de su tiempo-*

*Julio Carmona Cerrato*



Especialmente por Joaquín y Luis,  
firmes cayados que siempre tuve en el duro camino.

Pero también para Aurora, Juan y Lola.

***Primera Edición***

Don Benito, marzo de 2017

**Edita:**

Ilmo. Ayuntamiento de Don Benito  
Concejalía de Cultura  
C/Groizard, 2 - 06400 Don Benito (Badajoz)

**Autor:** Julio Carmona Cerrato

**Maquetación:** Mercedes, estudio de Diseño Gráfico

**Impresión y Encuadernación:**

**Depósito Legal:**

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,  
sin la autorización previa del autor de la edición.

Impreso en España – Printed in Spain

## Agradecimientos del autor

Este trabajo hubiera sido irrealizable (por mi parte, al menos) sin el ánimo, apoyo y colaboración permanente de los hijos e hijas de Juan Aparicio, así como de sus familias.

Vaya también el agradecimiento expreso a los alumnos y alumnas de “don Juan”, sobre todo a José Gallego –“Sefui”- y al tallista Antonio Martín Romo, generosos a la hora de facilitar datos sobre su maestro y acerca de cualquier aspecto relacionado con Don Benito. Muy especialmente, a su alumno Juan José Lozano, estudioso de todo lo relacionado con la Escuela de Trabajo y con la Formación Profesional del siglo XX, cuyo cariño por su “maestro don Juan” se mantiene en el tiempo. Como puede apreciarse en las notas a pie de página y en el contenido de este trabajo, sus aportaciones han sido amplias y de valor.

Gratitud también al Cronista Oficial de Don Benito, Diego Soto Valadés, tanto por la información sobre el biografiado como por autorizar el uso de las noticias que sobre la ciudad, a lo largo de los años, ha ido introduciendo en la revista *Ventana Abierta*, en el apartado “¿Sabías qué?”. A la Asociación de Amigos de la Cultura Extremeña, editora de la citada revista, por acceder -con la generosidad que caracteriza a este grupo social- a que pudiera utilizarse el contenido de sus ejemplares.

También a la Asociación “Torre Isunza” para la Defensa del Patrimonio Histórico y Cultural de Don Benito por iguales gentilezas y, especialmente, a su presidente Daniel Cortés González. Su disponibilidad y colaboración merecen este humilde reconocimiento.

A cuantas personas fueron entrevistadas, bien por el autor o por los propios hijos del artista, y sin cuyo testimonio hubiera sido difícil conformar algunos detalles de este cuadro sobre la vida de Juan Aparicio.

Agradecimiento a los párrocos de Santiago –Fermín Solano Casero– y de San Sebastián –Santos Hernández Rodríguez– por su colaboración para la obtención de datos en sus correspondientes archivos parroquiales. Al responsable del Archivo Municipal de Don Benito –Manuel

Bolívar Prieto- y a las personas consultadas en los diferentes Archivos de Madrid o Sevilla, como también al Ministerio de Defensa del Gobierno de España. Gratitud en el recuerdo a Juan de Ávalos, cordial, dicharachero y sensible a la memoria de “Juanito”.

Y, cómo no, agradecimiento a los integrantes de la actual Junta Rectora del Patronato Juan Aparicio Quintana (entre ellos, a Pablo Fernández García por sus observaciones acertadas en el campo de la lengua). Las aportaciones de cada uno han enriquecido el contenido y la forma de este trabajo, siendo deseo de todos ellos, de la institución municipal y del propio autor que su lectura sea agradable y sus datos sirvan de puerta abierta a nuevas investigaciones sobre Juan Aparicio o su obra.

## **Agradecimientos de la familia de Juan Aparicio Quintana**

Agradecemos a nuestro Alcalde, Don José Luis Quintana Álvarez, el empeño y el esfuerzo para que este proyecto de reconocimiento de la figura de nuestro padre se restituya después de tantos años de incompreensión, así como por poner en marcha de nuevo el Patronato Juan Aparicio Quintana o cualquier otra aportación a su memoria.

Gracias también a la Excma. Diputación Provincial por la ayuda y asesoramiento para la publicación de esta biografía, y en el futuro los proyectos que se pudieran poner en marcha.

Y, finalmente, a nuestro querido amigo Julio. Después de concluir la biografía de nuestro padre, “Juan Aparicio Quintana. Retrato del hombre en el marco de su tiempo”, terminas en el capítulo de “Agradecimientos” indicando:

*“Este trabajo hubiera sido irrealizable (por mi parte al menos) sin el ánimo, apoyo y colaboración permanente de los hijos e hijas de Juan Aparicio, así como de sus familias”.*

¡Que acierto hemos tenido, Julio!... por tener un amigo que ha sabido traducir con maestría literaria una biografía que servirá para que futuras generaciones puedan conocer la vida de nuestro padre, al mismo tiempo que la historia de Don Benito cuando él vivió; etapa de muchos “silencios”, que tú has sabido contar con inteligencia y sin estridencias, colocando las vivencias del biografiado en el justo término temporal en el que iban aconteciendo.

Mucho tiempo hemos esperado para que viera la luz esta biografía. En ella reflejas la historia de los hechos con documentación que un día esta familia te entregó con todo el cariño del mundo. La mantuvimos guardada con mucho celo durante años, sin entregársela a nadie que no nos ofreciera la confianza que tú te ganaste con tu amistad y convivencia. Confianza que también has logrado con las investigaciones realizadas, con descubrimientos que nosotros ignorábamos, redactando y adaptan-

do con habilidad los diferentes periodos de la vida de nuestro padre, así como sabiendo reflejar el momento más adecuado y justo para ubicar los “documentos más íntimos” que nos dejó para ser más fieles con sus vivencias.

Es seguro, Julio, que tú sabes ahora tanto de él como nosotros, lo cual nos llena de satisfacción y orgullo, que nos hemos enterado por ti de cosas que si no hubiera sido por este trabajo biográfico se habrían perdido para siempre; por tu tenacidad y empeño por llegar a conocer como historiador e investigador el origen de los acontecimientos con fidelidad. Agradecemos el esfuerzo y cariño que has puesto en esta obra literaria, porque así la calificamos nosotros y su título como bien dices tú al principio: “Juan Aparicio Quintana. Retrato de un hombre en el marco de su tiempo”.

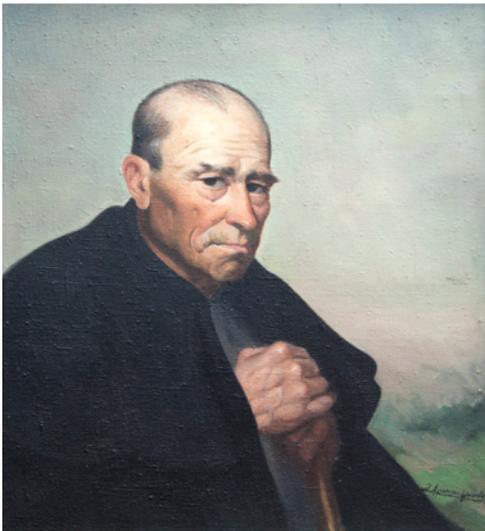
Familia de Juan Aparicio Quintana

# **PREÁMBULO**



Ignoro los pensamientos que albergaba la mente del pintor Juan Aparicio cuando, ya fuera por encargo o por propia iniciativa, había de sentarse ante el lienzo para plasmar el retrato de algún ser –vivo, muerto o imaginario-. Conozco bien las dificultades que supone el primer paso que conlleva el proceso creador, cuando te enfrentas a la nada, es decir, al blanco del papel, o de la pared, o del lienzo... Pero... ¡un retrato! No sólo la habilidad para dejar impresos unos rasgos físicos que se identifiquen con los del modelo, sino sobre todo y especialmente esa magia por la que se capta el alma del ser retratado. Y esa alma... ¿acaso la percibe el artista como el resto de los mortales?

Fue notable el número de retratos que Aparicio pintó a lo largo de su vida. Personalmente, prefiero los que realizó sin que mediara encargo alguno: esos rostros curtidos, arados por el tiempo, entre los que sobresale el de su propio padre. En la mirada de Joaquín Aparicio Lozano, en esos ojos que te observan tanto como tú a ellos... hay algo inmaterial. Medio siglo antes, un tal Critilo había dicho:



El retrato de su padre [...] es la figura de un hombre más que contemplativo, paciente y alerta tras unos ojillos vivaces, vigilantes. Dura debió ser la vida para un hombre así que en su aparente y sosegada calma nos dice que la vida es vigilia, lucha y defensa. No es un hombre victorioso, pero tampoco es un hombre que se manifieste derrotado; ni escepticismo ni euforia, un natural sosiego [...]

*Joaquín Aparicio Lozano, padre del pintor.  
Juan Aparicio Quintana.  
Óleo/lienzo. 65 x 60 cms.*

Impresiones, compartidas o no, que procedían de un objeto inanimado. Así pues, el artista había logrado que el lienzo transmitiera sensaciones, que el espectador extrajera conclusiones acerca de la vida de un ser al que no conoció. Quizá ese es el fundamento de todo retrato, la inmortalidad del modelo. Pero una inmortalidad que difiere según quién lo observe. Un lienzo ofrece pistas al espectador para completar la información sobre el personaje: su forma de vestir, algún objeto que lo caracteriza o el contexto físico en que el pintor lo ambientó. En todo caso, se trata del espacio tangible en un momento temporal concreto; no es la proyección sucesiva de etapas vitales que ofertan las proyecciones cinematográficas. Estas, sin duda, ayudan a entender mejor el desarrollo vital.

Cada medio de expresión cuenta, pues, con ventajas e inconvenientes. Abordar mediante la escritura la biografía de un ser humano requiere, ante todo, del conocimiento amplio de sus peripecias vitales. Si se le ha tratado personalmente y de cerca, se está en condiciones de transmitir incluso las razones que le llevaron a tomar determinadas decisiones o a conducir su vida por unos u otros derroteros. Mayores dificultades entraña la labor cuando no se ha conocido al personaje, cuando no se puede contar con sus directas explicaciones y cuando lo que se tiene es su obra pictórica, algunos datos de su vida profesional y las opiniones de quienes fueron sus alumnos.

Era el caso de Juan Aparicio. Escribir su biografía suponía, no solo hablar de los aspectos más afamados de sus facetas artística y docente, también de aquellos menos conocidos y de su vida personal y familiar. Tarea compleja, desarrollada a iniciativa de sus propios hijos y en cuyo desarrollo ha sido imprescindible su colaboración. También la de otros, cuyo reconocimiento consta en el apartado concreto que se dedica a plasmar la gratitud de este autor para con todos ellos. Y, sin embargo, a sabiendas de contar con esa colaboración para la aportación de datos, seguía pesando sobre mí aquella idea transmitida popularmente que consideraba a Juan como un hombre “raro” *-icómo cualquier artista!*, llegué a pensar en alguna ocasión-.

Sin embargo, más allá de los tópicos fáciles, era preciso un planteamiento riguroso del trabajo a realizar. Así pues... no bastaba con ofrecer datos de la vida de Juan Aparicio, unos conocidos y otros, no tanto. Era necesario que el lector pudiera extraer sus propias conclusiones acerca de aquella vida, acerca de las supuestas rarezas que la jalonaban y sobre las contradicciones que todos asumimos en nuestras decisiones. Entendí que para conseguirlo era necesario enmarcar, en cada momento, al hombre y al artista en su espacio vital. Dar cumplimiento, pues, a la conocida aseveración de Ortega acerca del hombre y sus circunstancias. De ahí que este cuadro sobre la vida de Juan Aparicio se haya intentado realizar con el fondo de paisaje del tiempo y el lugar en que se produjeron los hechos. Espero que, con ello, se puedan comprender mejor algunas de sus decisiones.

Por encima de todo, y aunque pueda resultar algo pretencioso, este planteamiento quiere responder a la voluntad del propio Juan Aparicio Quintana. Su carácter y el tiempo que le tocó compartir hicieron que su vida fuera callada y retraída, quizá más de lo que algunos creen que hubiese debido, tal vez menos de lo que él mismo pretendía. En las páginas que siguen aparecerá el hombre, el artista, el maestro, el esposo y padre... todos y cada uno conforman un ser humano, con sus debilidades y sus fortalezas. Espero que, entre todos, podamos cumplir el expreso deseo de Juan Aparicio:

*“[...] permanezco en silencio y quisiera que, cuando ya no pertenezca a este Mundo, se me juzgara con imparcialidad estas lágrimas de sangre, motivo de mi actitud [...]”*



# I

## **Españolito, que vienes al mundo...**

*(Antonio Machado)*



*Mujer con niño.  
Juan Aparicio Quintana. 1925.  
Carboncillo 100 x 70 cms.*



*-¡Joaquín... Joaquín!... ¡Un niño! ¡Ha sío un varón!*

Al escuchar la buena nueva, la cara –espejo del alma– reflejaba la felicidad de Joaquín Aparicio Lozano, el padre de la criatura. La madurez de sus 32 años le permitía afrontar aquella grata noticia con serenidad. Sin embargo, la información era incompleta para asegurarle su mayor alegría en mucho tiempo. Aunque había conocido la dicha de la paternidad en dos ocasiones anteriores, la llegada –“*por fin*”– del varón suponía la culminación de un anhelo que compartía con su esposa.

*-¿Y la madre...? ¿Cómo está la Ino?*

*-La Inocencia es fuerte, ya lo sabes...*

Cuando las vecinas “matronas” dieron permiso a Joaquín para entrar en la habitación, encontró a su esposa fatigada, pero radiante. La mujer que yacía en la cama tenía 26 años de edad y ya sabía lo que era parir por tercera vez. En el lecho, acurrucado junto a la madre, el niño permanecía con los ojos abiertos –“*demasiao abiertos para un recién nació*”, pensó el padre-.

*-¡Mira, Joaquín, ya tenemos a nuestro Juanito!* –las palabras de Inocencia dejaban traslucir su satisfacción-.

Juan Aparicio Quintana –“Juanito” siempre para su madre... y para otras personas con las que mantendría una especial relación de afecto en distintos momentos de la vida que entonces comenzaba– vino al mundo en Don Benito un 10 de enero de 1907. Lo hizo en una humilde casa de la calle Primera Cruz, la sita en el número 36, en el seno de una estirpe de pastores. Al menos, sus abuelos paterno –Santos Aparicio Silveira– y materno –Andrés Quintana Llanos– declararon en distintos documentos notariales dedicarse al pastoreo.

El abuelo Santos, superada la primera mitad del siglo XIX, había formado su hogar al lado de Justa Lozano Sánchez, en el número 12 de la calle Primera Cruz. Por su parte, los abuelos maternos, Andrés e Isabel Hurtado Moreno, tenían el domicilio no mucho más allá, en el 36 de la misma calle. Ambas familias residían en el tradicional barrio dombeni-

tense de San Sebastián. La proximidad debió de favorecer que los hijos respectivos, Joaquín Nicolás Aparicio Lozano –con “Nicolás” se rendía homenaje al santoral cristiano por el día del nacimiento– y María Inocencia Quintana Hurtado –Inocencia para todos– se trataran desde niños, aprendieran a quererse con el tiempo y, más tarde, se casaran. Fruto de aquel matrimonio fueron dos niñas –Isabel y Atocha– y el varón Juan que acaba de nacer.

Para quienes no conozcan Don Benito (núcleo urbano principal de la comarca de las Vegas Altas extremeñas), conviene puntualizar que el denominado “cerro de San Sebastián” es posiblemente la zona de mayor antigüedad como enclave habitado del lugar. Las características de los suelos, la proximidad de corrientes fluviales, su mayor altitud respecto de las inmediaciones, la cercanía de importantes y antiguas vías de comunicación, la propia existencia de un templo y el hallazgo de un retrato femenino de mármol hablan de un probable asentamiento romano (Suárez de Venegas 1995).

El profesor Mora Aliseda (1995) apuntó la probabilidad de que en el citado cerro se asentaran -desde tiempos pretéritos- familias dedicadas a las labores de pastoreo, actividad más propia y adecuada a la zona de baja serranía que se extiende al sur de la localidad y que resulta fácilmente accesible desde el citado enclave. El tradicional asentamiento pastoril de San Sebastián encaja, pues, con la dedicación y emplazamiento familiar de los ascendentes de Juan Aparicio Quintana. Según un artículo de prensa, escrito en 1927, también su padre Joaquín era pastor (Raposo 1928). Y, posiblemente, así fuera o, al menos, que ejerciera alguna actividad relacionada con el ganado. Sin embargo, no fue esa la única de sus profesiones, como se verá.



*Templo de San Sebastián y San Fabián.  
Don Benito. Principios de siglo XX.*

El recién nacido sería bautizado con el nombre de Juan tres días más tarde, el 13 de enero –cuando el barrio preparaba sus fiestas patronales-. Actuó como madrina una tía, hermana de su madre –Ana María Quintana Hurtado-. El rito tuvo lugar en el templo de su barrio, consagrado bajo la advocación de San Sebastián y San Fabián, y que pasa por ser el más antiguo de la localidad. Algunos estudiosos sitúan su construcción en torno a los siglos XIII o XIV. Conocido también como “Ermita de los Santos Mártires”, esta denominación mantenida a lo largo de los siglos es indicio de su consideración como santuario en otro tiempo, posiblemente sito en el exterior del que fuera núcleo de la aldea.

Es improbable que, al abrir sus ojos y por más que lo hiciera desde un otero, Juan divisara el mundo al que se incorporaba. Una mirada lejana le hubiera permitido comprobar que los humanos de su época transitaban los difíciles años en que suelen convertirse los inicios de cualquier siglo. Aquellos hombres y mujeres aparecían un tanto perdidos, entre la tendencia a conservar lo que tenían y los anhelos de progreso que se vinculaban a la nueva etapa. La incertidumbre sobre el futuro que habría de depararles el siglo XX provocaba legítimas esperanzas de una vida mejor, mezcladas con el lógico temor al precipicio que supone asomarse a lo desconocido.

La sociedad occidental se había visto sorprendida por la llegada de nuevos y revolucionarios avances médicos, científicos y técnicos. Los rayos X, descubiertos en 1895 por Wilhelm Roentgen, tuvieron una aplicación inmediata en el campo de la medicina y permitieron visualizar el interior físico del cuerpo humano. Incluso la faceta más espiritual de este mismo ser, plagada de sentimientos diversos, podía ser vislumbrada a través del ingenioso cinematógrafo, cuya primera película se proyectó en el París de 1895. Y por si ello fuera poco, los transportes evolucionaron a ritmo vertiginoso. Aeroplanos que surcaban los aires y desafiaban las leyes de la gravedad; grandes transatlánticos que cruzaban los más dilatados mares; o el más humilde, pero de más amplia difusión, vehículo terrestre que se conocería como automóvil.

Estos avances, capaces de transformar el planeta, tardarían en llegar al entorno social de Juan Aparicio. Posiblemente no se retrasó

tanto el conocimiento de la existencia de esos inventos, impensables años atrás. Cuentan sus descendientes que era conocida en la familia la afición de su padre Joaquín por la lectura, inclinación que resalta en el entorno cultural en que se enmarcaba. Extremadura presentaba por entonces altos índices de analfabetismo. Dicen que Joaquín bajaba hasta la plaza del pueblo y allí leía, a quienes quisieran escucharle, determinadas publicaciones del momento. Hay quien asegura que eran escritos de carácter político y social, que algunos concretan en la publicación interna del PSOE.

De ser así, esas lecturas se enmarcarían en el cuadro general de la importante lucha de clases que, por entonces, se extendía por toda Europa. La revolución industrial había provocado la aparición de la burguesía, pero con ella llegó también una ingente masa de obreros, cuyas múltiples necesidades harían surgir movimientos políticos que luchaban por defender y ampliar los derechos de esas clases desfavorecidas (socialismo, anarquismo, marxismo...). Nunca antes, los estamentos inferiores de la estructura social habían contado con organizaciones y sustentos ideológicos tan fuertes en la reivindicación de unas condiciones dignas de trabajo y vida.

En la convulsa España de los albores del XX se sucedían los fracasos de los proyectos reformistas gubernamentales y aumentaban las demandas sociales. Todo ello conformaba una nueva situación política a la que apenas podían dar respuestas los partidos conservador y liberal, hegemónicos en el contexto nacional. Era el panorama que Joaquín Aparicio encontraba en sus lecturas de las hojas políticas que tanto le gustaba compartir con otros hombres y mujeres atenazados por las mismas necesidades y henchidos por idénticas esperanzas.

En el caso del Don Benito de la época, en aquel jueves del 10 de enero de 1907 en que Juan Aparicio ve la luz por vez primera, no es la revolución industrial ni tampoco la burguesía de ella surgida quienes provocan la lucha de clases. En aquella Extremadura, como en otras muchas zonas rurales de la España del momento, revolución y burgueses apenas tuvieron presencia. Sería el abismo entre la minoría selecta de ricos propietarios de la tierra y los empobrecidos jornaleros lo que acarrearía la

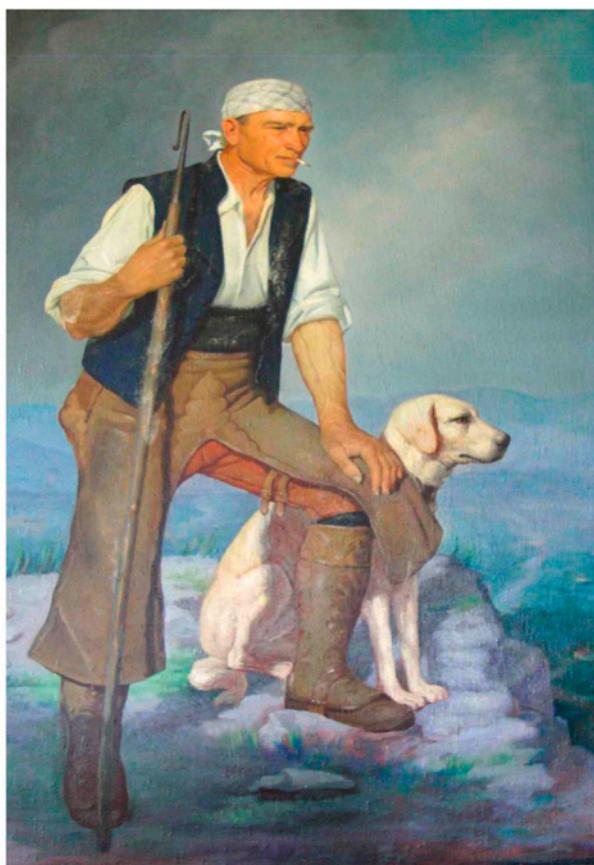
movilización social. Esa profunda y extensa brecha se transformará, con el tiempo, en una amplia herida sangrante, de la que no se vería libre aquel españolito que había llegado al mundo en el seno de una familia de pastores de un tradicional barrio dombenitense.

Como tradicional era la calle Mirador, situada en pleno centro del casco urbano y así denominada por el balcón que a ella se asomaba desde el más señero de sus edificios, el que fuera antiguo convento de monjas agustinas “Nuestra Señora de Gracia”. En el mes de febrero de aquel 1907 (acta del día 25), la Corporación municipal decidió cambiar el nombre de la calle Mirador por el de “calle de los Groizard” (hoy conocida simplemente como “calle Groizard”), en honor a Alejandro Groizard y Gómez de la Serna -electo a Cortes por la provincia de Badajoz- y a su hijo, Carlos Groizard Coronado -escogido diputado liberal por Don Benito-. Razones políticas coyunturales debieron primar sobre la sencilla y contextualizada denominación popular.

La más tierna infancia de Juan transcurre entre las estrecheces propias de una familia humilde, en un contexto socioeconómico precario. Aquel espacio físico presentaba tal escasez de recursos básicos para un buen número de sus miembros que durante las primeras décadas del siglo existió una institución, conocida como “la Gota de Leche”, destinada a facilitar este alimento a los niños y niñas cuyas familias carecían de medios para conseguirla. No era una institución exclusiva de Don Benito, pues sus orígenes se remontaban a finales del siglo anterior, cuando fue creada en Francia. Desde principios del siglo XX se había extendido por las principales ciudades y pueblos de España.

El día 10 de Abril de 1910, varios ciudadanos dombenitenses con inquietudes políticas como Cecilio Gallego Blanco, José Andújar Andújar (apodado “Bolegán”) y otros fundaron la Agrupación Local del Partido Socialista Obrero Español. El acto tuvo lugar en una taberna que estaba sita en la calle del Arrabal, esquina con la calle Primera Cuesta, hoy calle del Aire (Cortés 2014: 94). Pronto veremos la relación importante que el recién creado PSOE tendrá en la vida del padre de Juan Aparicio y, posteriormente, en otros momentos de transcendencia para otros miembros de su familia.

Aunque la situación social no era la más favorable, sí había oportunidad de disfrutar de la “fiesta nacional”. Durante los años de 1910 y 1911, se ofrecieron en Don Benito seis novilladas por temporada, espaciadas a lo largo de los meses de verano. La plaza de toros que acogió los festejos estaba sita en la calle La Corte, en pleno centro urbano. Coincidían los espectáculos taurinos con las señaladas fiestas de San Juan, San Pedro, Santiago, La Asunción y la Feria de Septiembre, durante la que se organizaban y podían disfrutarse dos festejos. Mientras tanto, el consistorio municipal procedía a embaldosar la Plaza principal, entonces denominada “de la Constitución”, y se iniciaron las obras de las calles Ayala y Pizarro.



*Padre del pintor con su perro.  
Juan Aparicio Quintana. 1952.  
Óleo/lienzo. 167 x 116 cms.*

El pequeño Juan, por su parte, no tardó en conocer la vida del pastor, la que llevaban desde generaciones sus ascendentes y antepasados. Tanto versiones orales como la primera biografía que se le conoce –aquella que apareciera años más tarde en el diario *La Libertad* (Raposo 1928)- sostienen que Juan creció junto a sus abuelos y a su propio padre, dedicado al cuidado del ganado en extensas fincas situadas al sur del casco urbano, en las inmediaciones de la Sierra de Ortigas. Aquellos rebaños, tal vez, fueran propiedad de la familia Peralta, grandes hacendados dombenitenses. El dato que inclina a este supuesto se remonta en el tiempo. Según consta en el acta de bautizo de Joaquín Aparicio –el padre de Juan-, fue su padrino Diego de Peralta y Carrasco, lo que ayuda a pensar que los padres de Joaquín trabajaran como pastores para este rico propietario.

A partir de la información oral que se tiene y de la documentación existente que acredita su pertenencia al Partido Socialista Obrero Español<sup>1</sup> es de suponer que Joaquín abandonaría sus ocupaciones ganaderas y se acercaría hasta el pueblo cuando el primero de octubre de 1913 se presentó en Don Benito el líder y fundador del PSOE, Pablo Iglesias. El relato de aquella estancia, tras un breve periplo por distintas localidades de la provincia de Badajoz, ha sido plasmado por el profesor Pablo Fernández (1998):

Finalmente el día 1 de octubre, a las doce y media de la mañana, llegó a la estación de Don Benito. La prensa regional se hizo amplio eco de esta visita y nos ha brindado dos extensas crónicas plagadas de abundantes detalles. Por ellas conocemos que en la propia estación lo esperaba un gran número de trabajadores y amigos, que le ofrecieron un recibimiento especial, a los acordes de la música de la banda municipal, en consonancia con la importancia y dignidad de la personalidad que se presentaba, y, entre aclamaciones, lo acompañaron hasta la fonda en que se hospedaba.

---

<sup>1</sup> Así se indica en una instancia presentada por el propio Joaquín Aparicio Lozano en el Ayuntamiento de Don Benito. Archivo Municipal. Expediente personal de Joaquín Aparicio Lozano. Don Benito. 1937.

Por la noche, a las nueve, en el teatro de Félix González -hoy conocido como El Hospicio-, se celebró el mitin al que concurrieron, al parecer, más de 3.000 personas de todas las clases sociales, muchas de las cuales no pudieron entrar en el local por haber resultado insuficiente.

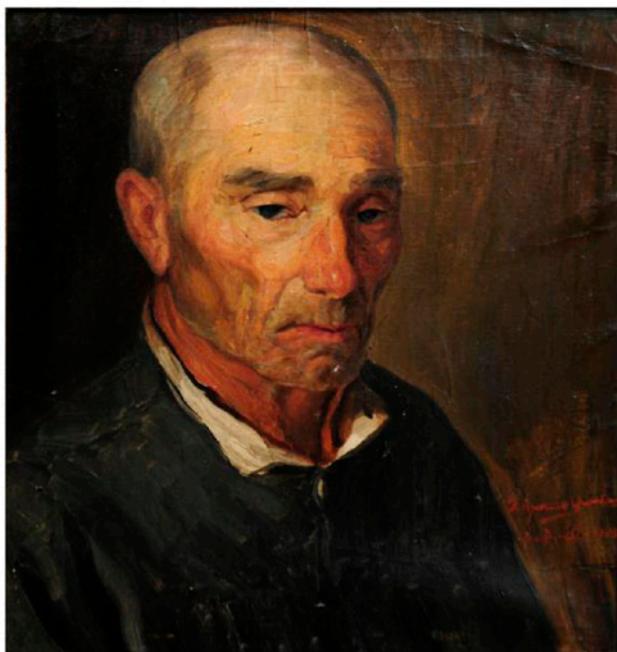
El acto lo presidió el socialista D. José Andújar, que hizo la presentación de los conferenciantes y concedió la palabra, en primer lugar, al jefe del partido republicano en la localidad, Guillermo Paniagua Parejo. Éste disertó sobre las sociedades obreras y encomió la labor intensa y sacrificada de Pablo Iglesias en favor del proletariado. Intervino a continuación Juan Vázquez Mancera, fundador del partido socialista en Azuaga, que combatió el maquinismo y, según las crónicas, aportó soluciones al problema social.

Seguidamente, al levantarse a hablar Pablo Iglesias fue aclamado con una enorme ovación. Tras un breve saludo al auditorio, comenzó su magistral discurso hablando de la lucha de clases, exponiendo los fundamentos científicos del socialismo y señalando la necesidad que tienen los trabajadores de organizarse para alcanzar su mejora. A continuación -indica el corresponsal- abogó por la terminación de la guerra de Marruecos, a la que calificó de improcedente y costosa, y tuvo palabras sentidas para las madres de los combatientes. Al terminar, fue felicitado por su elocuente discurso. Las crónicas nos informan de que su marcha hacia Madrid se produjo el día 2 de octubre en el tren rápido, dando por finalizada su breve estancia en Don Benito y habiendo dejado una profunda huella entre los obreros y la población en general.

La respuesta popular a la presencia del fundador del PSOE en Don Benito, así como la existencia de varias sociedades representativas de los diferentes estamentos locales permiten dibujar un panorama de importante actividad social. Quizá fuera esa situación la que llevara a pensar a las autoridades locales que era preciso otro local más en Don Benito, capaz de acoger espectáculos o actos diversos y que respondiera a las necesidades de la sociedad del momento. Así, aquel mismo año, el arquitecto Ventura Vaca Parrilla diseñaba el proyecto del que había de convertirse en el Salón Moderno -actual Cine Teatro Imperial-. Un año más tarde, el 6 de septiembre de 1914, se procedía a su inauguración.

Ajeno a tales avatares públicos, el pequeño Juan correteaba por la campiña extremeña y ayudaba con el ganado. Su abuelo paterno, Santos Aparicio Silveira, contaba por entonces 70 años de edad y estaba en condiciones de acrecentar las posesiones familiares. En concreto, el 29 de septiembre de 1913 compareció ante el notario Victoriano Rosado Muñilla y, tras declararse casado y de oficio pastor, procedió a la compra de media fanega de tierra calma, sita en término de Mengabril y sitio “Cerro de Bogas” por el precio de 500 pesetas.

La tradición familiar sostiene que “Juanito” gustaba de pintar con tizones en las paredes del chozo que les cobijaba, o con los propios dedos sobre la parda tierra que transitaba, o con cualquier útil sobre las rocas que encontraba en su camino. Todo soporte físico que le permitiera plasmar y dar satisfacción a sus inquietudes artísticas le servía al zagal para realizar hermosos trazos. Aprovechaba para ello los colorantes y las mezclas que la propia naturaleza le proporcionaba y los recursos del entorno vital en que se desarrollaba su existencia, tal como siempre hicieron los seres humanos desde su más remota presencia en la Tierra.



*Santiago Aparicio Silveira, abuelo del pintor.  
Juan Aparicio Quintana. 1928.  
Óleo/lienzo. 50 x 45 cms.*

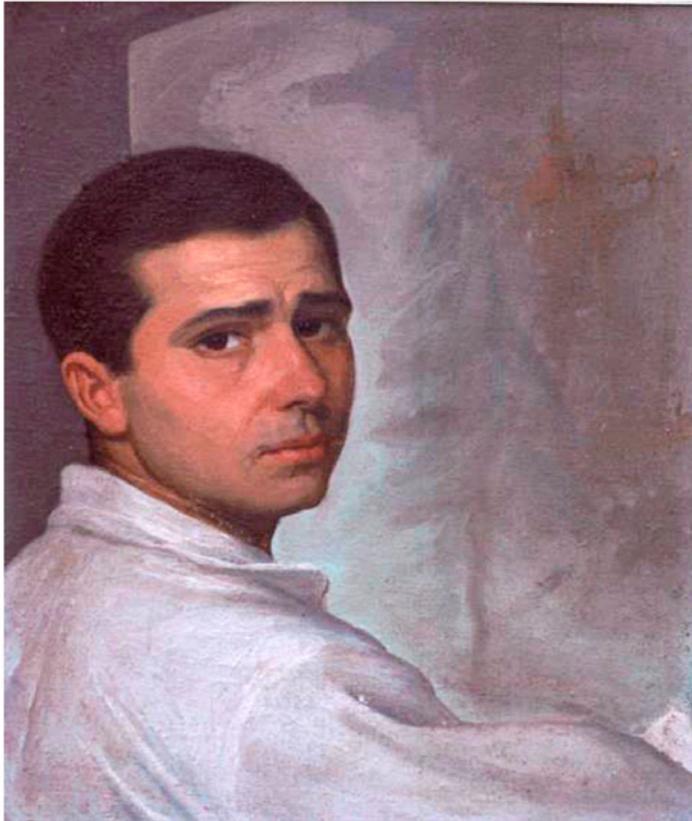
¡Qué lejos estaría entonces aquel pequeño artista de pensar siquiera en las nuevas tendencias que se imponían en los grandes escenarios del arte, tan alejados físicamente de su entorno! Y sin embargo, más allá de su reducido espacio vital existía un universo cultural de una fortaleza emergente, en el que una nueva percepción del mundo y de su organización había llevado a la aparición de las vanguardias. Auténticos fenómenos de ruptura, los movimientos artísticos vanguardistas obedecían a varios factores. Por un lado, a una profunda necesidad de renovación en las formas; por otro, a una concepción del fenómeno artístico como actividad humana con capacidad transformadora.

Mientras llega el momento de conocer esos otros mundos, Juan permaneció apegado a un ambiente mucho más reducido: el del pastoreo en la campiña extremeña. Se desconoce si en aquella estancia le acompañaron su madre y sus hermanas –Atocha e Isabel-, o si estas habían quedado en el pueblo. Tal vez, la decisión de que el muchacho aprendiera el oficio de raigambre familiar se le reservaba en exclusiva por su condición de varón. Pero el futuro no se concertó con aquella decisión inicial. Dicen que un día, mientras recogía el ganado, un rayo desprendido de una fuerte tormenta cayó en las proximidades del rebaño. Ni él ni los animales sufrieron daño alguno, pero el impacto que le provocó aquella fulgurante visión le dejó marcado de por vida.

## II

**Que quiere vivir y que a vivir empieza...**

*(Antonio Machado)*



*Autorretrato del pintor.  
Juan Aparicio Quintana. 1927.  
Óleo/lienzo. 50 x 40 cms.*



Por unas u otras razones, siendo todavía un zagal, Juan dejó la actividad pastoril, abandonó el campo y se trasladó al pueblo. Comienza aquí otro aprendizaje, no menos duro. En el mercado laboral -bastante limitado y precario- del Don Benito de principios del siglo XX, “Juanito” trató de encontrar medios para ayudar al sustento de su familia y que, al mismo tiempo, le permitieran dedicarse a lo que realmente le gustaba. Pronto descubre que la pintura requiere de útiles y recursos que son casi un lujo para el humilde salario de su padre. Varios testimonios orales aseguran que el muchacho comenzó a trabajar como aprendiz de zapatero y la breve biografía que apareciera en *La Libertad* (Raposo 1928) añade que lo hizo con unos parientes.

No lejos del domicilio familiar, en la confluencia de las calles Carretas y Fuentes, un tradicional taller de zapatería acogió al chiquillo. Durante décadas, fue el oficio de zapatero de los más vigorosos en Don Benito. De hecho, llegó a constituir una de las secciones sindicales de mayor pujanza local y algunos de sus integrantes tuvieron oportunidad de ostentar representación concejil. Precisamente en el ámbito del consistorio municipal surgirá -años más tarde y como oportunamente se verá- una referencia sólida que avala esa inicial dedicación de Juan Aparicio al trabajo de zapatero. En sus ratos de ocio, el muchacho aprovechaba cualquier superficie para realizar bosquejos que sorprendían a quienes los contemplaban.

Y mientras “Juanito” intentaba adaptarse a su quehacer diario entre leznas, *sacabocaos*, tenacillas, martillos... y convive con el olor a cuero y pegamento, mucho más allá otro mundo se transforma vertiginosamente. En pleno período de entreguerras, los Estados Unidos de América pasaron a ser la auténtica locomotora de la economía mundial y su forma de vida un ejemplo para el resto. Impulsada por la publicidad, creció de forma incontrolada la venta de automóviles, teléfonos y electrodomésticos, favorecidos los consumidores por los créditos fáciles y las recién inventadas ventas a plazos. En ese contexto de tecnificación, llegó a Don Benito la primera oficina de teléfono el año de 1914.

También en el ámbito formativo y educacional la localidad conoció la creación de nuevas instituciones. En 1917 echaron a andar las *Escuelas del Ave María de Nuestra Señora de las Cruces*. Emplazadas inicialmente en locales de la iglesia de San Juan, fue su capellán -Manuel Parejo Bahamonde- el principal impulsor y profesor en ellas. Creadas para atender a la desfavorecida población del barrio del Pradillo, el método de enseñanza se basaba en el ideado a fines del XIX por el sacerdote Andrés Manjón, fundador de las escuelas del *Ave María*. Se buscaba en ellas una educación integral, en la que el alumnado pasaba a ser protagonista de las clases, se procuraba fomentar su creatividad y se impartían lecciones al aire libre. Las escuelas dombenitenses acogieron en sus primeros años de andadura a 250 alumnos de día y 11 de noche, en cuatro grados.



*Edificio educativo en desuso. Confluencias de las calles Rabanero y La Corte. 1970.  
Fotografía de Diego Sánchez Cordero*

Sólo un año después -1918-, quedó autorizada en Don Benito la escuela militar *Reina Victoria* por resolución del Capitán General de la Primera Región. Así constaba en el anuncio que publicó el semanario *Juventud*, que se editaba en esta misma localidad por aquellas fechas. La escuela, idea de José Megías Casado, pretendía ofrecer una formación completa a los reclutas y a los excedentes de cupo. Estuvo instalada en un edificio con amplia tradición educativa sito en la confluencia de las calles Rabanero y La Corte. En él había permanecido -desde 1866 hasta 1877- el primer colegio de segunda enseñanza implantado en Don Benito -*El*

*Extremeño*-, reemplazado más tarde por el colegio *Hispano-Lusitano* -hasta su desaparición en 1900-.

Avanzaba el tiempo en busca de una nueva década, la de 1920. Un ambiente de euforia general se extendió por Estados Unidos y las potencias europeas. A ello contribuyó la proliferación de las nuevas corrientes culturales, de ocio y musicales, especialmente el divertido *charleston*, que encontró en el fenómeno de la radio el medio idóneo para su difusión por todos los rincones. El mundo occidental vivía, en fin, sus “felices años 20”. Durante los tres primeros tercios de la década brillarán con luz propia los más variados espectáculos. Entre éstos, el sorprendente cinematógrafo que, en aquellos inicios del decenio, intentaba añadir el sonido a las películas mudas que habían atraído al público desde que se inventara este arte a finales del siglo XIX.

Será precisamente el cine una de las mayores aficiones de Juan Aparicio a lo largo de su vida. Mayor dificultad presenta concretar el momento en que se inicia esa “devoción” de Juan. Como ya se ha dicho, Don Benito contaba por entonces con dos salas de ocio: el “Salón Cinematográfico” de Félix González en “El Hospicio” (hoy desaparecido) y el “Salón Moderno” -actual Cine Teatro Imperial-. Con el paso de los años y debido, posiblemente, a la creciente acogida de la actividad cinematográfica por un público cada vez más numeroso, se les sumarían algunos otros locales, tanto en recintos cerrados como en espacios descubiertos para las calurosas noches veraniegas. De ellos también se hablará en capítulos venideros.

Y mientras el mundo occidental disfrutaba de sus “felices años 20”, en España se sucedían momentos de convulsión política y social. El Borbón Alfonso XIII sostenía el régimen monárquico en mitad de una crisis que se alargaba desde la huelga general, que había tenido lugar tres años atrás -1917-. Las fuertes demandas de un proletariado cada vez más influyente determinaron la adopción de medidas excepcionales, como fue la formación de gobiernos de concentración. Incluso estos, a duras penas, lograron sobrevivir en plena zozobra nacional.

El Don Benito de 1920 asistía a la ampliación de las *Escuelas del Ave María*. Una nueva sección comenzó a funcionar, ahora en pleno cen-

tro del casco urbano. En la calle Villanueva, número 12, se instalaron las escuelas del *Ave María Nuestra Señora de Guadalupe*, a la que asistían 90 alumnos de día y 70 adultos de noche. Se ignora si fue allí en donde Juan Aparicio aprendió a leer y escribir, o si esta enseñanza le fue facilitada en alguna otra de las instituciones escolares vigentes o, incluso, si fue su propio padre, cuya afición a la lectura ya se ha señalado.

Lo cierto es que Juan, como la mayoría de los muchachos de aquella época, no tuvo oportunidad de ampliar sus estudios. Su familia -“[...] *sin medios para su educación por carecer de toda clase de recursos y atravesando azarosas dificultades [...]*” (Archivo Municipal 1924), que dirá expresamente el entonces alcalde de su localidad- poco podía hacer al respecto, salvo intentar proporcionarle los conocimientos precisos de letras y números. Borradores de cartas y escritos de un Juan Aparicio maduro revelan faltas de ortografía que evidencian una instrucción inicial básica. Valdrá para comprobarlo un apunte de carta que, muchos años más tarde, pretendía remitir al señor Habilitado de la Escuela de Maestría de Delineantes de Madrid. Juan escribió textualmente:

Muy Sr. mio: Aunque no tengo el gusto de conocerlo personalmente, perdone estas molestias que le pueda causar por el asunto de esta dichosa veca. Soi el padre del alumno, Juan Aparicio Garcia Molina, matriculado en esa digna Escuela [...] He estado en Badajoz en la Delegacion de Proteccion Escolar [...]²

Contrastan las incorrecciones ortográficas con la capacidad expresiva y cortesía en el trato, patentes en sus escritos. Los conocimientos de geometría, dibujo lineal o historia, que acreditaría en sus años de madurez, así como el cargo de bibliotecario que un día llegó a alcanzar, muestran a un hombre autodidacta, capaz de suplir aquellas carencias iniciales en la instrucción de su infancia con una innata curiosidad, con el afán por ampliar sus propios conocimientos, con un esfuerzo singular por aprender y con una curiosa tendencia a la modernidad tecnológica, de la que se tratará en su momento.

² Archivo de la familia Aparicio García Molina, hijos del pintor.

De vuelta a la década de los años 20, ha de decirse que la crisis de ámbito nacional que vivía España se agudizó de forma sustancial con el Desastre de Annual de 1921. A finales del mes de julio se produjo el ataque de las fuerzas rifeñas de Marruecos a las defensas que en aquellas tierras mantenía el ejército español, en torno a la población de Annual. Diversas causas provocaron una victoria aplastante de las tribus marroquíes y la hecatombe de las fuerzas españolas del norte de África. Consecuencia de aquel inesperado desastre fue una terrible crisis política, que algunos consideran el principio del fin de la monarquía de Alfonso XIII.

Muy alejado de esos grandes acontecimientos, en el reducido círculo vital del Don Benito de entonces, Juan Aparicio debía de asistir a sus primeras clases de dibujo. Testimonios orales aseguran que buscó encauzar sus innatas cualidades en la escuela que regentaba Claudio Díaz Díaz, en la entonces denominada calle de Pilatos -hoy Primero de Mayo-, en las proximidades de la actual iglesia de Santa María. Por la misma época, en 1922, abrió sus puertas la primera entidad bancaria que se emplazaba en la ciudad. Fue el Banco Matritense la institución que inauguraba su novena sucursal extremeña. Escogió para ello un lugar céntrico en la calle Groizard –antigua calle Mirador-.

El año de 1923 será importante para un Juan Aparicio que, con 16 años de edad, ve como se produce en España el golpe militar encabezado por Miguel Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña. Por diferentes motivos, la alta burguesía, buena parte de las clases medias y el ejército consideró la dictadura militar como una solución a la crisis del país. El golpe contó con el apoyo del propio rey Alfonso XIII. Los sublevados declararon el estado de guerra, la suspensión de las garantías constitucionales y la disolución de las Cortes. El régimen constitucional era sustituido, en medio de la indiferencia popular y sin apenas resistencia, por una dictadura militar.

Probablemente, Juan Aparicio seguiría con mayor interés lo que acaecía en su propio Ayuntamiento. Según consta en acta, el entonces Alcalde de Don Benito, D. Celestino Murillo Lozano, propuso a la Corporación el siguiente acuerdo:

Conceder una gratificación de setenta y cinco pesetas, con cargo al capítulo de imprevistos, al joven de diez y siete años<sup>3</sup> Juan Aparicio Quintana, hijo de Joaquín y de Inocencia, que sin medios para su educación por carecer de toda clase de recursos y atravesando azarosas dificultades, ha regalado á (sic) la Corporación, un retrato al óleo de S. M. el Rey Alfonso trece, como expresión de sus aficiones á la pintura é hijo de esta localidad<sup>4</sup>.

El documento sirve para testimoniar la temprana, aunque ya notable en cuanto al reconocimiento de su calidad, actividad pictórica de Aparicio. Además, la redacción acredita también la difícil situación personal y familiar en que el muchacho desarrollaba sus ya reconocidas habilidades artísticas. En cuanto al regalo y su correspondiente gratificación, supuso el inicio de una relación entre el joven pintor y la institución municipal que se prolongaría en el transcurso del tiempo, como se verá en adelante

Las primeras tentativas de Juan Aparicio en el mundo de la pintura encontraron eco en el reducido y selecto círculo cultural dombenitense. Los más destacados personajes de aquel grupo –el literato Francisco Valdés, el médico Anselmo Falcón, el escultor Ramón Cardenal Velázquez, el diputado José Sosa Parejo, el aristócrata Conde de Campos de Orellana (Pedro Granda Calderón de Robles), el comerciante Francisco Chico... y algunos otros que se sumarían en los años sucesivos- comienzan a interesarse por ese joven, que tan buenas maneras apuntaba.

Transcurría el año de 1924. El caso de Juan Aparicio, en cuanto joven humilde con cualidades para destacar en las artes que requiere de ayuda institucional para proseguir su formación, no es una excepción en el panorama artístico de la provincia de Badajoz. Ni siquiera lo era en el caso de Don Benito. Las actas de la Diputación Provincial vienen a demostrar que esta institución destinaba una serie de becas anuales cuya finalidad era acudir en apoyo de jóvenes artistas para que estos pudieran proseguir su formación.

<sup>3</sup> Realmente, le faltaban 13 días para cumplirlos (nota del autor).

<sup>4</sup> Archivo Municipal de Don Benito. Libro 100. 1923. Acta nº 43 supletoria a la del 27 de diciembre. Extraída por Diego Soto Valadés.

El acta de la sesión celebrada el día 1 de marzo de aquel 1924 por la Diputación Provincial recogía la comunicación hecha por el Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes, en la que propone la concesión de una subvención de 1.000 pesetas a José Amador Pérez, de Talavera la Real, y a Juan Blanco Pajares, de Don Benito, para practicar estudios de pintura y escultura, respectivamente. La Diputación acordó manifestar a los rectores del Patronato que estaba dentro de las facultades de dicha Junta distribuir las ayudas en la forma que estimara más oportuna.



*Retrato de Francisco Chico Medina.  
Juan Aparicio Quintana. 1936.  
Óleo/lienzo. 51 x 41 cms.*

La inclusión del dombenitense Blanco Pajares entre los becarios de aquel año da a entender que este tipo de ayudas era conocido en aquel Don Benito que, a finales del mes de abril, aprobaba una nueva actividad en su calendario de ocio y desarrollo comercial. Según consta en el acta de la sesión municipal celebrada el día 28, el Alcalde Pedro Granda Calderón de Robles, Conde de Campos de Orellana, propuso al resto de la Corporación municipal que se acordara –y así se hizo– celebrar una Feria los días 15, 16 y 17 de mayo. Consideraba el máximo edil que era la época más propicia para la muestra y transacción del ganado.

En el programa de actos confeccionado para celebrar el evento destacaba, de manera especial, una exhibición de vuelos. El desarrollo del mismo se organizaba en el aeródromo que, por entonces, había en la dehesa boyal y contaba, además, con la curiosa participación de avionetas fabricadas en la propia localidad de Don Benito. Aquellas máquinas de construcción “casera” se facturaban concretamente en un taller, propiedad de un tal Ernesto Stillich Schube –apellidos que hablan de un origen extranjero-, cuyo funcionamiento parece que perduró durante la década.

Tras la referencia ya conocida de la Diputación a los posibles becarios, se produjeron algunas novedades en los meses siguientes. Con fecha del 26 de noviembre y con motivo de la sesión inaugural del primer período semestral del año económico 1924-1925, se celebró en la ciudad de Badajoz un nuevo plenario de la institución provincial. El acta de dicha sesión explicita que, siendo las 18,00 horas:

Dada cuenta de la comunicación del Sr. Presidente de la Junta del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes sobre la distribución hecha de la cantidad de mil pesetas que, a disposición de ella, consigna la Diputación en su presupuesto del año económico actual para subvencionar a artistas de la Provincia, adjudicándola por partes iguales entre los pintores D. José Amador, de Talavera la Real, D. Juan Blanco Pajares y D. Juan Aparicio Quintana, de Don Benito, la Corporación acordó quedar entera y prestar su aprobación a la distribución expresada.

Así pues, la pareja de jóvenes artistas que, meses atrás, había sido propuesta para obtener beca –José Amador y Juan Blanco- se vio incrementada con la incorporación del pintor dombenitense Juan Aparicio. Ignoramos el procedimiento para la concesión de becas en ese momento. José Luis Quintana Álvarez, siendo Consejero de la Junta de Extremadura, mantuvo una conversación con el escultor Juan de Ávalos en la que este le manifestó que otro dombenitense, Ramón Cardenal Velázquez (del que se hablará más adelante), les había ayudado a Juan Aparicio y a él mismo a conseguir la beca de la Diputación Provincial (Lozano 2008: 33). Se sabe que años más tarde, en 1928, se opositaba a las ayudas mostrando algunas obras que demostraran los méritos artísticos (Correo Extremeño 1928). Sea como fuere, lo cierto es que los tres noveles creadores hubieron de compartir la cuantía aprobada, ya que, a pesar del aumento en el número de becarios, la cantidad de la ayuda se mantuvo inalterable.

Conviene abrir un paréntesis para apuntar algunas notas biográficas sobre los artistas con quien Aparicio compartió su beca. Víctor José Amador Purificación había nacido, tal como constaba en el acta de Diputación, en Talavera la Real. Era un año más pequeño –1908- que Apari-

cio. Amador dedicó su vida a la pintura y destacó en el retrato, merced a sus habilidades como dibujante (Correo Extremeño 1928). Coincidente con Juan en cuanto a la vida austera y discreta, así como en su trabajo en el marco de las Escuelas de Artes y Oficios, ambos divergen en relación con su residencia. Amador se afincó en Madrid, aunque no perdió contacto con su pueblo. Tras recibir la medalla de oro de la provincia, impuesta por la Diputación Provincial de Badajoz, murió en la capital de España a los 85 años de edad (Casado y Gómez: 2008).

Por su parte, el también dombenitense Juan Blanco Pajares se especializó en la escultura. Nacido en la calle Mártires en 1898, dedicó sus años adolescentes al pastoreo, al igual que Juan Aparicio (Lozano 2011: 50). Pronto se reconocieron sus méritos y comenzó a obtener premios y participó en exposiciones como la Iberoamericana celebrada en Sevilla -1929/30-. Según distintos autores, sería alumno del afamado imaginero Castillo Lastricci, extremo que desmiente su familia (Lozano 2011: 55). A la imaginería como actividad artística y profesional se dedicaría con éxito el propio Blanco. Afortunadamente, pueden disfrutarse algunas de sus obras en los desfiles procesionales de Mérida, Andújar y otras localidades. En la tierra andaluza se asentó este escultor dombenitense, concretamente en Castilleja de la Cuesta, allá en donde falleciera otro destacado extremeño, Hernán Cortés. Él lo haría en 1984.

Con la beca de la Diputación Provincial, Juan Aparicio se trasladó a Madrid. Inicialmente tenía intención de ampliar su formación pictórica en la capital del reino. Difícil saber qué llevaba aquel joven de 19 años en su maleta, pero es seguro que estaría cargada de ilusiones y esperanzas. Seguía así el ejemplo de la mayor parte de los artistas extremeños de la época, espe-



*Retrato de Juan Delgado de Torres.  
Juan Aparicio Quintana. 1925.  
Óleo/lienzo. 52 x 42 cms.*

cialmente de los considerados “maestros”, como Hermoso o Covarsí, conscientes todos ellos de la casi obligación de ingresar en los círculos artísticos y culturales madrileños para poder mejorar sus técnicas y hacerse un hueco en el difícil mundo de la pintura.

A pesar de haberle becado la Diputación Provincial a finales de 1924, los primeros datos de su presencia en la capital son del curso 1926/1927, cuando aparece como alumno de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid. Ignoramos qué pasó con Juan durante el curso 1925/1926, si ya estaba en Madrid o si, por alguna razón, hubo de retrasar su incorporación. Nos inclinamos a pensar que, durante el año de 1925, Aparicio permaneció en su localidad natal. Y ello porque se tiene constancia de un retrato, realizado a Juan Delgado de Torres y fechado en aquel mismo año.

De ser cierta esta supuesta estancia en su localidad a lo largo del año 25, Juan asistiría a notables acontecimientos de amplia repercusión. En pleno centro de la ciudad, en la parte norte de la plaza de la Constitución, se instalaba por aquel entonces la primera gasolinera que conocía el lugar. Es posible que Juan siguiera de cerca aquellas obras. Al parecer y durante no mucho tiempo, el joven Aparicio mantuvo su estudio de pintura en un piso alquilado de la calle Arroyazo, confluencia con la calle San Andrés, en el corazón del casco urbano. No sería la gasolinera la única muestra del progreso local. A finales de año, el día 11 de diciembre, se procedió a inaugurar la primera central telefónica interurbana, noticia que fue recogida con el despliegue que merecía el asunto en el periódico de Badajoz, *La Izquierda Liberal*.

A su llegada a Madrid en 1926, Juan Aparicio encontró un ambiente caldeado en el foco mismo en donde se fraguaban las grandes decisiones de política nacional. La dictadura de Primo de Rivera había alcanzado su mayor apoyo social en 1925, merced a la intervención militar hispano francesa que logró resolver la guerra de Marruecos con el desembarco de Alhucemas. A partir de 1926, el Directorio Militar que aconsejaba a Primo de Rivera fue sustituido por un gobierno presidido por él mismo. Sin embargo, como consecuencia de factores diversos, se intensificó una oposición mayoritaria al régimen dictatorial.

Ello no fue óbice para que el Presidente del Gobierno y marqués de Estella visitara Extremadura y, en concreto, se acercara hasta Don Benito. Una información del periódico ABC relata el recorrido realizado por Primo de Rivera desde Badajoz hasta Villanueva de la Serena, en donde tomó el tren con destino a Ciudad Real. Textualmente se indica: “A la entrada del pueblo de Don Benito saludaron al marqués de Estella las autoridades, el Somatén (*palabra de origen catalán que identificaba a la milicia ciudadana organizada para colaborar en la seguridad de los pueblos*) y una muchedumbre de más de 5.000 almas”<sup>6</sup>.

En aquel contexto socio-político, nuestro joven pintor inició contactos con el mundo artístico de la capital del estado. Los primeros momentos de su estancia madrileña pusieron a Juan en relación con un universo nuevo, alejado del ambiente provinciano y rural que hasta entonces había conocido. Alguien que compartió con él aquellos instantes recordaba algunas vivencias comunes. Ataviado con su habitual mono de trabajo y feliz en su madrileño taller de escultura en el que había fraguado sus obras durante su larga trayectoria profesional, el extremeño Juan de Ávalos se deleitaba al recordar, con las naturales lagunas de memoria en un hombre nonagenario, los tiempos en que ambos artistas coincidieron en Madrid.

Aseguraba el afamado escultor emeritense que ni él ni “Juanito” -también con este apelativo cariñoso lo recordaba Ávalos- contaban por entonces con la edad mínima para realizar el examen de ingreso en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Ávalos, más atrevido y ambicioso, le propuso a Juan Aparicio mentir sobre sus respectivas edades. Si querían ingresar en aquella anhelada Escuela habían de indicar mayor edad en el impreso que les ofrecían para cumplimentar<sup>7</sup>. Según Ávalos, él sí se atrevió con el engaño y logró ingresar en la Escuela de Bellas Artes, mientras que Aparicio se negó a realizar tal maniobra.

La situación relatada encuadra bien con el carácter riguroso de Juan Aparicio, pero no tanto con las reales circunstancias que debieron de acaecer. Según puede verse en la biografía que la Fundación Juan de

---

<sup>6</sup> ABC (Madrid). 08/10/1926. Página 17.

<sup>7</sup> Entrevista realizada a Ávalos en junio de 2004 por Diego Soto Valadés, José Gallego “Sefui” (alumno de Juan Aparicio) y Luis Aparicio García-Molina (hijo del pintor Juan Aparicio).

Ávalos presenta sobre el escultor, dada su corta edad –14 años–, este se sometió a un examen de cultura general para poder acceder al examen de dibujo que permitía el ingreso en Bellas Artes. Por su parte, Juan Aparicio contaba por entonces con, al menos, 18 años de edad, por lo que no parece que esta circunstancia hubiera supuesto ningún impedimento para el acceso a la afamada Escuela.

Definitivamente, durante el curso 1926-27, Aparicio realizó estudios en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid. Esta institución tuvo su origen en el Conservatorio de Artes y Oficios que creó José Napoleón en 1810 y que pasaría a considerarse como tal Escuela de Artes y Oficios en 1874. A partir de 1876 se propuso oficialmente la difusión de este tipo de centros por el territorio nacional y, en 1895, la Reina María Cristina aprobó el Reglamento que había de regirlas<sup>8</sup>.

Por los años en que el pintor dombenitense estuvo en las aulas de la Escuela madrileña, se impartían enseñanzas de Dibujo Lineal, Dibujo Artístico, Modelado y Vaciado, Composición Decorativa (Pintura), Composición Decorativa (Escultura), Elementos de Historia del Arte, Aritmética y Geometría, Gramática y Caligrafía, y Elementos de Mecánica, Física y Química, todo ello en cursos no reglados. Había, pues, nueve secciones, repartidas por distintas zonas de la ciudad.



<sup>8</sup> Información de Juan José Lozano. Creación del Conservatorio en Gazeta de Madrid, nº 170. 19/06/1810.

Fue concretamente en la 5ª Sección -correspondiente al Dibujo Artístico y emplazada en la calle Ribera de Curtidores- en la que Juan Aparicio Quintana inició su formación a finales de 1926. Según el artículo publicado en *La Libertad* -y por tanto con gran inmediatez respecto de los años que transcurrían-, el artista dombenitense regresó a su localidad tras una estancia de cinco meses en la capital. Una vez en casa, “[...] para demostrar a sus protectores los progresos realizados en su nueva profesión, hubo de hacer un retrato al óleo del referido señor conde de Campos de Orellana, cuyo retrato fue alabado por sus amigos como una verdadera obra de arte” (Raposo 1928).

Debió de ser un breve paréntesis, pues el mismo articulista reconoce que volvió “[...] a la corte para continuar sus estudios [...]”. Los datos que se conservan en el Archivo de la Escuela de Arte La Palma así lo corroboran. Depositaria de los archivos de la antigua Escuela de Artes y Oficios de Madrid, era tradicional en esta la concesión de una serie de premios al finalizar cada curso: premios extraordinarios, dotados con 25 pesetas; premios ordinarios de 12,50 pesetas, y premios de asistencia, reconocidos con 5 pesetas, en cada una de las modalidades impartidas en la Escuela. Se otorgaban, además, el Premio Borrell y el Premio de la Juventud Patronal.

En el Acta correspondiente a los ejercicios de oposición a Premio Extraordinario del curso 1926/27 consta Juan Aparicio Quintana, de 19 años de edad y profesión “pintor”, matriculado con el número 85, como merecedor del citado premio con la calificación de “sobresaliente”. Aquel curso, con el mismo premio y en la sección 2ª, aparece Juan de Ávalos García, de 14 años de edad y de profesión “tallista”. Las actas se firmaron el 4 de junio de 1927, siendo el profesor de término D. José Ordóñez Valdés y, como profesor meritorio, D. Agustín López González. Por entonces, dirigía la Escuela el arquitecto D. Vicente García Cabrera y era su secretario D. Cayetano Vallcorba y Mexía.

Según testimonio del citado Juan de Ávalos, Aparicio estuvo protegido desde su llegada a la capital por otro extremeño destacado en el mundo de la pintura, Adelardo Covarsí. Se ignoran los términos exactos de dicha relación, toda vez que Adelardo tenía, por entonces, la res-

ponsabilidad de dirigir la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz, aunque también es cierto que este artista se mantuvo en contacto con los círculos artísticos de ámbito nacional. Dicho esto, no es preciso un análisis profundo de ambos estilos pictóricos para observar la clara influencia de Covarsí sobre el artista dombenitense, especialmente en la preferencia por el retrato costumbrista de tipos populares.

Además de aquella relación, el ya citado artículo del diario *La Libertad* asegura que, durante su estancia en la capital, Aparicio contactó y fue bien acogido por el más afamado de los pintores extremeños de la época. Concretamente, el periodista expresa que Juan Aparicio visitó y conoció a “[...] don Eugenio Hermoso, gloria de Extremadura, siendo acogido por este señor con gran entusiasmo, y le aconsejó paternalmente no desmayara en sus aficiones, ya que poseía el don inapreciable de la inspiración [...]” (Raposo 1928). Alguna referencia del propio Aparicio, años después, demuestra la alta valoración que el dombenitense tenía del artista frexnense.

Fuera durante su primera estancia en Madrid o en el paréntesis en que regresó a Don Benito a mitad de aquel curso, lo cierto es que Juan se mostraba interesado en lo concerniente a sus paisanos. Prueba de ello es un recorte del periódico ABC, del sábado 12 de febrero de 1927, recorte que guardó durante toda su vida. En la sección *Informaciones de espectáculos. Teatros. Conciertos. Deportes* aparece una crítica sobre *El concierto benéfico de ayer en la Zarzuela*. Con una sala a rebosar y la presencia de los propios Monarcas, resalta el cronista el éxito obtenido por otro dombenitense, el tenor Manuel Paredes, tras unos difíciles comienzos en la capital. Por su expresividad, optamos por transcribirlo textualmente:

Adrede hemos dejado para lo último la mención del trabajo del tenor Manuel Paredes. Este joven artista, de cuyo modesto origen, enaltecido por un noble entusiasmo artístico, hablamos cuando cantó “Puritanos”, en los comienzos de la temporada actual, se sacó ayer una espina que, sin querer, se clavó al cantar, mal aconsejado, la ópera de Bellini. Hasta entonces, las que se habían clavado eran de madera, según es co-

riente en operarios de ebanistería, y Paredes lo fue hasta que se fue a Italia a educar sus facultades vocales, y, aunque la noche de su presentación cantaba al empezar el último acto de “Puritanos”, aquello de “¡Io son salvo!”, no lo estaba. El personaje se había salvado de los tiros entre bastidores; pero no de la espina que le alejó del cartel. Ayer se la sacó cantando los citados actos de la popular ópera de Verdi.

Con decir que repitió la famosa canción “La donna e mobile”, está proclamado el éxito que alcanzó. Como para cantar, esta vez con fundamento: “¡Io son salvo!”.

¿El hecho de que Juan Aparicio conservara este artículo se debió sólo a un interés por los éxitos de su paisano Paredes? Es difícil asegurar o denegar esta posibilidad. Sin embargo, dado el carácter del pintor dombenitense, el momento en que se encontraba en su formación artística y la vida que habría de llevar en adelante, no puede descartarse que Aparicio encontrara en aquella crónica algunas otras enseñanzas: la escasa distancia que media entre el éxito y el fracaso, la conveniencia de estar bien aconsejado en el complejo mundo de las artes o la inevitable necesidad de obtener formación allá en donde se encuentren los mejores maestros.



*El tenor Manuel Paredes Lozano en su ópera debut, Lucía di Lammermoor. Venecia. 1923*

*Foto: Archivo Municipal Ilustrísimo Ayuntamiento de Don Benito.*

Por otra parte, no hay datos que permitan conocer si Juan llegó a matricularse en Madrid durante el curso 1927/28, o si, conocedor de su próxima incorporación a filas, optó por regresar a su localidad natal.

Posiblemente, ocurrió esto último. El cronista oficial de Don Benito, Diego Soto Valadés, ha localizado en los archivos municipales un encargo que fue realizado por el Ayuntamiento de su ciudad a Juan Aparicio. Era entonces su Alcalde Enrique Granda Calderón de Robles, un nuevo integrante de la familia de los Condes de Campos de Orellana, que asumió la presidencia local tras el fallecimiento de su hermano Pedro acaecido el 20 de marzo de 1927.

Ya se ha visto que Aparicio conservaba una fluida relación artística con este linaje de la nobleza local, relación que se mantendría en adelante. Prueba de ello son algunos cuadros del pintor que obran en poder de los descendientes de los Campos de Orellana. Igualmente es prueba de esa buena relación un borrador de carta conservado por Aparicio. La misiva está presidida por un dibujo a lápiz de Jesucristo; en el texto, Juan ofrece su pésame a la familia y se disculpa, quizá por no haber asistido a los funerales. Lo justifica así: “que es mi manera de ser (poco comunicativo)”. Confía en que el fallecido “desde lo alto me sonreirá y me dirá... <no es nada, Juanito, no es nada>”. Obsérvese cómo el propio Juan Aparicio asumía el apelativo cariñoso con que le conocían sus allegados.

El 7 de octubre de 1927, el Presidente de la Corporación (Enrique Granda) explicó al resto de sus miembros que era conveniente ayudar desde la institución municipal a aquel joven dombenitense para evitar así que se perdiera un artista local que tanto prometía. No se limitó el señor Alcalde a realzar sus notables cualidades pictóricas, sino que avisó del riesgo que se corría, pues, de no actuar así y acordar el encargo que él proponía, aquel joven podía verse obligado a retomar su anterior oficio... “de zapatero”. De esta forma, los testimonios orales que hablaban de su aprendizaje como “remendón” se afirman con esta significativa prueba documental.

El trabajo que desde el Ayuntamiento se encargó a Juan Aparicio consistía en un nuevo lienzo que había de contener el retrato de Su Majestad Alfonso XIII, con destino a la sala de sesiones de las Casas Consistoriales (en diciembre de ese mismo año, Alfonso XIII visitó Mérida y hasta allí se desplazó una comisión dombenitense encabezada por su Alcalde, Enrique Granda). A cambio de esta obra, el pintor recibió la can-

tividad de 500 pesetas. Los dos retratos del monarca Borbón, tanto el que Aparicio donara en 1923 como el que sería fruto de este encargo de 1927, están desaparecidos y nada se sabe sobre ellos en la institución municipal. A estos efectos, y dado el contenido de los cuadros, se ignora si los dos óleos lograron sobrevivir a la época republicana posterior.

En aquel mismo año de 1927 se halla información complementaria sobre los Aparicio en los Archivos municipales. Consta en ellos la solicitud presentada por Joaquín Aparicio, padre de Juan, para realizar reformas en una vivienda de su propiedad. No hay que descartar que fuese entonces cuando la familia Aparicio Quintana se trasladara desde la calle Primera Cruz, en donde Juan naciera, hasta su nueva residencia, o bien que con tal fecha se acometieran obras para ampliar el “doblao”, a fin de establecer el estudio de pintura de su hijo. La licencia de obras se refiere a la casa sita en la calle Buena Vista (hoy “Buenavista”), 18; allí encontraremos a la familia Aparicio Quintana y a sus descendientes en adelante.

A finales de ese mismo año, un tal Fermín Raposo fechaba en la localidad de Don Benito un artículo -al que ya se ha hecho referencia en apartados anteriores- sobre el joven artista. El escrito apareció en enero del 28 en la prensa regional, concretamente en el periódico La Libertad, bajo el titular El caso de Juan Aparicio Quintana, en la sección De la Extremadura que estudia. Su autor destacaba la fuerza de voluntad que veía reflejada en un artista novel, capaz de abrirse paso en el difícil mundo de la pintura, a pesar de su origen humilde. Relató además los principales avatares de la vida de aquel joven desde su estancia como pastor en el campo extremeño hasta su marcha a Madrid.

Gran parte de lo escrito posteriormente sobre Aparicio se basa en este artículo de Raposo –posiblemente un seudónimo utilizado por el articulista, costumbre muy en boga por la época-, que fue ilustrado con una amplia fotografía del óleo titulado Un extremeño. El periodista había tenido oportunidad de ver el cuadro en su última visita al estudio de Aparicio. Le gustó tanto que no solo lo eligió para ilustrar su escrito, sino que trató de sustituir los pinceles del pintor por la pluma y plasmar con palabras sobre el papel la obra que sus ojos contemplaban con admiración:

[...] un gigantesco lienzo, en cuyo centro aparece una recia y varonil figura, símbolo de la raza extremeña, la cual es un obrero del campo; el pelo en desorden, la tez tostada por el sol, recia contextura, belloso pecho descubierto, remangadas también las mangas del camisón hasta el codo. Está de pie, la mano derecha descansa sobre el mango de un azadón y apoya la izquierda sobre un libro cuyo lomo descansa a su vez sobre una burda mesa de pino, un libro bien encuadernado en cuya tapa se lee “Conquista de América” [...] ha querido simbolizar y ha simbolizado a nuestra raza, dura y fuerte para el trabajo y arrojada e impetuosa para las más arduas empresas. (Raposo 1928).

# III

## Entre una españa que muere y otra que bosteza

*(Antonio Machado)*



*El pintor Juan Aparicio en su taller.*



A principios de 1928, el Ayuntamiento dombenitense adquirió una serie de inmuebles en las inmediaciones del antiguo convento de agustinas Nuestra Señora de Gracia. Estaban situados en la calle Villanueva, frente a la fachada norte de la iglesia parroquial de Santiago. El objetivo perseguido por el Consistorio, y que finalmente se cumpliría en su mayor parte, era construir en ellos unas (por entonces modernas) instalaciones de servicio público: Biblioteca Popular, Casa de Socorros, dependencias de la Policía Gubernativa y Mercado de Abastos. El entorno urbano se adaptaba a los tiempos para dar respuestas a sus habitantes, entre ellos al joven Juan Aparicio.

De nuevo la prensa regional aporta noticias sobre el artista Juan Aparicio Quintana. Es el *Correo Extremeño* en su edición del 4 de febrero de 1928 el que titula “Se inauguró anoche la exposición de artistas pensionados por la Diputación”. La muestra se realizó en la sala central del Ateneo de Badajoz y en ella se expusieron “[...] cuadros de los pintores Acosta, Amador, Aparicio y Martín y esculturas de Saturnino Domínguez y Blanco Pajares”. No se limitó el periodista a informar sobre el evento, sino que expresó abiertamente su opinión respecto de las obras presentadas por “[...] estos muchachos, llenos de entusiasmos y trabajadores como corresponde, los cuales constituyen en su mayoría prometedora esperanza”.

En el caso de Juan Aparicio, J. C. (con estas iniciales se firmó la crónica) manifestó:

Caso digno de señalar –y así lo hacemos- es el de Aparicio Quintana.

Presenta cabezas de hombres de la tierra, rostros enjutos y curtidos al sol, tratados con una seguridad y justeza grande.

Sus pinceladas son valientes y de primera intención, sin afeites ni amaneramientos, revelando un temperamento franco y vigoroso.

Trozos de vida tiene este muchacho en algunos lienzos, aunque presenta otros que no han debido figurar en la Exposición por ser bocetos sin estudio ni composición alguna.

Los retratos de su padre y abuelo y el desnudo que reproducimos, nos parecen las mejores de sus producciones.

La crónica de J. C. deja entrever que los artistas aspirantes a ser pensionados por la institución provincial debían de presentarse a algún tipo de oposición en la que sus trabajos fuesen valorados. Puede comprobarse al ofrecer el cronista su opinión sobre los cuadros aportados a la exposición por Amador: *“Este muchacho ofrece sobre sus compañeros la superioridad del dibujo, cualidad que ha acentuado desde que le vimos los días en que opositó a la beca de la Diputación”* (Correo Extremeño 1928).

En este aspecto, medio siglo antes ya ofrecía la Diputación de Badajoz una pensión de 1.500 pesetas anuales para dotar a un “hijo de la provincia que se dedique a la Pintura”. Así consta en el anuncio publicado por la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado (la que más tarde, en 1931, pasaría a ser la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando) en la *Gazeta de Madrid*<sup>9</sup>. La Diputación encargó a dicha escuela que diseñara los ejercicios de la oposición y nombrara el tribunal que habría de juzgarlos. Presumiblemente, cuando Juan Aparicio y los artistas coetáneos de la provincia optaron a esas becas se habrían introducido modificaciones en el modelo, pero se mantenía el espíritu de la ayuda.

Tras la irrupción del artista en la prensa, el hombre prosigue su camino. En marzo de aquel mismo año, Juan Aparicio se talló como recluta en las dependencias de las casas consistoriales. Según la ficha militar, Juan declaró que sabía leer, que era soltero, de oficio pintor y de religión católico; su estatura era de 1,62 metros de altura y su perímetro torácico de 88 centímetros. Ingresó en la Caja de Reclutas de Villanueva de la Serena –nº 13– en el verano de aquel mismo año, haciéndosele entrega de

<sup>9</sup> *Gazeta de Madrid*. Nº 201. 19/07/1872 (Información facilitada por Juan José Lozano).

la cartilla militar nº 1802913. Reconocido facultativamente en la citada Caja, “*resultó útil con el número 78 del sorteo para África. Fue destinado al Batallón de Cazadores de África, nº 10*”<sup>10</sup>.



*Edificio en construcción, con destino a las Escuelas del Ave María.  
Don Benito. Años 1926-27*

La vida local continuaba y el Pleno del 5 de julio de 1928 aprobó la creación del citado Mercado de Abastos, encargándose el proyecto al arquitecto madrileño Antonio Rubio Marín, a quien se deben también el edificio de Correos (1926) y el Gran Hotel –ambos en Zaragoza– o el Casino Turolense. La ejecución de la obra se confió al maestro albañil José Texeira González. Por su parte, la Comisión Sanitaria Provincial dio el visto bueno a un presupuesto para su realización que alcanzaba la entonces estimable cantidad de 280.000 pesetas.

En otra faceta diferente de la vida local, en agosto del mismo año, el señor Gobernador Civil procedió a aprobar el reglamento que había de regir la vida social del recién creado Club Deportivo Balompié de Don Benito, siendo su primer presidente D. Vicente Sanz Diéguez (Cortés 2014: 93). Iniciaría su andadura en la competición extremeña disputando sus partidos en los campos de juego de las Albercas, hasta donde habría de llegar años después el Barcelona de Kubala. Deporte y ocio tenían su hueco en aquella sociedad de finales de la década. En el mes de

---

<sup>10</sup> Archivo de la familia Aparicio García-Molina

septiembre, un grupo de jóvenes dombenitenses se desplazó a Madrid para tomar parte en una manifestación homenaje al general Primo de Rivera. Desfilaron por las calles de la capital ataviados con el traje típico y lo hicieron en representación de la provincia de Badajoz.

Precisamente, el propio general Primo de Rivera volvió a visitar aquel año las tierras extremeñas. Lo hizo para inaugurar las esculturas de Francisco de Pizarro en Trujillo y de Pedro de Valdivia en Villanueva de la Serena. En esta localidad fue recibido por el entonces alcalde, Miguel Romero, con gran expectación en las calles y plaza de la Constitución, en donde se había levantado el monumento<sup>11</sup>. También ese mismo año dio inicio un ambicioso proyecto de futuro incierto: la construcción de la línea de ferrocarril que pretendía unir las ciudades de Villanueva de la Serena y Talavera de la Reina, a través de Guadalupe, línea que nunca llegó a concluirse definitivamente.

En Don Benito, las ya establecidas escuelas del Ave María proseguían, mientras tanto, su actividad educadora y su crecimiento. Las iniciales dependencias en locales de la iglesia de San Juan, al oeste del casco urbano, fueron abandonadas para trasladarse a un nuevo y singular edificio de factura neoclásica. Sito entre las calles del Pilar y de San Juan (en su nomenclatura actual), ocupaba un solar de 10.000 metros cuadrados, de manera que se previó un amplio espacio exterior para las actividades al aire libre que caracterizaban la pedagogía manjoniana. La primera piedra de este nuevo edificio había sido puesta un año antes, concretamente el 26 de mayo de 1927, a las 7 de la tarde y con la presencia del Obispo de Plasencia -D. Justo Rivas Fernández- y del entonces alcalde D. Enrique Granda (Cortés 2015: 151).

Realizado con el patrocinio de la familia de los Condes Campos de Orellana, con el devenir de los años el edificio y sus alrededores habría de destinarse a dedicaciones diversas, ajustadas a las necesidades de cada momento: vida escolar, sede de fuerzas militares durante la guerra civil del 36, recinto para guardar aparejo agrícola en el extenso periodo de dictadura franquista y, finalmente, con la llegada de la democracia, enclave para el desarrollo de actos culturales merced al anfiteatro creado

<sup>11</sup> ABC. Martes 04/06/1929. Edición de la mañana. Página 30

ante su fachada principal. La propiedad del edificio corrió paralela también a los tiempos, pasando de ser propiedad privada a su adquisición por el Ayuntamiento en los años 80 del siglo XX.

Como muestra del desarrollo económico que conocía por entonces la localidad, tras el verano del 28 se instaló en Don Benito una sucursal del Banco de España. Concretamente, la sede inicial estuvo en la actual calle Villanueva, en el edificio singular del palacio de los Marqueses de Valdegamas. Es de suponer que las novedades locales no le serían ajenas a Juan Aparicio, más aún cuando se sabe que mantenía vivas sus relaciones y contactos con algunas de las personas destacadas en el reducido “mundillo” cultural dombenitense, y ello a pesar de su juventud.

Sin embargo, sus obligaciones civiles le alejarán de Don Benito poco antes de la Navidad de aquel 1928 y, con ello, se abre un paréntesis importante en su trayectoria artística. El 13 de noviembre, Juan parte hacia África para incorporarse a filas en Larache. Tras reclamarle “[...] cien pesetas, importe de su primera puesta de vestuario [...]”, en el mes de diciembre marcha hacia Alcazarquivir –a 30 kilómetros al sur de Larache– para realizar la oportuna instrucción militar. El día 13 de enero de 1929 “[...] prestó juramento de fidelidad a las Banderas ante la del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Larache, número 4”. Consta en su hoja de servicios que durante aquel mismo año, y entre los días 3 y 8 del mes de septiembre, Juan participó en unas maniobras militares. Lo hizo bajo el mando del General Jefe de su circunscripción, Emilio Mola Vidal, el mismo que años más tarde tendría un destacado protagonismo en la Guerra Civil.

Lejos de allí, en el corazón del mundo financiero, la bolsa de Nueva York quebró el 24 de octubre de 1929, en el conocido como “jueves negro”. Su efecto repercutió de inmediato y progresivamente en el resto de las economías del mundo occidental. El crack económico provocó, a su vez, una profunda crisis social y política de consecuencias amplias y diversas. También la débil economía española del momento se vio afectada por el terremoto económico con epicentro en los Estados Unidos de América.

Muy posiblemente, las noticias del derrumbe de las bolsas llegarían atenuadas al cuartel en el que Juan Aparicio seguía su vida militar, allá en Larache. La tradición oral familiar sostiene que Juan aprendió a poner inyecciones durante su estancia en la milicia, aunque se desconoce si fue porque se le destinara a enfermería o si hubo otra causa para tal instrucción. En todo caso, aquel aprendizaje lo practicaría Juan en diferentes ocasiones a lo largo de su vida con familiares y amigos. Así lo recuerdan algunos de ellos.



*Fotografía de una de las salas del Pabellón de Extremadura en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929. A. Garrorena. Diputación de Badajoz*

Su estancia en la milicia no impidió que un par de cuadros de Juan Aparicio estuvieran presentes en el Pabellón de Extremadura en la Exposición Iberoamericana de Sevilla. El *Correo Extremeño* (31 de octubre de 1929) recoge ampliamente la información sobre el acto de inauguración de dicho Pabellón el día 30 de octubre. El extenso tratamiento dado a la noticia revela la importancia que este Pabellón tuvo para Extremadura en su momento. Haber conseguido autorización para contar con un local exclusivo, que finalmente se situó cerca del Pabellón de Portugal, fue con-

siderado un éxito de los dirigentes políticos extremeños y en su dotación se volcaron las distintas comarcas de Extremadura.

La relación pormenorizada que realiza el cronista sobre las obras y artistas presentes en el Pabellón permite saber que Juan Aparicio tuvo expuesto el cuadro *Cabeza de Estudio* en la sala “Zurbarán”. Era la sala que en la planta baja estaba destinada a la muestra de arte moderno en pintura y escultura. En la planta superior, el pintor dombenitense colgó el cuadro *Extremeño*, en el denominado salón de “los Escudos”. Las obras de Aparicio estuvieron rodeadas de trabajos de los más destacados artistas extremeños: el ya fallecido entonces Felipe Checa, los reconocidos Eugenio Hermoso, Adelardo Covarsí o Antonio Juez y una amplia representación de otros pintores y escultores extremeños. Entre ellos, el escultor dombenitense Torre Isunza o el pintor y fotógrafo afincado en Don Benito, Alfonso Trajano.

Será el 24 de marzo de 1930 cuando Juan Aparicio concluya su mili y regrese a casa. Habían transcurrido 17 meses desde que se incorporara a filas en noviembre del 28. Según consta en su ficha militar, tras dejar África, Juan fijó su residencia en Don Benito (Badajoz). Se especifica que lo hizo en la calle Buena Vista, nº 18; es decir, en el domicilio de sus padres. La decisión de permanecer en el pueblo y no regresar a Madrid para continuar sus estudios fue fundamental en el desarrollo de su vida y en todos los órdenes (personal, familiar, profesional, artístico, social...). A tenor de alguna manifestación verbal realizada muchos años más tarde, de su estilo de vida y de algunas reflexiones en sus escritos, cabe concluir que este momento concreto resultó crucial en la existencia de Juan Aparicio Quintana. Lamentablemente, ignoramos las razones que le llevaron a la decisión de permanecer en Don Benito.

En la esfera de la política nacional, hacía solo un par de meses –en enero, concretamente- que el general Primo de Rivera presentara su dimisión al Rey, aceptada por este de inmediato. Después de siete años de dictadura, la situación de la monarquía era más débil aún que cuando Alfonso XIII se puso en manos del dictador en espera de solventar así los problemas que acuciaban al país y al mismo régimen monárquico. Para reemplazar a Rivera, el Rey encargó la formación de gobierno al jefe de su

cuarto militar. El general Dámaso Berenguer había sido un pálido opositor del anterior período dictatorial, pero en aquel momento de responsabilidad realizó un análisis de la realidad que lo llevó a un nuevo fracaso.

El fallo no fue exclusivo del jefe de gobierno. Los viejos partidos políticos consideraban que el país podía seguir rigiéndose por los antiguos criterios canovistas y fueron incapaces de ver los profundos cambios que reclamaba la sociedad española del momento. Frente a ellos, se asentaron nuevas o remozadas fuerzas. En el contexto del movimiento obrero y de la mano del incremento de proletarios provocado por el crack del 29, socialistas y ugetistas conocieron un amplio crecimiento de su masa de afiliados. Más llamativo fue el ascenso de la CNT, especialmente desde su legalización ese mismo año.

También era considerable el contingente conservador distribuido por todo el territorio del estado. Sin embargo, su tradicional poder decrecía paulatinamente. Especialmente en el medio rural se ahondó la distancia entre los planteamientos tradicionales y las ideas renovadoras. A ello se unirían las repercusiones de la crisis económica, con una notable depreciación de la peseta, la subida de los precios y el aumento del paro, de forma muy destacada en el sector del campo. La situación, en su conjunto, asentaba las bases para la llegada de la República. Por lo pronto, en aquel 1930, Berenguer decidió nombrar al general Emilio Mola como Director General de Seguridad. Durante el tiempo que permaneció en este puesto, sus planteamientos claramente conservadores le granjearon la oposición radical de socialistas y republicanos.

Y mientras el hombre que había sido su general en jefe en África ejercía funciones gubernamentales, Juan Aparicio recobraba su quehacer diario en Don Benito. Desde su regreso y durante varios años, Aparicio se dedicó íntegramente a la pintura. Tanto es así que su trabajo obtuvo una recompensa inmediata. A fines del verano de 1930 se convocó una Exposición Regional de Arte en Los Santos de Maimona. Aparicio decidió participar. El acta del Jurado expresa textualmente:

En la villa de Los Santos de Maimona, a 8 de septiembre de 1930.  
Reunido el Jurado calificador del Certamen artístico organizado por la

Juventud Católica de ésta, acordó conceder los premios y diplomas siguientes:

Pintura.- Premio primero, de 150 pesetas, al cuadro titulado “Plaza de Cáceres”, original de don Juan Caldera, con residencia en Cáceres.

Premio segundo, de 75 pesetas, al cuadro que lleva por título “Mi madre”, original de don Juan Aparicio Quintana, con residencia en Don Benito [...] (Correo Extremeño 1930)

En el mismo certamen, el también pintor José María Collado obtendría un primer accésit (González 2001).

Es de imaginar que aquel reconocimiento a su labor y cualidades artísticas incentivarían al pintor dombenitense. Del mismo modo, hay que suponer que la noticia sería acogida con agrado en el círculo de intelectuales locales con los que solía reunirse Aparicio, entre los que sobresalía Francisco Valdés. Es posible, incluso, que la Diputación Provincial le mantuviera becado, tal como parece desprenderse de documentación posterior que oportunamente se verá. De ser así, Juan habría encontrado algunos recursos y el ambiente que le permitieran una cierta tranquilidad para dedicarse a su verdadera pasión, la pintura, sin mayores sobresaltos o inquietudes.

Muy diferente era la situación social y política en que estaba inmerso. A finales de 1930, España vivía en una profunda crisis. Proclamas a favor de la República se enfrentaban a los defensores monárquicos y al propio Gobierno, junto con las amenazas de huelga general o los levantamientos militares favorables a un cambio de régimen. El gobierno trató de buscar una salida al laberinto en que se encontraba el país y Berenguer promulgó un decreto por el que convocaba elecciones legislativas para el 19 de marzo siguiente. Realmente, se trataba de un último intento por reforzar la Monarquía con un respaldo parlamentario y constitucional.

La maniobra ideada por Berenguer no tuvo éxito. La crispación era tal que todas las fuerzas políticas, incluso los viejos partidos políticos conservadores y liberales, la rechazaron. La Monarquía quedó aislada y Berenguer tuvo que presentar su dimisión. El 18 de febrero formaba

Gobierno el almirante Aznar, que convocó elecciones municipales. El 12 de abril de 1931, mientras los españoles votaban en las urnas, el Club Deportivo Don Benito sufría una severa derrota en Las Corts, en donde jugaba por entonces el Barcelona. El enfrentamiento de copa concluyó con un contundente 9 a 0 para los locales. En el partido de vuelta, jugado en Don Benito el 3 de mayo, el resultado fue de 1-3 favorable a los catalanes. Y en el terreno político, las elecciones se enfocaron como un plebiscito en el que se decidía entre monarquía o república. Los resultados arrojaron la victoria de la coalición de republicanos y socialistas en las grandes ciudades. Alfonso XIII, ante la falta de sus apoyos tradicionales, se exilió a Francia y la II República fue proclamada el 14 de abril de 1931.

De inmediato se formó un gobierno provisional, que presidía Niceto Alcalá Zamora. Entre sus integrantes había republicanos de izquierda y de derecha, socialistas y nacionalistas, aunados en el objetivo de llevar el país hasta unas nuevas Cortes Constituyentes. Aquel propósito hubo de compaginarse con la necesidad de responder al ansia general de reformas. Se adoptaron las primeras medidas para la reforma agraria, se pusieron en marcha innovaciones en el régimen laboral, se emprendió la modernización de la milicia, se aprobó una nueva legislación educativa y se impulsó el Estatuto provisional de autonomía de Cataluña.

No obstante, el ambiente social se encrespó. A la vez que la anarquista CNT promovía una amplia campaña de huelgas, se produjeron enfrentamientos entre la Iglesia y el nuevo Gobierno. El sector más conservador del clero, encabezado por el Cardenal Segura, puso todo tipo de trabas al nuevo ejecutivo. El viejo anticlericalismo afloró y en mayo de 1931 diversas iglesias y conventos fueron asaltados y quemados. La opinión pública católica se alejó, desde un primer momento, del nuevo régimen republicano. Precisamente en aquel mismo mes de mayo, Don Benito recepcionaba la obra de su Mercado de Abastos, siendo Alcalde Emilio Sánchez Valadés.

Finalmente, en junio de 1931, tuvieron lugar las elecciones a Cortes Constituyentes en un ambiente de relativa tranquilidad. Las urnas dieron una clara mayoría a la coalición republicano-socialista. La nueva Constitución, aprobada en diciembre de aquel año, pretendía ser

el reflejo de las ideas mayoritarias: soberanía popular; sufragio universal masculino y femenino; extensa declaración de derechos y libertades -divorcio, equiparación hijos legítimos e ilegítimos, derecho a la educación-; división de poderes -el legislativo en unas Cortes unicamerales, el ejecutivo en un Presidente con escasas competencias y un Jefe de Gobierno que, nombrado por el Presidente, debía contar con la aprobación de las Cortes; el judicial en los tribunales de justicia-. Por primera vez en la historia de España se fijó el derecho de las regiones a establecer Estatutos de Autonomía. Y, en lo relativo a la “cuestión religiosa”, se estableció un estado laico: desapareció el presupuesto de culto y clero, se prohibió a la iglesia ejercer la educación y se aprobaron las libertades de conciencia y cultos<sup>12</sup>.

En lo tocante a Extremadura,

Con la proclamación de la República se inició una nueva etapa histórica que se va a caracterizar por un profundo dinamismo político y por un cambio rotundo en buena parte de la realidad económica, social y cultural extremeña. Varias fueron las cuestiones [...], muchas de las cuales estuvieron íntimamente relacionadas: el devenir político con sus continuas contiendas electorales y la vida, extensión y organización de sus fuerzas y elementos directivos, el enrarecimiento del orden público, el problema del campo, con su dilatada e inacabada Reforma agraria, el paro obrero y las propuestas de solución como las obras públicas, la cuestión religiosa.

La Segunda República en Extremadura fue, en resumen, una época de ansias e ilusiones de aprendizaje democrático, cuya consecución presentó múltiples contradicciones, que en definitiva demostraron cómo en una zona postergada se vivió un período de constante reivindicación. (Ayala 2002: 177)

Las ansias de reformas y la primacía de las nuevas ideas se plasman en el Don Benito de la época. Como muestra de la importancia que el nuevo régimen republicano concede a la educación y al carácter uni-

---

<sup>12</sup> Extractado de “Historiasiglo20.org”

versal que esta debía tener, el Consejo Local de Primera Enseñanza propuso la creación de un importante número de escuelas públicas. Sobre la base de los más de 3.000 integrantes de la población infantil que se determinaron entre los 22.000 habitantes con que contaba por entonces la localidad, y a una media de 50 alumnos por clase, el Consejo entendió que eran precisas un total de 66 aulas públicas para formación e instrucción de los infantes.

En la misma línea de preocupación y respuesta al problema, el Ayuntamiento adquirió a finales del año 1931 por 150.000 pesetas un solar en la zona norte de la ciudad para instalar en él un Colegio Estatal Mixto subvencionado. En este centro de Segunda Enseñanza conseguiría destino dos años más tarde Honorino Buendía<sup>13</sup>, profesor que posteriormente sería compañero laboral de Juan Aparicio. Desde entonces y hasta la actualidad, aquel solar –actual C.E.I.P. “Francisco Valdés”- ha mantenido su destino para fines educativos, en ocasiones compartido con otros fines sociales (Auxilio Social, Hogar Infantil).

Casualmente, la prensa de la época reflejó acertadamente la situación socio-política y la influencia que el contexto vital ejerce sobre la actividad artística. Tales comentarios adquieren mayor significación por haberse realizado respecto de la exposición que Juan Aparicio mostró a finales de aquel 1931 en la capital de la provincia. Sería el diario *La Voz Extremeña* el que acogiera una sección de *Impresiones críticas* sobre “La Exposición Aparicio Quintana”:

Este pintor extremeño nos ha traído a la ciudad una muestra de su trabajo en Madrid y en el pueblo. Se hallan expuestos sus lienzos en el local de la Asociación de la Prensa, que estos días visita el público sin las aglomeraciones de otras veces.

Tiene ello su disculpa. Son días de fiestas familiares. Por otro lado, hay inquietudes en el hogar. El momento actual no es muy propicio a las serenidades aptas para realizar o contemplar cualquier obra de arte. La vida de acción supera hoy a la vida del pensamiento. Muchos artistas y hombres de estudio se hallan presos en las redes de una desusada activi-

<sup>13</sup> Documentación de los descendientes de Honorino Buendía (información de Juan José Lozano)

dad política [...] la admiración por las obras de arte, están apagadas por una actividad tal vez más acuciadora, más apremiante [...]

También la *Revista de Estudios Extremeños* de aquel 1931 se hizo eco de la muestra:

Con brillantez se han celebrado en el local de la Asociación de la Prensa interesantes exposiciones de arte, constituidas por obras originales del ceramista Pedro Navia, de los pintores Juan Aparicio Quintana, José María Collado y del dibujante Alberto González, todos ellos extremeños [...]

No se limitó el cronista –“F.C.”– de *La Voz Extremeña* a dejar constancia de su impresión acerca de los efectos que la situación social provocaba en el mundo del arte y del pensamiento, sino que se adentró en la valoración artística de la exposición:

[...] Yo desearía llevar a estas líneas unas modestas palabras de aliento al pintor de Don Benito, Aparicio Quintana, que pudieran servirle de estímulo para su callado trabajo de taller.

Presenta Aparicio Quintana una veintena de obras de diverso valor estético y de modalidades diversas dentro de su uniformidad personal. A nuestro juicio, las más acabadas son las más recientes de ejecución. Un buen síntoma, porque ello demuestra que progresa y que merece el apoyo continuado de la Diputación [...]

Este comentario final, acerca de la merecida ayuda que Aparicio debía de recibir por parte de la Diputación, encuentra mayor información en la hemeroteca. En un breve, publicado por el diario ABC el domingo 27 de diciembre de aquel 1931, el diario de tirada nacional se hacía eco del acto de inauguración, en la Asociación de la Prensa de Badajoz, de la citada exposición de los pintores Juan Aparicio Quintana y José María Collado y del dibujante Alberto González. Textualmente, se indica en el artículo que los pintores eran “pensionados” por la Diputación, término lingüístico que ya apareció en la crónica del *Correo Extremeño* en 1928.

Efectivamente, el acta de la Junta de Gobierno de la Diputación Provincial del 26 de enero de 1932 autorizó al Presidente de la misma para “[...] la adquisición de alguna obra pictórica de las exhibidas en reciente *Exposición en la Asociación de la Prensa por los pintores extremeños pensionados Juan Aparicio Quintana y José María Collado y otro no pensionado*”. Cabe concluir que la Diputación encontró en esta fórmula de adquisición de obras de sus pensionados otra forma de ayudarles económica y anímicamente. Es muy probable que fuera así como la institución provincial logró hacerse con varios cuadros de Juan Aparicio que hoy se custodian en el Museo Provincial de Bellas Artes de Badajoz.

En el artículo publicado en *La Voz Extremeña*, el crítico enjuició con mayor detalle aún los cuadros presentados por Aparicio y, a juzgar por la favorable valoración recibida, la muestra debió de suponer un éxito notable para el pintor dombenitense:



*Hombre con “sariana”.*  
 Juan Aparicio Quintana. 1930.  
 Óleo/lienzo. 45 x 38 cms.

Se destacan, en su obra de conjunto, algunas cabezas de hombres del pueblo extremeño, bien construídas (sic). Facciones enérgicas de miradas fijas y penetrantes bajo el negro matorral de las cejas. Rostros soleados y enjutos, moldeados al horno de los campos de sol de siega y curados, como la cecina, al frío de las gateras de la sierra en el invierno.

Busca también Aparicio la nota poética en algunos retratos de muchachas jóvenes en cuyos ojos asoma un honrado deseo de querer. Y su espíritu callado bucea, asimismo, en las rugosas caras de ancianas del pueblo, ejemplos vivos de trabajo y virtud, piedras angulares de nuestra raza, simiente de muchas generaciones [...]

Esa favorable acogida de la obra pictórica de Aparicio se corroboró con la opinión de la Revista de Estudios Extremeños, que literalmente recogió sobre la citada exposición:” [...] *Agrupados en simpática camaradería exponen actualmente sus distintos trabajos aquellos otros artistas que se citaron, descollando Aparicio Quintana, pues aun cuando novel, acusan ya sus obras atisbos de verdadero pintor, de factura franca y saludable espontaneidad [...]*” (REEx 1931)

Es de suponer que aquel reconocimiento influyera favorablemente en el ánimo de Juan Aparicio y le animara a proseguir su trabajo. Y ello pese a que la situación social que atravesaba el país no se mostraba como la más idónea para las actividades artísticas, tal como había comentado el articulista de *La Voz Extremeña*. En ese terreno político, tras aprobarse la Constitución en diciembre del 31, se inició un periodo conocido como el bienio reformista. Niceto Alcalá Zamora fue elegido Presidente de la República y Manuel Azaña Presidente de un gobierno formado por republicanos de izquierda y socialistas.

Aunque el contexto económico, marcado por el ascenso del paro, no era favorable, se iniciaron importantes reformas: la laboral favoreció la posición de los trabajadores y sindicatos, pero encontró la cerrada oposición de los empresarios; la reforma educativa previó un ambicioso programa de construcción de escuelas y contratación de maestros con mejores salarios, instauró la enseñanza mixta y relegó a la Religión como asignatura voluntaria, lo que agudizó el enfrentamiento con la Iglesia.

También el Ejército fue objeto de reforma en un intento por garantizar su fidelidad al nuevo régimen republicano y reducir el excesivo número de jefes y oficiales. En 1932 se aprobó la Ley de Bases de la Reforma Agraria, con la que se buscaba el asentamiento de campesinos sin tierra en latifundios poco explotados. Su aplicación fue un fracaso y muy pocos campesinos se beneficiaron, con la consiguiente decepción generalizada. Por otra parte, la oposición se hizo desde los extremos del arco parlamentario con una derecha tradicional, pero desorganizada, y una izquierda revolucionaria que no dio tregua al nuevo Gobierno. La CNT, con más de un millón de afiliados, siguió la línea extremista marcada por

los militantes de la Federación Anarquista Ibérica y en el minoritario Partido Comunista de España regía también una línea radical.

La crisis económica, la línea radical de la izquierda revolucionaria y la negativa de la patronal a las reformas provocaron fuertes tensiones sociales. Enfrentamientos como los de Castilblanco (Extremadura) entre huelguistas y la Guardia Civil fueron frecuentes y, a menudo, violentos. Los debates en las Cortes del Estatuto de Cataluña y de la Ley de Reforma Agraria obtuvieron la total oposición de la derecha que, de nuevo, recurrió al tradicional método de la insurrección militar. El general Sanjurjo intentó un golpe de estado en Sevilla en agosto de 1932, pero su mala organización y desigual apoyo en el ejército lo hizo fracasar. Las fuerzas sociales y políticas que apoyaban al gobierno reaccionaron y las Cortes aprobaron la Ley de Reforma Agraria y el Estatuto de Autonomía de Cataluña. Sin embargo, el gobierno republicano–socialista mostraba evidentes síntomas de desgaste.

Entre tanto, en el ámbito local, aunque Don Benito no quedaba al margen de la agitación social y política que se producía en todo el estado, sí se pudo disfrutar de algunas alegrías en aquel 1932. Una de ellas, llegada del terreno deportivo, la proporcionó el entonces joven Deportivo Don Benito, que se alzó con el campeonato de Extremadura. La afición al fútbol iba en aumento y arrastraba un importante contingente social de ambos sexos. Quizá por ello, aquel año se pensó en las mujeres. El programa de actos de las Ferias de 1932 contempló un llamativo choque entre dos conjuntos de la élite nacional. El domingo 11 de septiembre tuvo lugar el enfrentamiento deportivo entre el equipo femenino del Valencia Fútbol Club y el también femenino España de Madrid.

No se sabe si en aquel momento Juan Aparicio estaba en Don Benito. En su hoja de servicios administrativa se cita, entre sus premios, una *“beca de estudios que obtuvo en 1932 por un trabajo realizado en Bellas Artes”*<sup>14</sup>. Durante mucho tiempo, los descendientes de Juan pensaron que se habría tratado de alguna ayuda concedida por la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Sin embargo, no hay documentación complementaria a

---

<sup>14</sup> Así consta en su expediente personal, custodiado en el IES “Cuatro Caminos” de Don Benito, centro heredero de la antigua Escuela de Artes y Oficios de la misma localidad.

la ya aludida y se plantea la duda razonable de que el organismo “*Bellas Artes*” pudiera ser el Patronato Provincial dependiente de Diputación. Aunque no contengan información definitiva al respecto, las actas de la Comisión Gestora de la Diputación Provincial de Badajoz sí suministran datos de interés. En concreto, en la de fecha 20 de septiembre de 1932 puede leerse:

Por el Sr. Presidente se dio cuenta del estudio que la Comisión de Hacienda ha hecho respecto a la provisión y reglamentación de Becas para estudios y artistas y de la propuesta por la misma formulada en vista del examen detenido de los antecedentes existentes en Secretaría de todos los pensionados actualmente [...] Conceder becas de pintura para el año académico próximo por cuantía de 2.500 pesetas a D. José (sic) Aparicio Quintana, D. José Amador, D. Martín Blázquez y D. Horacio Méndez, que las venían disfrutando [...]

Del acta se deduce que Aparicio estaba entre los artistas pensionados en el momento de aprobarse la nueva ayuda para el año siguiente –“[...] *de todos los pensionados actualmente [...]*”-. Es posible que Aparicio disfrutara de una beca anual, quizá y tal como ya se apuntó, desde su regreso tras el período militar. Ello le ayudaría en su actividad artística. Al mismo tiempo, la información que aparece en su hoja de servicios –“[...] *por un trabajo realizado en Bellas Artes*”- permite suponer que aquellos becados estuviesen comprometidos a entregar algo de su producción a la propia Diputación. Bien podría ser esta otra fórmula por la que la institución provincial se hacía con obras de sus pensionados.

El establecimiento de la República y la llegada al poder de los socialistas influyó en la vida de los Aparicio Quintana. Ya se ha comentado que Joaquín Aparicio –padre de Juan- mostraba un apoyo abierto y formaba parte del movimiento obrero local. En septiembre de 1932, Joaquín fue nombrado Vigilante de Arbitrios con carácter interino por el Ayuntamiento de Don Benito. Sin embargo, y también se ha hecho alusión a ello, su hijo Juan compartía los círculos sociales conservadores, vinculados a la actividad cultural y artística, tanto en el ámbito local

como provincial. A este respecto, y en aquel preciso momento, puede ayudar a precisar la posición ideológica del hombre Juan Aparicio un somero análisis de la prensa que se hizo eco de su figura y de aquella otra en la que él halló referentes de pensamiento.

Se ha visto la crónica sobre la muestra del artista Aparicio, que fue publicada en *La Voz Extremeña* a finales del 31. Por entonces, y según Checa Godoy (1989: 67)

No tiene Extremadura en estos años una prensa nutrida y pluralista, al menos en comparación con otras regiones. Existe, al igual que en muchas provincias andaluzas o manchegas, un claro enfrentamiento entre una prensa derechista, bien financiada y desde luego ideológicamente muy cerrada, y los modestos semanarios socialistas [...] La derecha contó con buenos órganos en la región, como <El correo extremeño> y su sucesor, el citado <Hoy>, en Badajoz, y <Extremadura>, en Cáceres, todos diarios católicos [...] El centro ofrece varios títulos, como <La voz extremeña>, en Badajoz [...]

No fueron muchos los recortes de prensa que Aparicio seleccionó para conservarlos durante toda su vida. Pero sí son significativos en su mayoría. Entre ellos, figuran varios artículos publicados durante los meses de enero a abril de 1933 en el periódico *Ahora* –diario ilustrado madrileño, el de mayor tirada entre los años de 1930 a 1936-. Desconocemos si Aparicio elegía ese periódico entre otros, o si era el único al que, por una u otras razones, tenía acceso. La primera posibilidad, dada la línea editorial de la publicación, podría entenderse como una fuente más de información acerca de su posicionamiento político, social y humano:

Las páginas de *AHORA* muestran de forma palmaria como dentro de un país en el que la primacía parecía corresponder a las formas más exaltadas del espectro político –algo aún más evidente en la Prensa– tenía cabida una corriente moderada, aunque netamente republicana en donde convergían firmas prestigiosas desde Ossorio a Madariaga, desde Pío Baroja a Valle-Inclán entre otros que, sin embargo, no supo o no pudo

articularse políticamente a través de un movimiento fuerte (Martín de la Guardia, R. M. 1989: 326)

Tanto la acogida de su obra pictórica en *La Voz Extremeña* como los recortes de artículos seleccionados del diario *Ahora* sintonizan con una posición centrista y moderada, que estaría en consonancia con lo que se ha transmitido sobre el carácter de Juan Aparicio por quienes le conocieron personalmente. En principio, lo que nos ha llegado acerca de su temperamento lo identifica como hombre poco propicio a los extremos de cualquier tipo. No obstante, como se verá, los futuros avatares de la vida del propio artista y los del país en su conjunto le llevaron a aceptar otros planteamientos más radicales... al menos exteriormente. En su fuero interno –siempre difícil de determinar sin la expresa confesión del personaje–, el contenido de algunos de sus escritos permite pensar que las lecturas de los articulistas que publicaron en *Ahora* en aquellos años le marcaron de forma notable.

Interesa, pues, profundizar algo más en los artículos que Juan recortó de *Ahora* en los meses iniciales de 1933 y que luego conservaría en su archivo personal. En total, son 9 artículos. De ellos, uno está incluido en la sección de “Arte” y se refiere a la exposición que, por aquellas fechas, realizó el pintor Pedro Mozos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Según recogía el crítico Gil Fiol, en la citada muestra destacaban los “*apuntes y bocetos a línea y mancha*”, algunos de los cuales ilustraban el artículo. Bosquejos de técnica muy similar a la de Mozos aparecen en diversos borradores de cartas o escritos del propio Juan Aparicio.

Tres de esos artículos de *Ahora* recogen una diatriba verbal y argumental entre Miguel de Unamuno (2 artículos) y Gregorio Marañón (1 artículo) sobre la forma de proceder y pensar que el hombre debe defender. Sirve este caso como muestra del enfrentamiento que, por entonces, se producía en España entre el escepticismo del 98, representado por el primero, y el vitalismo de la generación de 1914 -o novecentistas– que defendía el segundo. A Unamuno pertenecen otros dos artículos, y uno más -“*El espíritu de las masas*”- a Pío Baroja. Los dos restantes están

firmados respectivamente por el modernista Francisco Villaespesa y por el periodista Rodolfo Gil.

Como puede apreciarse, la pequeña colección de artículos guardados por Aparicio muestra la mezcolanza de los diferentes planteamientos vitales, filosóficos y sociales imperantes en la época. Noventayochismo, novecentismo y modernismo convivían entre los españoles, pero la selección realizada por Juan Aparicio ofrece un protagonismo destacado a los autores del 98 –especialmente, Unamuno-. En aquella inclinación de pensamiento pudieran haber influido sus tertulias con la élite cultural dombenitense. Asegura Enrique Chico que en casa de su padre, Paco Chico, solían reunirse los más destacados personajes de la cultura local: Francisco Valdés, Celestino Vega y algunos otros, entre ellos el joven Aparicio.

En concreto, sobre Francisco Valdés, escribió Eugenio Frutos (1949) algunos recuerdos de la relación que mantuvieron Valdés y el propio Frutos:

[...] En ocasión de hablarle yo con entusiasmo de la Biología, recuerdo que me manifestó que no consideraba como ocupación digna verdaderamente del hombre sino el manejo de las ideas y de los problemas puros del espíritu.

Sin duda, su posición facilitó su vuelta a la raíz profunda de España, que le costó la vida, pero le salvó de la dispersión. Porque Valdés venía de la generación del 98 y de la Institución Libre [...]



*Francisco Valdés*  
*Juan Aparicio Quintana. 1931.*  
*Óleo/lienzo. 65 x 54 cms.*

La vinculación del dombenitense Francisco Valdés con la Generación del 98 fue verdaderamente notable. Aquellas personalidades, marcadas por el derrumbe del imperio español, conformaron uno de los grupos humanos que, a través de sus escritos y de sus ideas, mayor influencia lograron proyectar sobre España y los españoles. Convencidos del cometido didacta que requerían los tiempos que les había tocado vivir, decidieron iniciar una publicación que acogiese y difundiera sus planteamientos. A este respecto, Esteve Ripoll (1998:475) escribe:

Los primeros que constituyen la tertulia donde se va a gestar e imprimir “Revista Nueva” y que frecuentaban el domicilio de Ruiz Contreras, en la calle Lista, 78, fueron: Rubén Darío, Joaquín Dicenta, Azorín, Emilio Fernández, Ramón del Valle Inclán, Antonio Palomero, Luis Gabaldón. Siguieron: Pío Baroja, Miguel de Unamuno, José María Matheu, Francisco Valdés, José Lassalle, Manuel Bueno, Félix Limendoux, Francisco de Icaza, Ramiro de Maeztu, Ricardo Fuente, Jacinto Benavente, Amado Nervo [...]

Sería osado asegurar que las lecturas de Unamuno, Baroja... y las ideas que Valdés, en persona, pudo llegar a transmitirle influyeran decisivamente en la formación humana de Juan Aparicio. Posiblemente, su ánimo ya estuviera preparado para recoger la simiente que sembraban esos pensadores y a ello se unieran los trágicos acontecimientos de años venideros. Sin embargo, su reconocido retraimiento de carácter, el escepticismo respecto de la sociedad y sus normas, así como su temperamento adusto, serio, sobrio y, desde el punto de vista artístico, ese apego por lo tradicional sí parecen amoldarse a los postulados vitales de los hombres del 98. Apego por lo tradicional que contrasta con sus aficiones por instrumentos novedosos como los telescopios, la radio, la fotografía o el cine.

Aquellos eran tiempos de ebullición política y de revolución social. En un país que, durante siglos, había conocido un poder sustentado por el conservadurismo y el caciquismo rural, resultaban muy significativas las palabras que el diputado moderado Miguel Maura dirigió al derechista José María Gil Robles en el Parlamento español:

¿Sabe su señoría cuál es la contextura del cuerpo social español en estos instantes, como hace un año, como hace año y medio? Se ha hecho recientemente por la Dirección General de Seguridad una estadística curiosísima de las filiaciones y fuerzas respectivas de las organizaciones obreras y de los partidos de derecha. Esta estadística está hecha en los primeros meses de 1934 y arroja las siguientes cifras: socialistas, 1.444.474 afiliados cotizantes; sindicalistas o anarcosindicalistas, 1.577.547; comunistas, 133.266; fuerzas de derecha, cotizantes o no, porque en las derechas no todos cotizan, 549.946 (Rumores).

No eran de extrañar los “rumores” que se extendieron por la sala. La precisión de los datos ofrecidos por un antiguo ministro de la Gobernación venía a demostrar una nueva relación de fuerzas en España y a poner en evidencia la impresión que se tenía acerca del cambio social que se había producido. No obstante, aquellas cifras permitían albergar dudas sobre la deriva que seguiría el Estado en un futuro inmediato. El sector que tradicionalmente había dirigido el país contaba con 549.946 adeptos en sus filas; en el lado opuesto, 3.155.287 obreros, con cierta organización, se mostraban con un vitalismo que debía de tenerse muy en cuenta.

Entre las razones del incremento de afiliados en las organizaciones obreras cabe hablar de la situación que presentaba el mercado laboral, especialmente por lo que tocaba a Extremadura. A finales de 1934, Andalucía y Extremadura soportaban el 38,4% del total de los parados de España. Los altos índices de desempleo se veían agravados por la insuficiencia de los recursos estatales para atender los subsidios y por el contraste que suponía el incremento salarial del que se beneficiaban los ocupados, lo cual provocó una mayor desigualdad aún entre empleados y desempleados. La consecuencia fue el aumento del malestar en el notable sector de parados. Malestar que se incrementó en el seno del movimiento obrero con la entrada en el Gobierno nacional de varios ministros de derecha.

El acceso al poder de los representantes de la CEDA (partido antirrepublicano), en el mes de octubre, despertó los recelos en los grupos

políticos y sociales de izquierda y se inició una serie de acciones revolucionarias por todo el territorio nacional. Se temía que, al igual que había ocurrido en Alemania e Italia, las fuerzas de extrema derecha lograran hacerse con el poder en una república que tanto le había costado conseguir al movimiento obrero. Posiblemente haya que encuadrar en ese contexto la decisión adoptada por el padre de Juan, Joaquín Aparicio, que el 11 de octubre presentó su “*dimisión, con carácter irrevocable*” en el puesto de Vigilante de Arbitrios municipal. Tal actuación, de haberse debido a las causas comentadas, revelaría la integridad del padre de Juan Aparicio, que se nos presenta como hombre capaz de renunciar a un puesto de trabajo por coherencia con sus ideas.

Aquel Don Benito mostraba, pues, los mismos síntomas sociales del entorno nacional y regional. De hecho, la intervención de un concejal en el Pleno municipal viene a demostrar el grado de incertidumbre que la situación política provocaba. El 13 de Octubre, el concejal D. Juan de Dios Barquero tomó la palabra y expuso:

Que procedía en estos momentos de angustia, hacer constar en acta la protesta de este Ayuntamiento por la huelga antipatriótica revolucionaria, ofreciendo nuestro desinteresado concurso al Gobierno de la República, condenando con severidad los instintos de desintegración de la patria. Como asimismo, rendir homenaje a las fuerzas que han pacificado el paso, devolviendo a España la conciencia de su soberanía”. El Ayuntamiento en Pleno, unánimemente, acuerda “testimoniar públicamente su adhesión leal al Gobierno y tele-grafiar en tal sentido al Presidente del Consejo de Ministros (Cortés 2013: 95).

Sin embargo, la crispación social no impidió que durante los años de 1933 y 1934 se prosiguieran los avances en el ámbito educativo dombenitense. Comenzó a funcionar el colegio subvencionado de Segunda Enseñanza en las instalaciones que se habían construido en el solar adquirido por el Ayuntamiento un par de años antes. Estaba emplazado en la entonces *Avenida de la Libertad* –hoy, de *La Constitución*– y dirigido

por José Solo de Zaldívar. En los años siguientes, el colegio cambiaría su denominación por las de *Instituto Elemental de Segunda Enseñanza* e *Instituto Nacional de Segunda Enseñanza*. También en aquellos años, 1933 y 1934, el Deportivo Don Benito volvería a proclamarse campeón de Extremadura de fútbol.

Mientras tanto, Juan Aparicio se interesaba por lo relacionado con su propio mundo artístico. Otro recorte de prensa del momento conservado por el pintor así lo demuestra. Un amplio artículo trata del *Concurso Nacional de Pintura* celebrado el año de 1934. Hasta seis fotografías de los cuadros premiados ilustran la crónica y sirven para dar a conocer los óleos de los artistas que habían sido galardonados por el Jurado en “La Exposición de cuadros representativos del Traje regional en España”. Debajo de las fotografías, Aparicio escribió, de su propia mano, la cantidad económica que le había sido asignada a cada cuadro premiado y que iban desde 1.000 hasta 10.000 pesetas.

El tema del certamen sin duda interesó a Juan Aparicio. De hecho, el costumbrismo popular de personajes regionales fue uno de sus temas preferidos y, tal vez, de los más exitosos. Varios retratos del típico pastor extremeño merecieron elogios e incluso llegaron a representar, años más tarde, a la provincia de Badajoz en la Feria del Campo de Madrid. Ya se ha visto que en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 uno de los cuadros de Aparicio llevó por título “Extremeño”. Es por ello que aquella muestra nacional dedicada al traje regional debió de agradar a Juan por varios posibles motivos.

En los óleos fotografiados por la prensa quizá encontró Aparicio una línea artística que satisfacía su personal estilo e incluso una fuente de inspiración y modelos a seguir; tal vez, consideró que era factible participar en el Concurso Nacional y que, dadas sus propias características, podría tener alguna oportunidad de ser premiado –ya se verá más adelante que ciertos indicios permiten suponer su probable participación posterior en este certamen-. Incluso, es posible que las cuantías anotadas al margen de cada cuadro le sirvieran como referente a la hora de valorar sus propias obras.



*Filomena, esposa del pintor.  
Juan Aparicio Quintana. 1935.  
Óleo/lienzo. 86 x 80 cms.*

Llegó el año de 1935 y Juan Aparicio pintó un cuadro muy especial, en cuya producción se funden el hombre y el artista: un retrato al óleo de su novia, de la que más tarde sería su compañera y luego esposa, Filomena. Hija de Jacobo García-Molina Espinar y de María Joaquina Petra Sánchez-Collado Díaz, Filomena García-Molina Sánchez-Collado había sido nacida –el 22 de agosto de 1912- y criada en Don Benito, en donde Juan la conociera y la inmortalizara en el lienzo. La joven tenía entonces

23 años, cinco menos que el hombre al que enamoraba y que el artista al que inspiraba.

Un aspecto del cuadro merece la pena comentar. La joven Filomena aparece sentada, con un vistoso traje de color anaranjado y sus dos manos apoyadas sobre una de las piernas. En la mano izquierda, realzada al estar colocada sobre la derecha, se aprecia un anillo en su dedo anular. La tradición popular mantiene que la alianza de compromiso, previo al matrimonio, se coloca en el dedo anular de la mano izquierda de la prometida. Por otra parte, en general, los retratos de Aparicio destacan por la focalización que el artista realiza sobre el rostro del modelo, por lo que el detalle del anillo parece intencionado. Es probable que el pintor deseara inmortalizar el tiempo en que él y Filomena se comprometieron formalmente y, a la vez, ofrecer un hermoso regalo a su prometida.

Aquella joven, que llegaría a ser la madre de sus hijos, derrochaba simpatía, trato y presencia agradable como dependienta en un tradicional establecimiento de la localidad: los almacenes *Viuda de Patricio Cerrato*. Emplazados en la esquina entre las calles Mesones y Virgen, en pleno centro de la localidad, su actividad comercial estuvo dedicada durante décadas a todo lo relacionado con el cuero y la zapatería. No era Filo la única de la familia que trabajaba en aquellos almacenes. Su hermana Antonia también ejercía en la misma empresa como “*productora*”, según cédula de afiliación de años posteriores.

Y mientras la pareja profundizaba en sus relaciones sentimentales, la España del 35 se hundía en la confrontación social y política. La denominada *Revolución de Octubre* fracasó ante la improvisada ejecución de las acciones, la incapacidad de las organizaciones sindicales para aunar esfuerzos en la huelga general y la desorganización mostrada por los partidos de izquierda. Desde aquel momento y hasta el golpe de estado del 36 se abrió una etapa caracterizada por la conflictividad social y la violencia de los extremistas. La actividad política se incrementó en todas partes. Don Benito, que ya conociera años atrás la presencia de Pablo Iglesias, recibía ahora a José Antonio Primo de Rivera. Con motivo del discurso que el líder derechista ofreciera el domingo 28 de abril de 1935, se fundó la Sección Femenina de Falange en esta localidad.

Algunas obras datadas en los años 35 y 36 demuestran que, a pesar del enrarecido ambiente que lo rodeaba, Aparicio continuó su actividad artística. Aunque durante su estancia en Madrid había podido conocer las tendencias innovadoras, el pintor dombenitense se mantuvo alejado de ellas. Posiblemente fue una opción personal la que le llevó a permanecer siempre fiel al realismo pictórico, pero no debe descartarse que influyera en ello la necesidad de hacer del arte un medio de subsistencia. La alta sociedad de aquel Don Benito en el que, por unas u otras razones, llegó a recluirse, y también de la Extremadura del momento, suponía un reducto cultural de carácter tradicional y costumbrista.



# IV

## Una de las dos España ha de helarte el corazón

*(Antonio Machado)*



*Siesta, Don Quijote y Sancho Panza.  
Juan Aparicio Quintana. 1931.  
Óleo/lienzo de 50 x 70 cms.*



En el Don Benito de 1936 numerosas organizaciones de izquierda se oponían al tradicional poder del selecto e influyente sector de propietarios de la tierra. La confrontación de ideas y de intereses dejaba indicios de tragedia en el escenario de la vida cotidiana local y estatal. El teatro donde se tejía la negra maraña que se cernía sobre España permitía un resquicio a Juan Aparicio: permanecer en el humilde estudio, rodeado de sus cuadros, de sus pinturas, de sus pinceles... Alrededor, sin embargo, palpitaba una difícil realidad social y política, cuyos derroteros habían de influir en la vida de los Aparicio, como en la de todos los españoles.

Las inquietudes sociales e ideológicas de su padre, Joaquín, le mantenían apegado al acontecer político diario. Si la entrada en el poder nacional de la derecha le hizo renunciar a su puesto de trabajo en el Ayuntamiento de Don Benito, la victoria electoral del Frente Popular en las elecciones generales de febrero del 36, le llevaron a solicitar el reingreso a su actividad como Vigilante de Arbitrios. De hecho, el 23 de febrero, el Pleno municipal acordó su nombramiento para tal empleo, en calidad de *“provisional”*, y seis días después tomaba posesión del mismo ante el Alcalde, Francisco Parejo, y el Secretario de la Corporación, Juan Calderón.

En otro orden de cosas, un mes más tarde llegaba una solicitud al Gobierno Civil de Badajoz remitida desde Don Benito. Muy posiblemente aquella petición no fuera conocida por Juan Aparicio y, de haberlo sido, es probable que no hubiera llamado su atención. No obstante, la petitoria tendría trascendencia en el futuro de su propia familia. En los días finales de aquel mes de marzo del 39, la Sociedad Cooperativa Española de Casas Baratas “Pablo Iglesias” solicitó autorización para la construcción de viviendas en Don Benito. El destinatario de tal demanda fue el entonces Gobernador, Miguel Granado Ruiz. Más adelante se verá la incidencia que tal hecho tuvo en la vida de Juan Aparicio.

El golpe de estado que encabezó el general Franco el 18 de julio de 1936 no sólo dinamitó el orden constitucional, sino que dejó visualizar

las dos Españas. Esa ruptura encontró en aquel Don Benito un terreno abonado para el enfrentamiento. Prácticamente no había clase media que acercara los extremos de la gran brecha abierta entre los ricos hacendados y el amplio sector de jornaleros y humildes profesionales. Quedaban, pues, a la intemperie recelos, odios ancestrales y cuentas pendientes que provocaron en la localidad un choque enconado y violento.

Desde el exterior, las dos Españas enfrentadas en la contienda militar provocaban adhesiones internacionales a uno u otro bando. Sin embargo, la herida verdaderamente sangrante y dolorosa se abrió en las propias entrañas del tejido social. Hombres y mujeres comenzaron a dudar de sus propios vecinos y, más aún, hermanos que se sentían entre sí como enemigos irreconciliables; o padres e hijos distanciados por sus ideas de forma irrevocable. Sufrimiento y muerte se asentaron en cada calle, en cada esquina de aquella España, de aquella Extremadura, de aquel Don Benito.

Tras el golpe militar, las reacciones fueron inmediatas a nivel del Estado y diversas en el ámbito local. Años más tarde, la memoria de los vencedores recordaba los primeros momentos tras el levantamiento. La alcaldía franquista dombenitense del año 1943 emitió un informe en el que se relataban –bajo su prisma– los movimientos que se produjeron y sus principales protagonistas:

[...] Tan pronto se tuvo noticia en esta Ciudad, del Alzamiento del Ejército de Marruecos, se inició por los Falangistas una era de actividad y cambio de impresiones conducentes a sumarse en Don Benito a la sublevación y á (sic) hacerse cargo de la Autoridad de acuerdo con la Guardia Civil. Las conversaciones tenidas por los caracterizados falangistas D. Leopoldo Nieto, Capitán Retirado de Caballería y José Hurtado, con el entonces Jefe de esta línea de la Guardia Civil, alférez Don Luis Solís, fueron frecuentes intentando los primeros la sublevación, la que parecía prosperar por la conformidad que mostró al principio el referido Alférez, el cual después se negó. En el entretanto los demás Falangistas y otras muchas personas de derecha, estuvieron en espectación proveyendose (sic) de armas para sumarse á (sic) la sublevación.

Como estos preliminares fueran de una forma pasiva, los marxistas se afianzaron de la Autoridad sin trabajo alguno, auxiliados por bastantes Guardias de Asalto que llegaron a ayudarlos. Pueden citarse como principales cabecillas marxistas á los siguientes: Juan Casado Morcillo, que luego fue Gobernador Rojo, Francisco Parejo Díaz, José Fernández Martín (a) Tecló, Pedro Morcillo Sánchez, Ildfonso Lucas Moreno, Emilio Sánchez Valadés, José Cortés Martín, que después fue Jefe de la Policía Marxista, Manuel Casado Sánchez-Porro (a) Trimotor, Juan Cornejo Blanco, que se erigió en Delegado de Hacienda, Francisco Antonio Nieto Morcillo, José Martín Mercader, que era Primer Teniente de Alcalde, Antonio Mendoza Gallego, Doroteo Sánchez Pajares, Alcalde, Antonio García Jiménez, Maestro Nacional, Francisco Parejo Camacho, José Saucedá Flores y José Sánchez Meneses<sup>15</sup>.

Bien es cierto que la situación de confrontamiento difirió de unos puntos a otros; en ocasiones, esas diferencias fueron notables, dependiendo del contexto social en que se produjeron. Dos localidades tan próximas como Don Benito y Villanueva de la Serena conocieron reacciones distintas de sus fuerzas en los primeros instantes. Si en Don Benito el alférez de la Guardia Civil se opuso a sublevarse, en Villanueva ocurría todo lo contrario. El capitán de la Benemérita, Gómez Cantos, se sumó a la rebelión. Días más tarde, el 23 de julio, llegó a la localidad serona un tren con milicianos republicanos. Entre ellos, había guardias de asalto, mineros de Peñarroya y Puertollano, así como gente del propio Don Benito (Chaves 1997).

La fractura social que se daba en el país alcanzaba límites muy profundos en la ciudad dombenitense. En los meses siguientes al levantamiento militar se sucedieron las detenciones y ejecuciones de personas consideradas afectos al alzamiento. Los celos y sospechas se extendieron entre vecinos, amigos e, incluso, familiares. Y en ese ambiente de inestabilidad, parece que Joaquín Aparicio recomendó a su hijo alejarse de aquella convulsión. Así lo aseguran testimonios orales de familiares

---

<sup>15</sup> Archivo Histórico Nacional. Pieza segunda de Badajoz. Del Alzamiento Nacional. Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación en el partido judicial de Don Benito. FC-CAUSA\_GENERAL, 1055, EXP.6

que recuerdan la estancia de Juan en el campo, posiblemente por la zona de Marugate, en las cercanías del río Ortigas, al sur del casco urbano.

El consejo paterno procedía del conocimiento de la realidad que rodeaba a la familia Aparicio. Conforme avanzaba el conflicto, las heridas se hicieron más profundas. Más allá de las ideas que profesara Juan –ya lo hemos visto como lector del moderado *Ahora-*, su actividad artística le había hecho relacionarse con el mundillo cultural dombenitense, conformado por personas de notables recursos económicos y, en su mayoría, vinculados a los sectores conservadores de la localidad. La sola conexión con aquella élite social sería razón suficiente, en los tiempos que corrían, para considerar que Juan se encontraba en situación comprometida, y ello a pesar de la militancia activa de su padre en el movimiento obrero.



*Retrato inacabado.*  
 Juan Aparicio Quintana. 1936  
 Óleo/lienzo. 47,5 x 37,5 cms.

Algunas obras de Aparicio fueron realizadas en aquel año de 1936. Vienen a revelar que, a pesar de la extrema situación socio-política, Aparicio siguió pintando. Bien es cierto que los cuadros pudieron ser trabajados en los meses anteriores a la sublevación. No obstante, un óleo de la época presenta un rasgo peculiar: el retrato de un hombre, de identidad desconocida, quedó inconcluso<sup>16</sup>. La tradición oral de los propietarios del cuadro sostiene que no se pudo terminar por culpa de la guerra civil. Tal vez aquella obra estuviera sobre el caballete de Aparicio en los difíciles instantes en que las circunstancias aconsejaron su alejamiento provisional de la agitación social que vivía el núcleo urbano y su refugio en la tranquilidad de la campiña.

<sup>16</sup> Colección particular de Filomena Lozano Martín Porro.

Mientras el hijo buscaba una cierta seguridad, parece que su padre Joaquín se vio inmerso en la profunda conmoción local. Fue –se ha visto en el documento que forma parte de la “Causa general”– época de una tremenda desconfianza. Los poderes locales intentaban preservar, a toda costa, el régimen constitucional, pero se veían impotentes para controlar los grupos revolucionarios que anhelaban ejecutar su propia justicia contra aquellos que pudieran apoyar el golpe. Difícil y peligrosa situación en la que se produjeron numerosas denuncias sobre individuos que se sabía, o se les suponía, afectos al levantamiento. La transmisión oral asegura que Joaquín intercedió por una familia de amplia tradición comercial en la localidad y evitó que algunos de sus miembros fueran ajusticiados. De aquella siembra no tardaría en recoger frutos.

En cuanto a su hijo Juan, con certeza estaba en Don Benito en las primeras semanas de 1937. Lo acredita el hecho de que su compañera Filomena quedara embarazada por entonces. El primer hijo de la pareja del que tenemos noticias –Jaime- nació en octubre de 1937. Paradójicamente, la fecha de su llegada a la vida nos la proporciona el apunte administrativo de su muerte. El luctuoso acontecimiento quedó recogido en el libro de defunciones del Ayuntamiento dombenitense, con fecha del 4 de abril de 1938. Según el citado documento, al morir, el niño contaba seis meses de edad<sup>17</sup>. Por tanto, Jaime Aparicio García-Molina habría sido engendrado por sus padres en torno al mes de enero de 1937.

Por esas mismas fechas, en plena contienda civil, el padre de Juan –Joaquín Aparicio Lozano-vuelve a dar muestras de sus fuertes convicciones, de su compromiso y de “*su adhesión al régimen legalmente constituido*”. Joaquín solicitó su reingreso como Vigilante de Arbitrios municipal, ya que había sido declarado como cesante a primeros de enero. En el mismo escrito en que hacía constar su adhesión, figuran anotaciones manuales que recogen su pertenencia a la sociedad obrera local *La Humanitaria* y al *Partido Socialista*. El ocho de marzo siguiente, el Consejo Municipal, presidido por el Alcalde Doroteo Sánchez Pajares, acordó designar a Joaquín “*para el cargo de Ordenanza de Arbitrios en propiedad*”.

---

<sup>17</sup> Ayuntamiento de Don Benito. Negociado de cementerio. Nuestro agradecimiento al funcionario Luis Delgado por la colaboración ofrecida (nota del autor).

Las semanas de mediados del año 37 conocieron una importante ofensiva de las tropas sublevadas contra el frente extremeño, que mantenía su capital administrativa en Castuera y la militar en Cabeza del Buey. La intervención de la aviación franquista sobre las localidades que permanecían bajo la autoridad republicana quedó imborrable en la memoria de quienes la sufrieron. En concreto, a principios del mes de junio, los bombardeos sobre Don Benito derribaron 74 edificios que, sumados a los más de cuarenta de acciones anteriores, dejaron el caserío con un aspecto desolador (Chaves 1997).



*Efectos de los bombardeos sobre Don Benito. 30 de mayo y 2 de junio de 1937.*

*Foto: Campúa. Ministerio del Interior de España.*

Sólo unos meses más tarde, en noviembre, el Ayuntamiento de Don Benito adoptó un acuerdo singular en su historia. Expresión de las enormes dificultades que atravesaba el Estado, la Corporación dombenitense aprobó la emisión de moneda local mediante billetes que venían a reemplazar las monedas fraccionarias. Se llegaron a emitir un total de 41.500 pesetas en billetes para así *“facilitar el cambio y atender al desenvolvimiento del comercio e industria de la ciudad”*. Su vigencia quedó abolida por el Ministerio de Hacienda dos meses más tarde, en enero de 1938. Entre ambas fechas –concretamente en el mes de diciembre– una mujer accede por vez primera a un cargo político en Don Benito. Se trató de Ramona Merino Chaves, afiliada a la *Sociedad Femenina La Ideal* de la UGT y nombrada Consejera de la Corporación Municipal.

Un borrador de carta y varias acuarelas (documentos conservados entre los papeles de Aparicio y hoy custodiados por sus hijos) permiten suponer que Juan estuvo en el frente en algún momento durante la Guerra Civil. Escrito a lápiz, el esbozo de una carta a un tal Ernesto, al que el remitente considera “*amigo*” y que ignoramos si alguna vez fue remitida, arroja algo de luz sobre la localización de nuestro hombre. La misiva, que aparece aderezada con varios dibujos alusivos a las cuestiones que plasma por escrito, recoge su situación física y moral en aquellos instantes:

*(Dibujo de paloma mensajera)*

Apreciable amigo: sin ninguna tuya a que referirme, te escribo esta con el objeto de que sea para ti expresión del pasado y presente de este que no olvida, y recuerda con nostalgia su patria chica.

*(Apunte de la fachada principal de la iglesia de Santiago, en Don Benito, y unos ojos que la contemplan con añoranza)*

Ernesto, por el sastre sé dónde te encuentras y me satisface que estés bien, a pesar de la cruz que llevamos a cuesta hace tanto tiempo del brazo de la muerte.

*(Boceto de jinete y de la muerte –esqueleto con guadaña– sobre un pobre hombre)*

Yo me encuentro en tierras de Andalucía y esto es más cálido comparado al clima que hemos tenido allí en la sierra de Madrid; esto está mejor de todo.

Sin más, los jinetes siguen su marcha y el poeta su canto, antes (*sic*) el dolor de la patria sangrante<sup>18</sup>.

*(Tres apuntes: una vasija que vierte líquido, un corazón sangrante, una mujer de cintura arriba)*

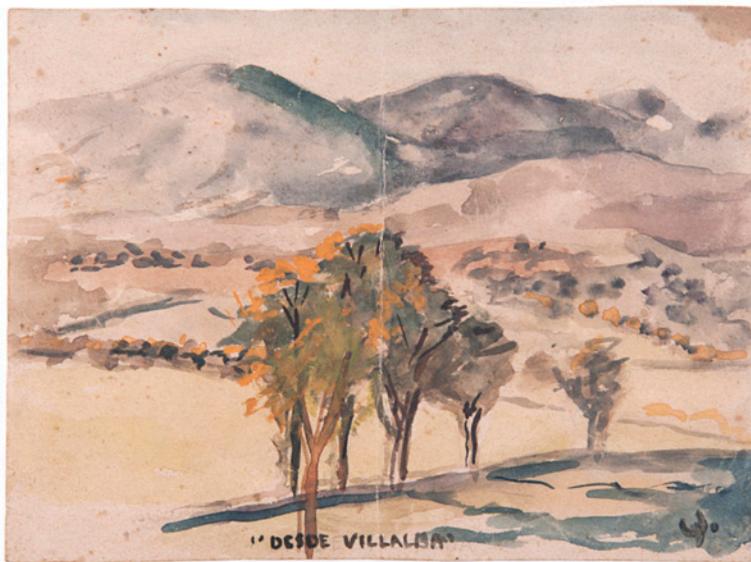
En espera de la tuya, se despide con un abrazo tu amigo”

---

<sup>18</sup> Tal vez quisiera decir: “ante el dolor de la patria sangrante” (nota del autor)

Aunque en ningún caso se encuentra la palabra “guerra” en el escrito, es evidente que las alusiones a “*la muerte, la cruz, el dolor, la patria sangrante...*” se referían a la barbarie vivida en España entre los años 1936 a 1939. La carta transluce, por un lado, el sufrimiento que afligía a Juan, y, por otro, la añoranza que sentía de la tierra materna. A este respecto, es llamativo el veraz recuerdo que el artista mantenía de la principal iglesia de su pueblo (el templo de Santiago), cuya fachada fue capaz de reproducir fielmente con gruesos trazos. Pero, además, el contenido del escrito deja saber que, antes de su estancia en Andalucía (región en donde lo redacta), Juan había permanecido algún tiempo en la sierra madrileña.

De no ser por su vocación artística, es posible que no se hubiese contado con más pistas sobre esta dura época de la vida de Juan Aparicio. Sin embargo, gracias a su pasión por la pintura, que le embargaba en cualquier circunstancia y le servía no sólo para satisfacer sus inquietudes, podemos conocer más información sobre la estancia de Juan en el frente. Varias acuarelas, conservadas por el pintor mientras vivió, han guardado en silencio durante décadas ciertos datos sobre su permanencia “*allí, en la sierra de Madrid*”. Años después, esas obritas proyectan



*Desde Villalba.*  
 Juan Aparicio Quintana. 1938.  
 Acuarela de 12,5 x 19 cms.



*“Desde Villalba 4-11-38”.*  
Juan Aparicio Quintana. 1938.  
Acuarela de 14 x 19 cms.

algunas luces y no pocas sombras sobre un período tan oscuro en la existencia vital de Aparicio.

En concreto, se trata de cuatro acuarelas pequeñas con unas características singulares, que merecen un análisis detallado. Dos de ellas reproducen paisajes tomados del natural y contienen el texto “*DESDE VILLALBA*”, anotado por el propio pintor en color negro.

La observación cuidadosa de una de las acuarelas permite detectar que bajo la primera de esas dos palabras –“*DESDE*”- se contiene otra, escrita en un color más pálido. Efectivamente, en un ocre fácil de encubrir por el sólido negro puede llegar a descubrirse la palabra inicialmente escrita: “*COLLADO*”. También “*VILLALBA*” fue rotulada inicialmente en color ocre, para más tarde ser repasada en negro. De tal forma, cabe concluir que en donde se lee “*DESDE VILLALBA*” estaba escrito inicialmente “*COLLADO VILLALBA*”.

A la vista de esta prueba, cabe suponer que el autor de las acuarelas tenía la voluntad expresa de ocultar el topónimo “*Collado*”. De hecho, “*Villalba*” resulta más genérico y podía identificarse con varias poblacio-

nes diferentes de España, mientras que “*Collado Villalba*” concretaba la localización de forma indiscutible en la serranía de Madrid. Sin embargo, no fue esta la única ocultación que se realizó en las referidas acuarelas. Las cuatro aparecen firmadas simplemente con un símbolo: 

Quizá Aparicio trataba de preservar su identidad como creador de aquellas pinturas. Ha sido preciso recurrir a la lectura de otras firmas de nuestro artista en diferentes obras para comprobar que efectivamente, tras aquel símbolo, se escondía la mano de Juan Aparicio. En concreto, el signo utilizado en las acuarelas se corresponde con la peculiar forma con que el pintor dombenitense dibujó la letra “Q” (de su apellido Quintana) en algunas de sus obras. Muchos años más tarde, dos jóvenes estudiantes analizaron un cuadro de Hernán Cortés existente en el Ayuntamiento de Medellín:

Limpiado el ángulo inferior derecho del citado cuadro se encuentra la firma de J. Aparicio. Lo que no estaba muy claro era la última grafía que acompañaba la firma, pero tras su limpieza se pudo apreciar que se trataba de una <Q>. Esta responde a Quintana, segundo apellido del pintor dombenitense (Cruz y Curado 1993)

A la luz de estas pistas, lo que hoy pueden resultar curiosidades tal vez revelen una situación vital de inseguridad o de prevención. Otro dato de gran importancia es la fecha que aparece en una de las acuarelas “*Desde Villalba*”: “*4 de noviembre de 1938*”. Esta data fija su realización en plena contienda civil. Los paisajes que aparecen dibujados coinciden en el período otoñal como la época de ejecución de las obritas.

Alguna otra consideración surge de las acuarelas analizadas. Las cuatro presentan un pliegue en su parte central, lo que permite suponer que todas ellas fueron dobladas a la mitad. Quizá pueda encontrarse la razón de ese pliegue central en el mismo texto ya analizado y escrito en dos de ellas. La expresión “*Desde Villalba*” se identifica bien con las remisiones postales que, en ocasiones, se realizan por quienes se encuentran de viaje y desean hacer llegar una instantánea de algún lugar o momento determinado. Es muy posible que Juan enviara aquellas acuarelas a su

familia en Don Benito. El tamaño de las mismas y el de los sobres de la época le obligó a doblarlas; el temor a que cayeran en manos peligrosas, le llevó prudentemente a intentar ocultar su identidad y también el lugar concreto en que estaba.

Testimonios de familiares de soldados en diversas unidades del ejército republicano recuerdan diversos aspectos relacionados con la correspondencia. Preservar el punto concreto en que se estaba en cada momento debió de ser una orden general, pues esos testimonios recuerdan que los soldados remitían postales a través de la Cruz Roja en las que solo figuraba el nombre del remitente, sin alusión alguna al destino en que se encontraba. Juan trató de evitar que se conociera el lugar desde el que eran dirigidas y procuró ocultar su propia autoría.

Determinar el punto concreto en que se encontraba Juan Aparicio en aquellos últimos días del año 38 permite también obtener alguna otra conclusión. Collado Villalba permaneció bajo poder republicano hasta el final de la guerra civil, marzo del 39. Ha de entenderse, por tanto, que Juan Aparicio estaba en el frente a finales del 38 y que lo hacía al servicio del ejército popular. Diversas razones (su carácter, su sensibilidad, sus amistades, su edad, la trayectoria política que siguió tras el conflicto...) animan a considerar que Aparicio no se enroló voluntario. Es más probable que su incorporación a filas fuera forzosa.

Esta circunstancia no sería extraña. En todo el país, el avance de las fuerzas nacionales, apoyadas por alemanes e italianos, determinó que el Gobierno de la República y el de algunas Comunidades Autónomas estableciesen varias levas forzosas a lo largo de los años 37 y 38. De hecho, “[...] a mediados de octubre de 1937 se había llamado a filas a los reemplazos de 1930 a 1938 [...] a finales de 1937 se había llamado a filas a jóvenes comprendidos entre los 19 y 28 años [...]” (Hinojosa 2009: 7). También las hubo en el bando de los sublevados, dirigidas en cada caso a los hombres que vivían en las respectivas zonas ocupadas.

En lo referente a Juan, ya se ha visto que el artista dombenitense hizo la mili en África con su quinta, la del año 28. Esa quinta precisamente tuvo un llamamiento concreto. El día 14 de abril de 1938, la Gaceta de la República (págs. 305-6) insertaba la siguiente disposición:

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL  
ORDEN CIRCULAR  
INCORPORACIÓN A FILAS

Excmo. Sr.: Para dar cumplimiento a lo preceptuado en el artículo primero del Decreto número 66 de esta fecha, por el que se dispone la movilización de los individuos pertenecientes a los reemplazos de 1928, 1941 y 1927, se ha resuelto que dicha incorporación, por lo que afecta a los del año 1928, se efectúe con arreglo a las normas siguientes:

Primera. INDIVIDUOS QUE DEBEN EFECTUAR LA INCORPORACIÓN.- Todos los Oficiales, Suboficiales, Brigadas, Sargentos, Cabos y soldados comprendidos en el indicado reemplazo [...]

Segunda. FECHA EN QUE DEBE TENER LUGAR LA INCORPORACIÓN.- Durante los días 20 y 21 del actual, llevando cada uno una manta, calzado, plato y cubierto, todo ello en buen estado.

[...]

Quinta. DISTRIBUCIÓN DEL PERSONAL.- [...] inexcusablemente debe estar dispuesto el personal para emprender la marcha a los destinos que se les señale a partir del día 24.

[...]

Sexta. MODO DE VERIFICAR LA INCORPORACIÓN.- Los viajes necesarios para concentrarse en los C.R.I.M. (Centros de Reclutamiento, Instrucción y Movilización) serán de cuenta del Estado, utilizando el ferrocarril. De estar interrumpidas las comunicaciones ferroviarias o no existir éstas, los movilizados efectuarán su viaje en coches requisados para este exclusivo fin por los Presidentes de los Consejos Municipales. Caso de no haber medio alguno de transporte, los reclutas se trasladarán desde el punto de residencia al C.R.I.M. respectivo, mediante marchas a pie, a razón de 20 kilómetros por día, efectuando para ello la salida con la necesaria antelación, al objeto de presentarse en la fecha señalada.

Séptima. DEVENGOS. Los individuos comprendidos en esta concentración, serán socorridos desde que salgan de sus casas hasta el día en que verifiquen su presentación en los C.R.I.M. con cinco pesetas diarias, en la forma prevista [...] Desde el instante en que efectúen su incorporación al respectivo Centro, tendrán derecho a percibir todos los devengos correspondientes al soldado, incluido rancho y pan [...].

Circunstancialmente, Aparicio recibiría la comunicación de su inmediata incorporación al frente pocos días después de perder a su primer hijo –aquel Jaime que muriese un 4 de abril-. Es probable que Juan no hubiera considerado “bueno” ningún momento para la recepción de aquella nueva, pero se entiende bien que, por los días en que se produjo, la noticia aún resultara más dolorosa tanto para él como para su compañera Filomena. Tal como fijaba la Orden Circular, Aparicio dejaría Don Benito entre los días 22 y 23 de aquel mismo mes para dirigirse al Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización más cercano a su domicilio.

Otra circunstancia viene a corroborar que Juan debió de abandonar su residencia antes del verano del 38. El 24 de julio de aquel año, Don Benito cayó en manos de las tropas de Franco<sup>19</sup>. Los sentimientos de revancha afloraron y la represalia comenzó de manera inmediata, en el marco de la táctica que, desde el inicio, los sublevados se habían marcado. Puede apreciarse la estrategia de castigo y dureza de la rebelión en la Instrucción reservada número 1 –Madrid, 25 de mayo de 1936-, que estaba pensada para los futuros jefes del pronunciamiento:

Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no adictos al Movimiento, aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas (Alvarado 2012: 151).

El 19 de julio de 1936, iniciado el golpe militar, el mismo general Mola que había estado al frente de circunscripción militar en la que Juan Aparicio hizo la “mili” y que fuera también Director General de Seguridad afirmó con rotundidad: *“Hay que sembrar el terror [...] hay que dejar la sensación de dominio, eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros”* (Arias 2013: 129).

---

<sup>19</sup> Pieza segunda de Badajoz. Del Alzamiento Nacional. Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación en el partido judicial de Don Benito. Archivo Histórico Nacional. FC-CAUSA\_GENERAL, 1055, EXP.6.

Con tales premisas, no resulta raro que durante el verano del 38, en Don Benito se sucedieran las detenciones, “paseillos” y fusilamientos de personas destacadas en el periodo republicano, de aquellas que no eran afectas al nuevo régimen y, en no pocas ocasiones, de otras a las que se privó de la vida por motivaciones diferentes. Diversas fuentes orales apuntan a que Joaquín Aparicio, el padre de Juan Aparicio, hubo de abandonar Don Benito para encontrar refugio y protección en algún otro punto que siguiera bajo poder republicano. Las consecuencias no se hicieron esperar.

No fue el único caso en que, ante la desaparición del sujeto que se buscaba, se encarceló a la esposa del fugitivo. Al parecer, Inocencia, la madre de Juan Aparicio, fue encerrada en una cárcel que se había habilitado a los efectos en la calle La Cilla. Es posible que el caserón utilizado para la privación de libertad fuera la sede de la propia cilla que, para la recogida del grano, existía en Don Benito desde siglos atrás –de ahí el nombre dado a la calle-. La improvisada celda quedaba cerca del domicilio familiar de los Aparicio y muy próxima al taller en donde su hijo Juan iniciara, casi veinte años atrás, el aprendizaje del oficio de zapatero.

Testimonios de familiares sostienen que Inocencia fue encarcelada junto a Isabel Rodríguez Sánchez-Collado. Ambas compartieron el doloroso acto de la detención; convivieron durante días entre rejas; sufrieron el alejamiento de los suyos; padecieron cada noche la incertidumbre y el miedo ante un amanecer que, contrario a la propia naturaleza, podía llegar cargado de sombras eternas. Afortunadamente para la una y desgraciadamente para la otra, sus caminos quedaron separados a finales del mes de julio. Un buen día, Inocencia fue puesta en libertad. Una mala jornada de principios del mes de agosto de aquel 1938, Isabel era fusilada.

Diversas fuentes orales señalan cuál fue la causa que hizo divergir, de forma tan trascendental, los caminos de ambas mujeres en un momento determinado. En páginas anteriores se comentó la actuación de Joaquín Aparicio durante el mandato republicano, cuando intercedió por una familia del sector comercial de las más notables de la sociedad dombenitense. La acción de Joaquín libró de la muerte a algunos de sus integrantes. Si entonces había sembrado, ahora recogía el fruto. Testi-

monios de familiares aseguran que habrían sido algunos integrantes de esa misma familia quienes se presentaron ante las autoridades del nuevo régimen y hablaron en favor de Inocencia. Poco después era puesta en libertad. Quizá la distancia impidió que Juan Aparicio –incorporado por entonces al frente- conociera estos hechos en el momento en que ocurrían y, quizá gracias a ello, evitarle jornadas de dolor por lo acaecido a su madre.

Tampoco se sabe si por aquellos días del verano del 38 Juan estaba ya en la sierra de Madrid (por la zona de Collado Villalba según hemos visto en sus propios dibujos) o si tuvo otro destino previo. Bien pudiera haber estado en algún punto de Extremadura, toda vez que hay constancia de compañías republicanas que fueron trasladadas desde el frente extremeño para la exclusiva defensa de la capital de España, Madrid. Lo seguro es que, en el otoño del 38, Juan Aparicio estaba en la sierra madrileña. Quizá también en el invierno de aquel mismo año.

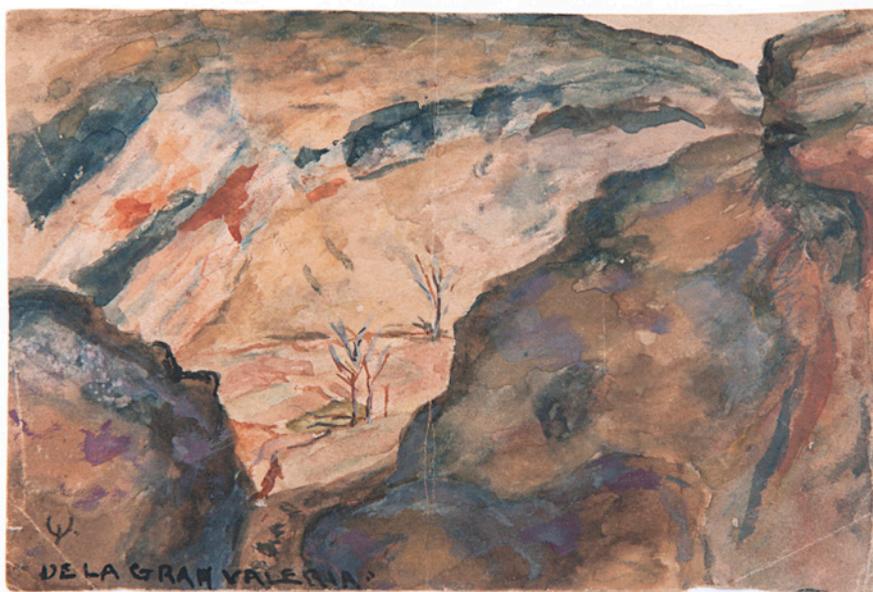
Dos acuarelas similares a las ya comentadas reflejan diferentes temas: un paisaje agreste, una de ellas; y un “apunte” de una “cocina” tradicional, la otra. En este último caso, una vieja permanece sentada al calor de una amplia chimenea decorada con objetos típicos. Ese boceto sería desarrollado al óleo, años más tarde, por el propio pintor. Ambas acuarelas contienen un texto escrito que pretende, al igual que lo hacía “Collado Villalba”, indicar el lugar en que se encontraba el artista en el momento de realizar su dibujo. Consta textualmente: “De la Gran Valeria”. Con esa denominación, sólo hemos encontrado la referencia toponímica que tuvo en época romana la actual Valeria, localidad al sur de la provincia de Cuenca.



Cocina. De la Gran Valeria.  
Juan Aparicio Quintana. 1937.  
Acuarela de 21 x 15 cms.

Según lo expresado en el borrador de carta en que hablaba de la sierra de Madrid, Aparicio estuvo en el sur –“(…) *Yo me encuentro en tierras de Andalucía* (...)”-. Si la “*Gran Valeria*” se corresponde con la localidad conquense, ha de suponerse que Juan Aparicio y la compañía militar en que estuviera integrado serían trasladados inicialmente desde la sierra madrileña hacia el oeste, vía que permanecía expedita para el ejército republicano. Posiblemente, la finalidad del cambio fue reforzar alguno de los puntos del frente de Levante que estuviera más hostigado por las tropas sublevadas. Desde allí, otras necesidades requerirían una nueva marcha, en este caso hacia Andalucía.

Dado que Aparicio estaba en Collado Villalba en noviembre del 38 y que, desde allí pudo haber sido llevado a la provincia de Cuenca, es lógico suponer que llegaría a Andalucía a principios del año 39. Por entonces, las fuerzas republicanas sólo controlaban el llamado sector cordobés, y más concretamente la zona norte de esta provincia. Las principales necesidades se fijaban en reforzar, por su importancia estratégica, el círculo en torno a las zonas mineras de Peñarroya y Almadén; por tanto, en la confluencia de Andalucía y la provincia de Ciudad Real.



*De la Gran Valeria.*  
Juan Aparicio Quintana. 1938  
Acuarela de 12,5 x 19 cms.

Es muy posible que ese fuera su destino militar en aquel momento de la avanzada contienda. Así parece acreditarlo el testimonio oral de una prima de Juan Aparicio. Esta mujer recuerda que, en algún momento a lo largo de la guerra, el pintor arribó de forma sorpresiva hasta la finca *El Borde*, localizada en el Valle del Alcudia. El predio se encuentra incluido en el término municipal de Almodóvar del Campo, afecto a la pedanía de La Bienvenida, pero próximo a la localidad manchega de Alamillo, en las cercanías del entonces frente bélico al que se ha hecho referencia (Peñarroya-Almadén).

En aquella hacienda de *El Borde*, su tía Ana María Quintana -hermana menor de su madre-, junto a su marido Agustín Campos Granados y tres hijas del matrimonio cuidaban el ganado de un rico hacendado dombenitense -Vicente Sanz-. Aseguran dos de aquellas niñas -Inocencia y Ramona Campos Quintana, mujeres nonagenarias cuando hacen memoria y relatan lo ocurrido- que su primo Juan “[...] llegó del frente. Su aspecto era lamentable, pues vino lleno de piojos. Le dimos una manta para que se arropara mientras mi madre le lavaba la ropa con agua caliente. Al día siguiente, regresó al frente”.

Como curiosidad, apuntar que en la zona que ocupa la finca reseñada se localiza un pueblo denominado *San Benito* -en la actualidad, pedanía dependiente de Almodóvar- y un río *Guadálmez*, topónimos ambos casi semejantes a los que se corresponden con la propia localidad del pintor -Don Benito- y con uno de los ríos que surcan su término municipal al sur -río Guadámez-. Por otra parte, la dedicación tradicional del Valle del Alcudia ha sido la ganadería de ovejas trashumantes. Hasta él llegan varias de las principales cañadas que servían para acarrear el ganado lanar del norte de España hacia las más cálidas tierras del sur.

También Don Benito se presenta históricamente como importante núcleo de la Mesta. Está acreditada la celebración de antiguas Juntas o Asambleas Generales del influyente gremio pastoril en la iglesia de San Sebastián, en las proximidades de las residencias familiares de los Aparicio. Parece, pues, que las relaciones laborales entre los pastores dombenitenses y los del valle manchego puedan haberse dado desde antiguo. Es más, algunos estudios sostienen que la vía romana *Per Lusitaniam ab*

*Caesaraugusta* transitaría desde la histórica Emerita Augusta para cruzar por las proximidades del actual Don Benito y llegar, una vez superado el territorio extremeño, al propio valle del Alcuía.

Esta zona manchega, junto con la sierra madrileña y la provincia de Cuenca, serían de las últimas en caer bajo el mando de Franco. A los efectos, véase el parte oficial de guerra emitido el martes, 28 de marzo de 1939:

En el día de hoy, las tropas españolas han liberado la capital de España de la barbarie roja, recogiendo los frutos de las grandes victorias anteriores y de las roturas que, a partir del día 25, se van produciendo en todos los sectores de los frentes.

El número de prisioneros en el sector del Centro pasa de 40.000, habiéndose ocupado por nuestras fuerzas el embalse de Lozoya, y los pueblos de Buitrago, Morazarzal, Collado Villalba, Los Molinos, El Escorial, Aranjuez, Tarancón, Santa Cruz de la Zarza, Millo, Tembleque, Turleque, Marjaliza, Las Ventas con Peña Aguilera y Navahermosa [...]

Nuestras tropas, en el Sur, también han continuado su avance, habiendo ocupado, durante la noche pasada, el pueblo de Adamuz; y hoy, los de Chillón, Almadenejos, Guadálmez, San Benito, Conquista, Venta de Azué, Marmolejo, Andújar, Los Caserones y Capilla [...]

Salamanca, 28 de marzo de 1939. III Año Triunfal.

De orden de S.E., el General Jefe de Estado Mayor, Francisco Martín Moreno. (ABC 1964: 137)

Es muy posible que Juan Aparicio no regresara a Don Benito hasta haber concluido el conflicto bélico, a finales de marzo o principios de abril del año 39. A pesar de su estancia en el ejército republicano, la vuelta al hogar bajo el mando ya de las autoridades franquistas no supuso para él, que se sepa, mayor peligro. Una vez más, debieron de servirle las amistades cosechadas merced a sus cualidades artísticas. Y serían esas mismas relaciones las que lograron excarcelar a Joaquín, su padre,

quien permanecía detenido en la cárcel de Mérida. Ciertamente, durante el mes de abril del 39 es segura la presencia del pintor en Don Benito. Filomena quedó entonces embarazada.

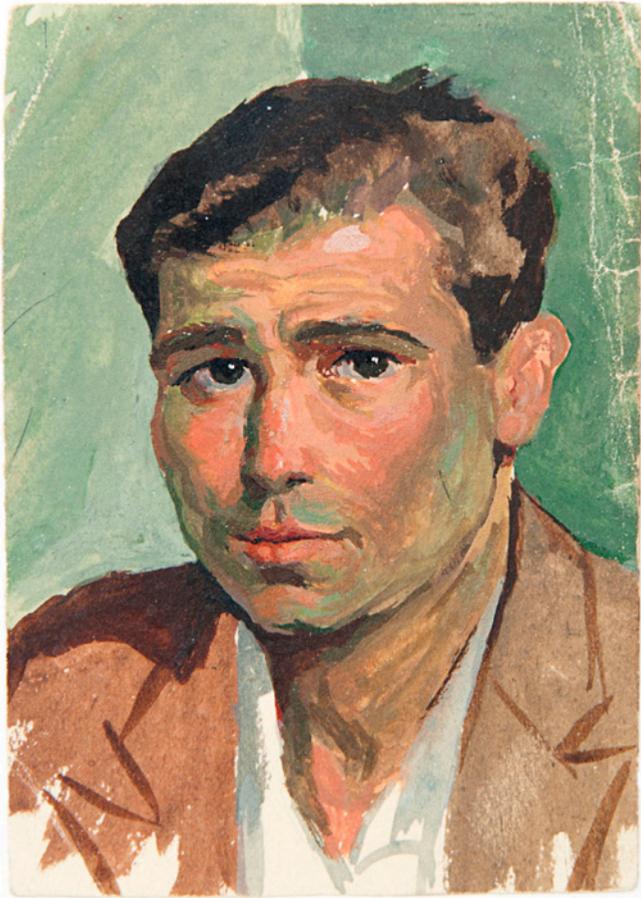
Tres meses después, Juan Aparicio, con 32 años, y Filomena García-Molina, con 27, contrajeron matrimonio canónico en la iglesia parroquial de San Sebastián, el templo de su barrio. A las 7 horas y 30 minutos del jueves, 13 de julio, el presbítero D. José Gómez Gómez procedió a casarles, actuando como testigos los vecinos de la misma ciudad Domingo Morales Morcillo y Ramón González Muñoz. Sólo tres horas más tarde era inscrito el matrimonio canónico en el registro civil de la misma localidad. La pareja, que había convivido durante la época republicana, no tardó en formalizar su relación y ajustarla a los nuevos requerimientos del nacional catolicismo.



# V

**Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre  
aquel que amó, vivió, murió por dentro  
y un buen día bajó a la calle [...]**

*(Blas de Otero)*



*Autorretrato del pintor  
Juan Aparicio Quintana. Hacia 1940*



El final de la contienda no trajo la paz civil. La Ley de Responsabilidades Políticas, promulgada por el nuevo régimen el 9 de febrero de 1939, supuso en realidad el marco jurídico para una dura represión. Ya en su artículo primero, aquella norma anulaba uno de los principios irrenunciables del Derecho al considerar legítimo sancionar con carácter retroactivo: *“Se declara la responsabilidad política de las personas, tanto jurídicas como físicas, que desde el 1 de octubre de 1934 y antes de julio de 1936 contribuyeron a crear o agravar la subversión [...]”*. Era patente que, con la ley en la mano, cualquiera podía sufrir prisión por supuestas acciones previas (Alvarado 2012: 151).

En aquel contexto de inseguridad jurídica, de terror para muchos y de penalidades para la mayoría, se produjeron miles de ejecuciones, se crearon campos de concentración y se mantuvo detenido a un número importante de los acusados por colaborar con la República. Había que seguir adelante y se inició la reconstrucción de todo un país partido por el dolor de los vencidos y la “superioridad” de los victoriosos. Esa reconstrucción requeriría de varias décadas y, en algunos aspectos, es difícil determinar si realmente ha llegado a subsanarse la fractura que la guerra y la posguerra ocasionaron.

En el caso de Don Benito, un hecho habla bien a las claras de la penosa situación que presentaba el casco urbano tras la contienda. Ya se ha hecho alusión a los fuertes bombardeos aéreos sufridos por la población en distintos momentos y a los desperfectos causados en numerosos edificios de la ciudad. Las mismas Casas Consistoriales no se vieron libres de aquel desastre, de forma que el Ayuntamiento se vio obligado a alquilar unas nuevas dependencias ante la imposibilidad de utilizar las propias. En consecuencia, se procedió a arrendar, por 100 pesetas mensuales, el conocido como Hotel Falcón, en el número 4 de la que pronto dejaría de ser la Plaza de la Constitución para pasar a denominarse Plaza de España.

En medio de ruinas físicas y humanas, a los seis meses de contraer matrimonio canónico, Juan y Filomena conocieron el nacimiento de su hija Aurora, la mayor de los hijos que les sobrevivieron. Aurora llegó un 28 de enero de 1940, en plena crisis social y económica. Nació en la casa de sus abuelos, en la calle Buenavista, en donde había sido acogido el nuevo matrimonio. No sería una estancia breve ni insignificante para los recién casados. Allí permanecerían varios años, conviviendo varias familias, circunstancia nada extraña en el Don Benito de la posguerra. En el “doblao” de esta casa tuvo Juan su estudio durante años, pintando cada día, pero ahora con unas evidentes necesidades pecuniarias derivadas de sus nuevas responsabilidades como esposo y padre.



*Aurora, hija mayor del matrimonio Aparicio García-Molina.  
Juan Aparicio Quintana. 1947.  
Óleo/lienzo. 74 x 78 cms.*

En los años posteriores al conflicto bélico se observa un incremento considerable de retratos entre las obras ejecutadas por Aparicio. Personajes de la alta sociedad dombenitense de la época aparecen reflejados en óleos y dibujos. Bien pudiera tratarse de encargos puntuales y concretos de las familias acomodadas y mejor situadas en el marco del nuevo régimen. De ser así, sería sin duda una fuente de ingresos para la familia Aparicio García-Molina. Aunque, tampoco debe descartarse que, al menos en algunos casos, se tratara de la devolución de favores por la ayuda que en plena guerra civil pudiera haber recibido Juan o su familia.

Alrededor, una profunda recesión económica se extendía por una España rota, carente de suficiente mano de obra para atender a las necesidades del país. A los muertos en la contienda se sumaron los exiliados y los represaliados en las cárceles franquistas. Las dos Españas encontraron en el hambre una nueva forma de manifestación, de manera que los vencedores lograban recursos que le permitían una vida digna, mientras los derrotados se veían obligados a depender del racionamiento de los alimentos. La carencia de vitaminas, de hidratos y de nutrientes básicos extendió enfermedades y penurias por el territorio nacional.

Ante tal panorama, toda ayuda era poca. La procedente de los retratos y encargos de las familias pudientes paliarían, en parte, las necesidades de los Aparicio. Sin embargo, esos ingresos no debían de ser suficientes. El borrador de una carta de Juan nos permite saber que el artista buscaba trabajo como profesor de dibujo. Por su interés, incluimos el contenido textual del escrito:

*“Sr. D. Ramón Cardenal Velázquez.*

*Apreciable amigo: Como lo presenté ahí, tan pronto llegué a esta tuve que meterme en cama con bastante fiebre, fiebres que me han durado unos días, pero ya estoy mejor.*

*Recibí su carta, fecha 20, lo cual veo su interés por mí, yo muy agradecido; me he hecho de un Tratado elemental de dibujo para Instituto y Escuela de Artes e Industria –de D. Alberto Commeleran, muy bueno-, ipero mira usted por donde nos hemos quedado sin Colegio! Este se ha fusionado con el de los frailes y estos han tirado de los licenciados (cosa natural), así que nuestro gozo en un pozo.*

*Respecto a la exposición, estaba bastante bien pero Hermoso estaba mal representado y notándose la ausencia de muchos, sobre todo los escultores, para mi gusto (aunque semejan algo a los pintores andaluces), Amador y Moreno Márquez y los maestros, a los que no hay que discutirlos.*

*Sin más, respecto a los dibujos ya se los mandaré pedir solamente para la exposición, que no sé si se celebrará por falta de local. Recuerdo a toda la familia y V recibe un abrazo de su amigo. Juan.*

*Agosto –25–8–1940”*

Como puede apreciarse, la carta fue dirigida a Ramón Cardenal Velázquez, dombenitense afincado en la ciudad de Badajoz. La intensa y extensa vida social y representativa de Cardenal durante décadas en la capital de la provincia le llevó a convertirse en el centro de algunas noticias curiosas. El diario ABC de 1927 recogía una breve información que textualmente expresaba: *“Badajoz, 17. 7 de la tarde. Esta mañana, cuando se dirigían, en automóvil, a Mérida, el concejal de Badajoz D. Ramón Salas y D. Ramón Cardenal, el automóvil en que iban chocó con otro, resultando heridos de menos gravedad ambos ocupantes y el chauffeur (sic), y los dos ocupantes del otro carruaje”*<sup>20</sup>.

Ramón Cardenal fue nombrado en 1934 Profesor Auxiliar de Dibujo Lineal y Elementos de Construcción de la Escuela de Artesanos de Badajoz (dependiente del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes), plaza que estaba vacante y a la que solo se presentó este aspirante<sup>21</sup>. Para conseguirla, Cardenal hubo de superar unas pruebas de actitud y presentar Memoria y Programa que merecieron el “apto” del tribunal nombrado a los efectos. En adelante, su vida profesional quedará unida a este tipo de instituciones docentes.

Hombre vinculado a las opciones conservadoras, Ramón Cardenal se convirtió en persona muy influyente en el nuevo régimen que surgiría tras el conflicto civil y militar. Escultor y profesor, ejerció docencia en la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz y fue el promotor (año 1956) y director de la Escuela Sindical de Formación Profesional de Badajoz, cuyas instalaciones estaban emplazadas en la barriada de San Roque. Se le considera el impulsor de las Escuelas Sindicales en la provincia de Badajoz. Llegó a ser teniente de alcalde del Ayuntamiento de Badajoz y persona plenamente integrada en la sociedad pacense, como demuestra su actividad política, artística y religiosa.

Ramón Cardenal era también un destacado responsable de la Hermandad y Cofradía de penitencia del Dulce Nombre de Jesús, nuestro Padre Jesús Nazareno del Amparo, Santísimo Cristo de la Fe y María Santísima del Mayor Dolor, correspondiente a la iglesia de Santo Do-

<sup>20</sup> <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/12/18/037.html>

<sup>21</sup> Gaceta de Madrid. Nº 79. 20/03/1934 (Información facilitada por Juan José Lozano).

mingo de Badajoz. De hecho, en 1941, él mismo procedió a restaurar y devolver la belleza original a la imagen de Jesús del Amparo, del que se decía devoto, y que los dos años anteriores había procesionado con unas reparaciones de urgencia. La simbiosis de sus habilidades como escultor y de su integración en el ámbito religioso, le llevó a ser nombrado restaurador honorario de la Diócesis de Plasencia.

En la carta ya recogida de Aparicio a Cardenal, se hace referencia a una exposición, que debió de celebrarse en Badajoz y que Juan visitaría, tal vez invitado por el propio Cardenal Velázquez. La hemeroteca del ABC de la época guarda una noticia aparecida el 15 de agosto de aquel 1940 en la edición de la mañana: *“El IV Aniversario de la liberación de Badajoz”*. Con tal motivo, y según refiere el cronista, el 14 de julio habían dado inicio las fiestas para *“[...] conmemorar el cuarto aniversario de la liberación de Badajoz por las tropas nacionales [...]”*.

Mientras los vencedores celebraban la toma de Badajoz como un hecho festivo, había quienes mantenían vivo el recuerdo de la represión franquista. La antigua Plaza de Toros -derribada en el 2002 para transformarse en un moderno Palacio de Congresos- se convirtió, en aquellos primeros momentos después de caer en manos franquistas, en un terrible campo de concentración y de exterminio.

Para Hugh Thomas, que escribió un libro sobre la Guerra 20 años después, la cifra de los muertos en la Plaza de Toros de Badajoz <no llegó a dos mil>. Thomas escribió el trabajo apoyándose en fuentes franquistas [...] Mario Neves escribía, en el Diario de Lisboa que <Acabo de ser testigo de auténticas escenas de desolación y horror, de las que no me olvidaré mientras viva; cerca de los establos aún pueden verse muchos cuerpos yaciendo, como resultado de la implacable justicia militar; en las avenidas principales, una no muy larga mirada, muestra otra larga hilera de cadáveres insepultos allí tirados; los legionarios extranjeros y la tropa mora, encargados de las ejecuciones, quieren los cuerpos en las calles para que sirva de ejemplo, consiguiendo los efectos deseados> [...] La confirmación de los horrorosos sucesos la daba el propio teniente coronel Juan Yagüe Blanco (murió en 1952), en una entrevista para New York

Herald Tribune, realizada por John Whitaker: <naturalmente que hemos matado en Badajoz ¿Qué suponía usted, que iba a llevar a esos 6.000 prisioneros rojos en mis columnas teniendo que avanzar contra reloj sobre Toledo, o que los iba a dejar en la retaguardia para que Badajoz fuera rojo otra vez?><sup>22</sup>.

La vida proseguía y los actos conmemorativos de la toma de Badajoz se iniciaron hacia las doce de la mañana...

[...] las autoridades y personalidades oficiales se trasladaron al edificio en que está instalado el Conservatorio de Música, donde se procedió a la inauguración de la Exposición Provincial de Arte [...] Este certamen, interesantísimo porque reúne obras de los laureados maestros extremeños Eugenio Hermoso y Abelardo Covarchi (sic), con otros de los más destacados del arte histórico provincial, como Amador, Moreno Márquez, Gallardo, etc., etc., es el primero que se celebra después de un interregno estepario en el campo espiritual, que duró todo el tiempo del dominio de los rojos [...] (ABC 1940).

Obsérvese que las alusiones a pintores realizadas por Aparicio en su carta y la relación de los mismos contenida en el artículo periodístico coinciden hasta el punto de utilizar idéntico orden e, incluso, el empleo de algunos de los términos (“*maestros*”). Es razonable pensar que el pintor dombenitense tuviese delante la crónica del ABC en el momento en que redactó el borrador de carta, pues solía leer este periódico en el Círculo de Artesanos de Don Benito. En aquella exposición, Juan pudo contemplar obras de Amador, con quien compartiera la beca que, muchos años antes, les concediera la Diputación Provincial.

El contenido de la carta a Cardenal revela también que Juan Aparicio intentaba montar su propia exposición, posiblemente en su localidad de residencia, aunque él mismo dudaba que llegara a celebrarse por falta de local. El anuncio que le hace sobre los “*dibujos*” indica que Ramón Cardenal tenía en su poder algunas obras de Aparicio, con las que este

---

<sup>22</sup> Resumen del artículo de investigación de Alfredo Disfeito, Andreu García Ribera y Federico Pérez-Galdós publicado en el periódico *El Otro País*/ UCR, 17-08-2007.

contaba para montar la muestra. De hecho, la familia Cardenal conserva años después, en su colección particular, diversos cuadros de fecha anterior a 1940. Estas obras y el contenido de la carta –especialmente, el interés que parece había demostrado Cardenal al preocuparse por el estado de salud de Aparicio pocos días después de que abandonara la ciudad de Badajoz- revelan la especial relación que Juan hubo de mantener con Ramón Cardenal y su familia.

No obstante, la información que entendemos de mayor relevancia es la reflejada en el segundo párrafo de la misiva. El texto permite suponer que el pintor estaba a punto de empezar a trabajar como profesor en el antiguo colegio dombenitense de “San José” -emplazado en una parte de la manzana comprendida entre las actuales calles Ataúd, Francisco Valdés y Aguadores-. Aquel trabajo hubiera supuesto, de alguna forma, reencontrarse con las posiciones de pensamiento e influencias literarias que conociera en su juventud. Y ello por el devenir que había tenido el citado colegio.



*Fachada principal del colegio San José, de 1ª y 2ª Enseñanza. 1921.  
Foto: Ramón A. Fernández de Sevilla Palomo*

Magdalena Gámir de Valdés escribía en 1949 una reseña biográfica de su esposo, Francisco Valdés. En ella aseguraba que “[...] Con un grupo de amigos, al frente de ellos José Manzano, Vicente Beltrán, después Vicente Ruiz, etc., fundan un colegio que se llamará “Colegio de San

*José* [...] *Se instala en la vieja y amplia casona del abuelo Valdés. Él pone capital y entusiasmo [...]*". Debían de ser inicios de los años 20. Así se extrae de un artículo de Santiago González Murillo. Este sostiene que:

[...] Tras un largo silencio, escribe Valdés a Ruiz Contreras el 20 de junio de 1921 [...] Después de darle cuenta de su escasa actividad literaria, le informa de que ha iniciado otra clase de trabajo: "Ahora formo sociedad con dos amigos jóvenes en un negocio docente. El pasado curso expliqué las asignaturas de Filosofía del Bachillerato [...]" Los que fuimos alumnos suyos, en aquel tan querido Colegio de <San José>, podemos testimoniar su pulcra y ejemplar labor docente [...]<sup>23</sup>

Para ayudarse en las clases que esperaba poder impartir en el colegio San José, Aparicio había adquirido material específico; concretamente, el Tratado de Commeleran, que se componía de 213 páginas y en su segunda parte contenía proyecciones, secciones, perspectivas, problemas, etc. Da la impresión de que Cardenal hubiese ayudado a Juan en la búsqueda de ese empleo. Quizá, de ahí las expresiones "*nos hemos quedado sin colegio*" o "*nuestro gozo en un pozo*", con las que el pintor parece dar a entender que el disgusto ante la noticia sería compartido.

Efectivamente, las circunstancias se conjugaron en contra. El curso que se iniciara en septiembre de aquel año de 1940 conoció la fusión del citado colegio San José y el de "Primeras Letras San Carlos" con el colegio "Claret" dombenitense, identificado por Juan Aparicio en su escrito con el referente popular "*los frailes*". El hoy denominado colegio Claret, y entonces llamada colegio "Inmaculado Corazón de María", dio comienzo a su actividad en Don Benito allá por el año de 1898, hasta que en 1912 cesara en ella y su alumnado pasara al colegio San José. La situación se retrotraía y, veintiocho años después, era el San José el que desaparecía y su alumnado pasaba, de nuevo, al colegio de Enseñanzas Medias "Corazón de María", nombre con que se le autorizó por el Ministerio de Educación Nacional el 7 de junio de aquel mismo año.

<sup>23</sup> Ambos artículos, el de Magdalena Gámir y el de González Murillo en la revista Don Benito. Nº 12. Don Benito. 1949

Pero aquella nueva fusión impidió que Juan alcanzara el puesto de trabajo que ya tenía prácticamente en la mano. Lo decía en su carta a Cardenal: “[...] Este (el colegio San José) se ha fusionado con el de los frailes y estos han tirado de los licenciados (*cosa natural*)”. Quizá fuera “*cosa natural*” como reconocía el propio Aparicio la contratación de licenciados antes que artistas sin acreditación pedagógica o didáctica. Lo verdaderamente curioso es que, años más tarde, esos mismos “frailes” encargarían a Juan Aparicio varios cuadros –uno de ellos, un retrato del fundador Padre Claret-, que no llegaron a confiar a los licenciados que contrataron en el año 40 para impartir las materias artísticas.

La pérdida del que, esperaba, fuera su puesto de trabajo debió de ser un duro revés para Juan Aparicio. Sin embargo, poco después surgiría un nuevo centro docente. El 26 de noviembre de 1940 Juan ingresó en la “Escuela de Artes” como profesor interino de Dibujo, nombrado por el Patronato de Formación Profesional de la localidad, con un sueldo de 2.000 pesetas anuales<sup>24</sup>. Contaba 33 años de edad cuando entró a formar parte del profesorado de esta institución cuya denominación presenta algunas controversias.

Tanto a nivel popular como en ciertos documentos oficiales se reconoce al centro como “Escuela de Artes y Oficios Artísticos” (la Gaceta de Madrid, número 73, 14 de marzo de 1933, recogía textualmente: “*Ilmo. Sr.: Dispuesto, por Orden de fecha de ayer, que se destinen para la creación de una Escuela de Artes y Oficios Artísticos, en Don Benito, pesetas 8.000*”). La denominación genérica de “Escuelas de Artes y Oficios” se modificó en distintas ocasiones desde su creación gubernamental, habiendo estado marcada su trayectoria por las diferentes normas legales que pretendían regularlas e identificarlas.

Así, el Real Decreto de 4 de enero de 1900 modificó el nombre de “Escuelas de Artes y Oficios” por el de “Artes e Industrias”, con el que, además, se pretendía fundirlas con las provinciales de Bellas Artes. Más tarde, por los Reales Decretos de 8 de junio de 1910 y de 16 de Diciembre de 1910, las Escuelas recuperaron su antigua denominación de “Escuelas

---

<sup>24</sup> Hoja de Servicios de Juan Aparicio Quintana. IES “Cuatro Caminos”. Don Benito.

de Artes y Oficios”, separándose de las Escuelas Industriales. Años después, como se verá con mayor detalle, se las llamaría “Escuelas Elementales de Trabajo” hasta que, en la década de los 50, se las clasificara como “Escuelas de Maestría Industrial”.

Juan José Lozano ha estudiado el tema en profundidad y extensión por lo que se refiere a estos cambios de nombre y al caso de la escuela dombenitense en particular. Este autor sostiene que en Don Benito lo que funcionó desde el curso 1933/34 fue una Escuela Elemental de Trabajo con un límite de 40 alumnos. En el ámbito del Estado, el gobierno primorriverista consideró necesario reformar las enseñanzas medias. Eduardo Callejo de la Cuesta, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, modificó la organización de la enseñanza industrial con dos estatutos: el Estatuto de Enseñanza Industrial (31 de octubre de 1924) y el Estatuto de Formación Profesional (21 de diciembre de 1928). Entre otras cuestiones, se permitió que los ayuntamientos elaborasen cartas fundacionales de Patronatos locales de F.P., que debían ser aprobadas por los estamentos superiores.

En el caso de Don Benito se aprobó la Carta fundacional presentada por su Patronato el 6 de septiembre de 1929<sup>25</sup>, pero la Escuela no llegó a funcionar, como se ha dicho, hasta 1933, siendo su primer director Fernando Ruiz de Medina. La disposición oficial de 1933 estableció que la mencionada cantidad de 8.000 pesetas se distribuyera para abonar los salarios de tres Auxiliares, uno de Dibujo artístico, otro de Dibujo lineal y otro de Aritmética y Geometría prácticas y Elementos de construcción, así como para un Maestro de Taller. Durante un tiempo recibió la denominación local de “Escuela de Formación Profesional Obrera”<sup>26</sup>. La guerra civil paralizó la actividad de esta Escuela y no sería hasta finales de 1940 cuando iniciara su nueva andadura, decisión que supuso retomar las herramientas que la República había instaurado para la formación de la juventud dombenitense.

La Escuela en la que Aparicio comenzó a trabajar estaba emplazada en un edificio de larga trayectoria y dedicación docente. Fue en el inmue-

<sup>25</sup> Gaceta de Madrid. Nº 249. 06/09/1929.

<sup>26</sup> Actas Municipales del Ayuntamiento de Don Benito. 1935 (Información facilitada por Juan José Lozano).

ble situado en la confluencia de las calles Rabanero y La Corte (entonces calle de Alcalá Zamora), en donde estuviese instalada la Escuela Militar “Reina Victoria” en la década de los años 20. Una vez desaparecida esta, a finales de aquel decenio, la sustituyó la Escuela Elemental de Trabajo. Pero la permanencia de Juan y de la Escuela de Artes y Oficios (o Escuela Elemental de Trabajo) en aquel enclave sería breve. Al curso siguiente, 1941-42, este centro formativo se trasladó a las dependencias que habían sido, durante la República, del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza.

El ingreso de Juan Aparicio en la Escuela de Don Benito le permitió acceder al mundo profesional en el que ya ejercían algunas de sus amistades. Era el caso de Adelardo Covarsí -a quien se ha dicho que Ávalos consideraba protector de Aparicio-, que había estado vinculado durante toda su vida a este tipo de instituciones y que ostentaba la dirección de la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz. También su amigo Ramón Cardenal Velázquez era profesor de la citada Escuela en la capital pacense. Tras la guerra civil, Covarsí ocupó el cargo de Delegado en la provincia de Badajoz del organismo encargado de la protección del Patrimonio Histórico Nacional.

Las cualidades de Aparicio como pintor quedan fuera de toda duda. Sin embargo, resulta interesante comprobar que un puesto de trabajo como aquel, y en los momentos en que se hizo –finales del año 1940-, se le diera a un antiguo soldado republicano, cuando solían estar reservados a personas afectas al régimen. A este respecto, una prueba viene a señalar su integración en la nueva realidad sociopolítica. El 25 de noviembre de 1941, Juan fue nombrado “*Jefe de calle*” de las calles Buena Vista y Cabeza de Herrera por la Jefatura Local de la Falange Española Tradicional y de las JONS. Militar forzoso en el frente con la República, “jefe de calle” bajo el régimen franquista... ¿contradicciones humanas o simple necesidad de sobrevivir?

El acta de la Comisión Municipal Permanente del Ayuntamiento de Don Benito, correspondiente al 15 de enero de 1941 recoge literalmente: “*Expuso el Señor Alcalde [...] la necesidad de colocar en sus marcos los cuadros pintados al óleo por el pintor Señor Aparicio, del Generalísimo*

---

<sup>27</sup> Se basa para ello en el recuerdo de los relatos que le hacían sus tías paternas, Isabel y Atocha (nota del autor).

*Franco y José Antonio Primo de Rivera, al objeto de decorar el Salón de Sesiones de ese Ayuntamiento, que en breve plazo quedará terminado [...]”.* Ambos cuadros han estado desaparecidos tras el cambio de sede del Ayuntamiento dombenitense que tuvo lugar con la llegada de la democracia a finales de la década de los 70. Informaciones de distintas fuentes aseguran que los dos óleos han sido localizados.

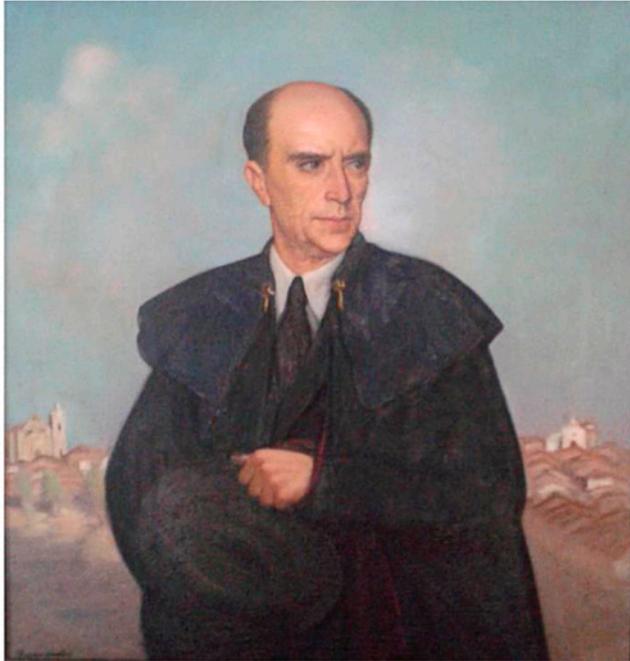
En esa misma línea de acciones de los hombres en el marco de su tiempo y de sus circunstancias, la hija menor de Juan Aparicio –Lola<sup>27</sup>– sostiene que, en los primeros años de posguerra, su abuelo Joaquín recibió una oferta por parte de las autoridades locales, a fin de que se reincorporara a su puesto como Ordenanza de Arbitrios. La respuesta del viejo luchador fue tajante en el sentido de negarse a tal provisión. Las razones, posiblemente inconfesables en aquel momento pero transmitidas en el ámbito familiar, se fundamentaban en la negativa a colaborar con quienes distaban mucho de sus convicciones ideológicas. Prefirió volver a las actividades relacionadas con la compra-venta del ganado, en las que, durante años, estuvo con Feliciano, conocido tratante de Don Benito.

Un documento personal de Juan Aparicio recoge su estado de ánimo en aquella dura postguerra y el enfoque con que miraba retrospectivamente el conflicto sufrido. Se trata del borrador de una carta que el pintor debió de remitir a un amigo galardonado con la Medalla al Trabajo y que el artista guardó cuidadosamente entre sus papeles.

Las reflexiones que contiene permiten suponer que su destinatario era persona de gran confianza para Juan. Lamentablemente, ni la familia ni las indagaciones han permitido saber de quién se trataba. En todo caso, se trata de reflexiones de gran interés para entender mejor al hombre que albergaba en su seno al pintor. Aunque se desconoce la fecha en que fue escrito, Juan se dirige al premiado y le hace las siguientes confidencias:

*“[...] Ya sabes cuál es mi retraimiento después de lo que he visto en la guerra, en que los hombres se han matado los unos a los otros sin respeto humano, en que la sinceridad se*

*juzga como un delito y no puedes manifestar tu pensamiento en nombre de Dios, porque no pertenece uno a este Mundo, lleno de prejuicios. Contigo soy sincero porque me comprendes; con quien no lo puedo ser, permanezco en silencio y quisiera que, cuando ya no pertenezca a este Mundo, se me juzgara con imparcialidad estas lágrimas de sangre, motivo de mi actitud [...]”.*



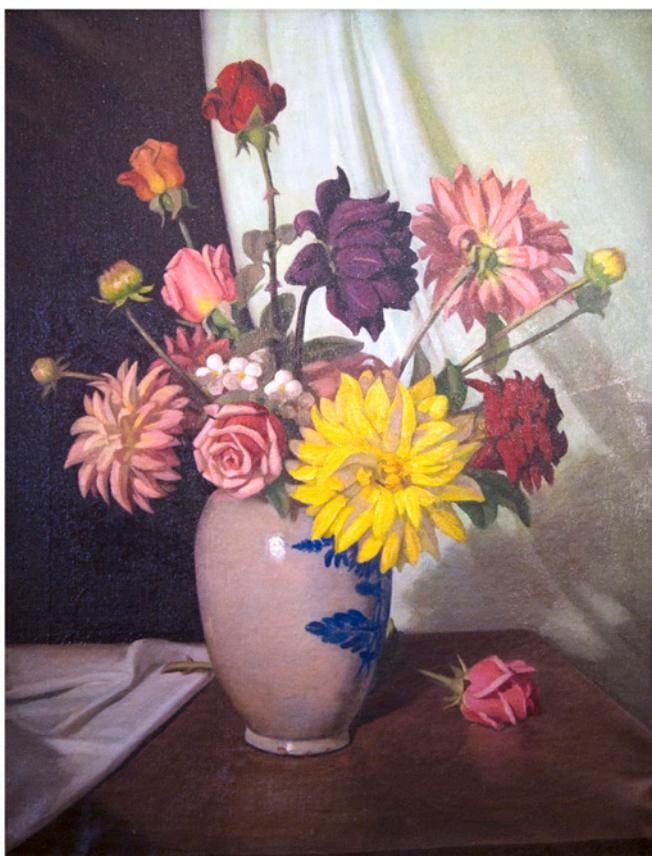
*José Manzano Díaz  
Juan Aparicio Quintana. 1940.  
Óleo/lienzo.*

Por las mismas fechas, el Ayuntamiento dombenitense aprobaba la creación de un parque al norte de la ciudad, según proyecto aprobado por el arquitecto municipal Manuel Rosado González. El nuevo parque habría de ocupar una amplia superficie con más de 6 hectáreas y su costo se estableció en 127.691 pesetas. Al frente de la Corporación estaba como Alcalde José Manzano Díaz. Tanto este como su proyecto de parque han pervivido en la vida dombenitense; el primero, inmortalizado al dar nombre a una institución educativa de amplia tradición que se con-

creta en el actual “Instituto de Educación Secundaria José Manzano”; el segundo, el Parque Municipal, ha formado y sigue formando parte del acontecer cotidiano de las familias del lugar a lo largo de más de medio siglo.

VI  
Cuéntame cómo vives;  
Dime sencillamente cómo pasan tus días  
[...]

*(Gabriel Celaya)*



*Jarrón con crisantemos y rosas.  
Juan Aparicio Quintana. 1945.  
Óleo/lienzo. 80 x 60 cms.*



Mientras la mayor parte de las grandes potencias del planeta se veían inmersas en el conflicto de la II Guerra Mundial y España derramaba aún la sangre de muchas heridas, Aparicio compaginaba su labor como profesor de Dibujo en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos con su pasión por la pintura. En ambas actividades ocupaba la mayor parte de su tiempo, con muy escasa dedicación a otros menesteres sociales. De hecho, era extensamente conocido su carácter introvertido, así como su vida sencilla y rutinaria. Recuérdese que él mismo se autocalifica como “*poco comunicativo*” en el borrador de carta para el pésame a los Condes de Campos de Orellana. Se sumaban a todo ello sus obligaciones como esposo y padre de una niña.

En el año de 1942, Juan adquiere dos fincas, propiedad de su padre. Según consta en la escritura de compraventa, Joaquín dijo ser “obrero” y vendió a su hijo un majuelo de media fanega en la dehesa boyal vieja, majuelo que había adquirido por herencia de su madre. En el mismo acto, le vendió también una finca “*tierra calma*”, al sitio de “Ojuela”. La finca procedía de una suerte llamada “La Inquisición”, que lindaba con el camino de Santa María y se encontraba próxima a un pozo, en la zona sur del extrarradio local. Todo ello se ajustó en la cantidad de 2.000 pesetas.

En otro aspecto familiar, descendientes directos de los Aparicio García-Molina sostienen, aunque no se han localizado datos que lo corroboren, que Juan y Filomena tuvieron otra hija en aquellos inicios de 1942. Por su casa correteaba la pequeña Aurora, de dos años de edad, y es de suponer que la llegada de un nuevo miembro se acogería con regocijo. Sin embargo, al igual que el primer hijo habido por la pareja -aquel Jaime que muriese allá por 1938-, esta niña (de la que no se han conseguido acreditaciones de su existencia) fallecería 5 meses después de haber visto la luz.

Más allá de esa dura y cercana realidad familiar, el gobierno franquista estableció la elección de unas Cortes nacionales mediante sufragio indirecto. En verdad se trató de un proceso dirigido desde el estado para

que las Cámaras legislativas estuvieran conformadas por las personas que el régimen consideraba idóneas por su adhesión a las ideas y principios del que se conocería como Movimiento Nacional. Se daba así un paso más en la configuración de un sistema que perduraría durante varias décadas, en el que las libertades quedaron recortadas de forma considerable y el control gubernamental presidía cualquier acción sociopolítica.

Poco se sabe de la vida de Juan en aquellos años duros de posguerra (tanto que en Don Benito se denominaba popularmente a este periodo como “años del hambre”), salvo lo ya dicho sobre la rutina y sencillez con que Aparicio se desenvolvía en el Don Benito de la época. Una buena nueva llegada desde el ámbito laboral vino a mejorar la situación familiar: a finales de 1942, concretamente el día 3 de octubre, fue nombrado por el Patronato Local de Formación Profesional como profesor “*con carácter interino*” de Dibujo, Modelado y Talla, con lo que ampliaba las iniciales ocupaciones didácticas. Por entonces, el sueldo anual que le fue destinado alcanzó la “*gratificación*” de las 3.000 pesetas, mil más de las que cobrara cuando ingresó en la Escuela, dos años atrás.

Solo dos días después de aquel nombramiento –concretamente el 5 de octubre-, la Corporación municipal presidida por José Manzano proyectó la construcción de una nueva plaza en el espacio que ocupaban una serie de casas que permanecían derruidas como consecuencia de los bombardeos aéreos sufridos durante la pasada contienda civil. Si bien aquel espacio resultaba atractivo para los niños, que encontraban entre las ruinas nuevos lugares en los que desarrollar sus juegos, el peligro que suponía y el ser testimonio muerto de un pasado doloroso, aconsejó su transformación. Su emplazamiento se situaba entre las calles Pilar, Gargantilla y Tumbón. Durante décadas -y aún hoy- se le conocería popularmente como “el Parquecillo”. Al igual que el Parque al norte de la ciudad, el proyecto de obra de este enclave se le encomendó al arquitecto municipal Manuel Rosado.

Algunos datos permiten conocer que, aunque apegado a su tierra natal, Juan mantenía contactos en Madrid. El 22 de julio de 1943, un tal Irineo de Hoz le remite una carta que lleva a suponer la existencia de cierta amistad entre ambos. El texto, que se inicia con un “*Amigo Juani-*

to”, delata que el remitente no tenía noticias de Juan desde hacía tiempo y que, durante años, le había perdido la pista. De hecho, confiesa que era el pintor José Amador quien le había proporcionado referencias sobre Aparicio, más concretamente acerca de su trabajo como profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Don Benito, a donde envió la misiva.

Además, De Hoz informó a Juan de su nueva ocupación “[...] en el salón de Exposiciones “Cano”, que aunque diferente al trabajo de antes, se asemeja mucho, ya que todo es relacionado con el arte, encontrándome bien y muy contento [...]”. El “Salón Cano” se localizaba en la Carrera de San Jerónimo madrileña, y en él efectivamente se realizaban exposiciones de pintura. Las palabras de Irineo y su relación personal con Amador y Aparicio permiten suponerle como un hombre vinculado, de una u otra forma, al mundo del arte. Concluye su carta con otra referencia en este mismo sentido: “[...] Ya veo que no has mandado nada a la Nacional; ahora hay Salón de Otoño, aunque me figuro no te interesará [...]”.

El autor de la carta debía de referirse a la III Exposición Nacional de Bellas Artes que, organizada por Educación y Descanso, se celebró aquel año (1943) en la capital de España. Heredera del antiguo Concurso Nacional de Pintura, conviene recordar que Aparicio había guardado una crónica periodística en el año 34 sobre este certamen. Las palabras de De Hoz dan a entender que Juan podría haber participado en algún momento en dicho concurso, pero no hay constancia de ello. Irineo se despidió rogando una respuesta en la que Juan pudiera contarle “[...] algo de tu vida, pues me figuro será muy apacible como buen padre de familia, ya que tendrás un buen número de hijos”.

Una vida que, efectivamente, mantenía su curso, pero que le seguía deparando momentos de pesar. El 24 de marzo de 1944, siendo las 17,00 horas, se procedió a inscribir la defunción de Jaime Aparicio García-Molina, nacido en Don Benito y de diez meses de edad, hijo de Juan y de Filomena, residentes en la calle de Buena Vista, número 18. Falleció en su domicilio aquel mismo día a las once de la mañana<sup>28</sup>. Así pues, Juan y Filomena habían vuelto a poner el nombre de Jaime al que esperaban fuese el primero de sus hijos varones. Y, una vez más, sus esperanzas se

---

<sup>28</sup> Registro Civil de Don Benito. Tomo 108, página 177 de la sección 3ª.

vieron frustradas. Se comprende fácilmente el dolor, la pena y el sufrimiento que debían de aquejar al matrimonio, pero quizá de forma especial a Filomena, la mujer que, en un período de seis años, había perdido a dos –o tres- hijos. Ya no llamarían Jaime a ninguno de los vástagos que habrían de nacer en los años siguientes.

En lo relativo a su actividad artística, Juan Aparicio vivía una época de mayor dedicación a los encargos realizados por particulares. De 1944-45 datan varias obras demandadas por pudientes familias dombenitenses, tanto retratos como pinturas religiosas y bodegones. El incremento del número de trabajos encargados al pintor supone, por una parte, que Juan contaba con un reconocimiento social cada vez más extendido; por otro lado, ese aumento en el interés por el arte podría ser reflejo de un mayor optimismo en la sociedad del



*San Francisco con una calavera.  
Juan Aparicio Quintana.  
Óleo/lienzo. 124 x 93 cms.*

momento. El desembarco de los aliados en Normandía y su rápido avance hacia Alemania hablaban del próximo fin de la II Guerra Mundial. Esas noticias pudieron aportar confianza a quienes disfrutaban de un determinado estatus social en aquella España que proclamaba oficialmente su neutralidad en el conflicto que asolaba Europa.

Ya se ha comentado que el prestigio de Aparicio como pintor parece consolidado entre sus paisanos. Efectivamente, no solo le llegaban los encargos de las familias con posibles económicos; también una entidad como el Círculo de Artesanos de la localidad le contrató un trabajo notable: la decoración del salón principal de sus instalaciones en pleno centro de la ciudad. Durante los años 43 y 44, Juan desarrolló la tarea encomendada, para la que se decidió –se ignora si por voluntad del propio artista o por petición expresa de la sociedad que lo había contratado– recrear

momentos significativos de la conquista y repoblación de las Américas. Fueron un total de cuatro murales de gran tamaño con imágenes de los principales “conquistadores” extremeños –Hernán Cortés, Pizarro, Balboa...-.

Uno de los murales pretendía recoger la llegada de los españoles al Pacífico. En el proceso de descubrimiento del Nuevo Mundo, aquel evento se vinculaba directamente con la propia localidad de Don Benito. Aparicio plasmó con sus pinceles el momento en que Vasco Núñez de Balboa tomó posesión para España de las aguas del Mar del Sur –el que habría de ser denominado posteriormente Océano Pacífico-. El cronista de la época Bartolomé de las Casas asegura que fue Alonso Martín de Don Benito el primer occidental en pisar aquellas aguas. Lo hizo al frente del destacamento que encontró el camino más corto para acceder al océano (Carmona 2007). Esta circunstancia en concreto despertó controversias, lo cual no impide reconocer al jerezano Balboa el protagonismo de la acción por la que se abrió la puerta de oriente a través de una nueva ruta.



*Fotografía del mural que conmemoraba la llegada de los españoles al Pacífico.  
Juan Aparicio Quintana. Círculo de Artesanos. Don Benito. 1943-44*

Lamentablemente, aquellos murales fueron destruidos durante el proceso de remodelación que se efectuó en la sede social de la entidad en los años 70. Hoy solo quedan de ellos varias fotografías, probablemente realizadas por el propio artista. En ellas puede apreciarse la recreación que el pintor realizó del perro de Balboa, intentando que su cabeza se-

mejara un gran parecido con un león. Tanto este detalle dentro del conjunto como la ambientación de los murales permiten suponer que Juan Aparicio se había documentado acerca de la época y los personajes que pretendía representar con sus pinceles.

El ya citado parecido del can de Balboa con un león procedería de un hecho documentado. El perro de Vasco Núñez respondía al nombre de “Leoncillo”, si bien tal apelativo parecía derivar más de sus feroces acciones cuando su dueño le azuzaba contra los indios que de su posible parecido físico con el animal de las sabanas. Otro dato viene a corroborar el intento de Aparicio por documentarse adecuadamente. Se conserva una tarjeta de visita de Enrique Pérez Comendador –residente por entonces en la calle Daniel Urrabieta, 3, de Madrid (entre Chamartín y Serrano), teléfono 64552-, en la que el escultor de Hervás escribió de su propia mano:

*“Estimado Aparicio: siento no haber estado aquí cuando vino a casa y más no haber podido darle algunos datos sobre Vasco Núñez. Ahí van esas tarjetas que no valen nada pero que pueden servirle algo como documento gráfico.*

*Cuando venga D. Celestino que se traiga una nota sobre lo que Vd. necesita por si podemos proporcionarle algo”.*

Sirve la nota para comprobar que Aparicio se mantenía en contacto con los principales artistas extremeños del momento y que viajaba, posiblemente de tarde en tarde, hasta la capital de España. En el caso de Pérez Comendador, su conocimiento debió de llegar a través de “D. Celestino”, que en este caso era Celestino Vega Mateos. La relación entre el que llegaría a ser un notable erudito local y el escultor de Hervás –que, años más tarde, crearía el conjunto escultórico más afamado de Don Benito y que todavía hoy preside la fuente de la Plaza de España– derivaba de años atrás. De hecho, Celestino Vega colaboró en *El Cronista*, publicación quincenal editada entre 1916 y 1932 en Serradilla (Cáceres).

Por entonces, Vega era estudiante de Medicina en Madrid y remitía a la citada publicación los primeros logros que, en la capital de España, alcanzaba su amigo personal Enrique Pérez Comendador.

Con Aparicio colaboraron en la realización de los murales del Círculo de Artesanos algunos de sus alumnos, como fue el caso de José Gallejo “Sefui”. El resto de la pintura del salón le fue encomendado a un profesional dombenitense, Juan Fernández. Por entonces, ninguno de los dos podía suponer que, muchos años después, habrían de convertirse en consuegros, merced al matrimonio que el tercero de los hijos de Aparicio -Luis- contraería con una de las hijas de Fernández -Teresa-. Por el trabajo realizado, Juan Aparicio cobró la cantidad total de 8.000 pesetas, que fueron abonadas en cuatro pagas. Concretamente, el 20 de octubre del 43, se le anticiparon 3.000 pesetas por las pinturas que estaba realizando; el 31 de diciembre del mismo año, fueron 2.000 pesetas; el 29 de febrero de 1944 serían otras 2.000 pesetas, y el 30 de abril del mismo año las últimas 1.000 pesetas<sup>29</sup>.

Ese mismo año de 1944 se creó en Don Benito el Taller Escuela Sindical, instituido por la Obra Sindical de Formación Profesional.

Ambos centros -*Taller Escuela Sindical y Escuela Elemental de Trabajo*- compartirán locales para aulas y talleres y tendrán sistemas de enseñanza complementarios hasta 1958 en que se separan. La causa fundamental de esta separación será la promulgación de la Ley de Formación Profesional Industrial de 1955 por la que la antigua Escuela Elemental de Trabajo pasa a llamarse Escuela de Maestría Industrial (Suárez)

Juan Aparicio ingresó también como profesor en el citado Taller Escuela Sindical y compartió su labor docente entre ambas instituciones -años más tarde, como se verá, hubo de renunciar a uno de esos puestos de trabajo-. La remuneración aportada por el nuevo empleo sería bien recibida por los Aparicio García - Molina, cuyo número se veía incrementado con la llegada de un nuevo miembro.

---

<sup>29</sup> Información extraída del Libro Mayor de contabilidad del Círculo de Artesanos y cedida por Diego Soto Valadés.

El 20 de enero de 1945 fue un día señalado por varios motivos. El barrio en donde vivía la familia celebraba la festividad de su patrón, San Sebastián. Con tal motivo, se desarrollaban actividades religiosas en honor al santo y se mantenían las tradicionales costumbres, como la popular elaboración de los pestiños. Pero, aquel día, en el domicilio de los Aparicio están más pendientes de Filomena que de cualquier otro acontecer. La esposa se ha puesto de parto y unas horas más tarde dará a luz un niño; sería el primero de los varones que lograría sobrevivir. En su bautizo recibió el nombre de su padre –Juan–.

Solo cuatro meses después de aquel dichoso acontecimiento familiar, se producirá otro gran hito, de carácter mucho más general pero con amplias repercusiones en todos los niveles, incluido el local. En los días iniciales del mes de mayo, las tropas alemanas de Adolf Hitler firman su rendición ante los aliados, con lo que se da por concluida la II Guerra Mundial. Por lo que hace a España, desde ese momento el régimen franquista despliega una intensa actividad diplomática con la que intenta, por todos los medios, regularizar sus relaciones políticas y económicas con los vencedores del conflicto internacional.

No era fácil para los aliados aceptar las ayudas que España solicitaba. La vida diaria del país seguía marcada por las consecuencias del enfrentamiento fratricida vivido años atrás. En la Extremadura del momento, aún sobrevivían los guerrilleros en zonas de difícil acceso, se mantenía la represalia contra los derrotados de la contienda interna, se generalizaba el estraperlo y las familias más desamparadas seguían sufriendo verdaderas dificultades para seguir adelante. Y todo ello entre cartillas de racionamiento, cantos patrióticos obligatorios (“Cara al sol”, “Himno Nacional”...) y la necesidad imperiosa de cultivar el olvido.

En aquel contexto político de cierto optimismo por el final de la gran guerra y la dura realidad social de las penalidades cotidianas, el profesor Juan Aparicio se enfrentaba al inicio del curso escolar 45/46. Con fecha del 5 de julio de 1945, la Jefatura Nacional de la Obra Sindical de Formación Profesional remite un escrito al *“camarada Juan Aparicio Quintana”* en el que se indica que “[...] a propuesta de la Jefatura Provincial de Badajoz, ha dispuesto ratificar provisionalmente tu

*nombramiento como Profesor de Dibujo y Talla de la Escuela de Don Benito”.*

Afortunadamente, papeles guardados por el propio Aparicio delatan aspectos puntuales de su quehacer educativo. En este caso, interesa una cuartilla que alguien debió de pasarle a máquina, dado que él escribía siempre a mano. En ella se conserva el “Programa” de las “clases de preaprendizaje de dibujo artístico y talla”, documento de notable interés para conocer los planteamientos didácticos de Juan acerca de sus clases y el contenido de las enseñanzas impartidas en aquel momento:



*Alumnado en los talleres de la Escuela Sindical y Elemental de Trabajo. Don Benito.  
Foto del archivo del IES Cuatro Caminos*

*“Siendo el objetivo principal de estas clases descubrir en el chico las cualidades para las que está su voluntad mejor predispuesta es misión del Profesor o Maestro de Taller, guiar y observar dicha voluntad. Y para mejor desarrollar su capacidad en las clases que a mí me afectan (Dibujo Artístico y Talla) expongo el siguiente programa:*

*Primer Curso: Conocimiento de las líneas, y que sepan ver y leer en los objetos corpóreos, sus dimensiones y volumen para que puedan copiarlo fielmente en el papel. Estos ejercicios se realizarán con dificultad progresiva según la capacidad del alumno.*

*Segundo Curso: Con las enseñanzas recibidas en el Curso anterior estos chicos seguirán dibujando, llegando incluso a la copia directa del natural con todos sus valores (claro-oscuro) alternando con el Modelado en barro para ver el volumen.*

*Este 2º Curso tiene dos etapas, a saber: 1º Todo chico que demuestre capacidad en los ejercicios antes dichos y sin esfuerzo por su parte vean el natural, los divido en grupos. 2º Estos grupos destacados los dedico a la Talla, que... con el conocimiento (poco a poco) de las herramientas, madera, y labrado de cañas, y asunto decorativo, se podrá decir con claridad al final de estos dos cursos lo que ha de ser el chico.*

*Don Benito, 14 de septiembre de 1945.*

#### *EL PROFESOR DE DIBUJO ARTÍSTICO Y TALLA*

*Firmado: Juan Aparicio Quintana”*

Es posible que este programa formara parte del concurso oposición celebrado para cubrir la plaza que ocupaba provisionalmente Juan Aparicio. Según un documento oficial, firmado el 15 de septiembre de 1945, el Presidente del Patronato de Formación Profesional de Don Benito se dirige a Juan en los siguientes términos:

*“Como consecuencia de las prescripciones del Concurso-Oposición anunciado en el B.O. del Estado nº 188, de fecha 7 de julio pasado, para cubrir Plazas vacantes en la Escuela Elemental de Trabajo de esta Ciudad, y siendo V. uno de los aspirantes, de acuerdo con la Condición 8ª de las Bases publicadas en el citado Boletín, este Patronato en la Sesión celebrada en el día de ayer le ha nombrado MAESTRO DEL TALLER DE MODELADO Y TALLA CON LAS ENSEÑANZAS COMPLEMENTARIAS DE DIBUJO ARTÍSTICO en los términos señalados en las expresadas Bases (...)”<sup>30</sup>.*

---

<sup>30</sup> Documentos del archivo de la familia Aparicio García-Molina.

A tenor de su propio programa, el maestro Aparicio pretendía que la juventud dombenitense aprovechara aquellas clases de “preaprendizaje” para definir las habilidades que habrían de llevarles a una formación posterior más explícita. Quería “don Juan” (con esta denominación se le recuerda aún por sus estudiantes) dotar a su alumnado de un conocimiento y una instrucción básicos, pero capaz de ofrecer varias alternativas respecto de su futura formación. El propio trabajo del alumno permitiría detectar sus cualidades y, a partir de ahí, encauzarlo en el terreno profesional que mejor se adaptara a ellas. Según testimonios de algunos de aquellos jóvenes, Aparicio se dedicó a esa ardua tarea en cuerpo y alma durante los años que permaneció en la Escuela, dejando un sello que perdura en la memoria de quienes acudieron a sus clases.

Más allá de las paredes entre las que “don Juan” desarrollaba su labor docente, los avances se seguían produciendo a un ritmo más lento de lo deseable para una mayoría social que seguía pasándolo mal. Aquel año de 1945 se procedió a desecar una de las albercas con que contaba Don Benito desde siglos atrás, emplazadas en la zona oeste, inmediatas al casco urbano. En concreto, se desecó la “Alberca Grande”. La razón que condujo a los responsables municipales a realizar tal actuación fue la decisiva influencia que sus aguas tenían en la extensión de la enfermedad del paludismo entre la población local. Era consecuencia del elevado número de larvas de los mosquitos transmisores que vivían en ellas.

En el ámbito productivo tuvo lugar un hecho que no solo contribuiría a marcar el futuro desarrollo económico de la comarca de Don Benito, sino que influiría quizá de forma definitiva en los proyectos de transformación del sistema productivo agrícola. Una lápida colocada en la finca Valverdejillo, en el término municipal dombenitense, guarda constancia de lo siguiente: *“En eterno recuerdo de don Manuel Camacho Galván, quien enamorado de su pueblo y seguro de su brillante porvenir agrícola, sembró aquí arroz por primera vez en la provincia en 1945, lo que significó el inicio del gran auge del riego en esta zona”* (Cortés 2014: 95).

En esferas más altas, la política nacional obtenía una primera frustración respecto de las iniciales esperanzas surgidas a la conclusión de la

II Guerra Mundial. En 1946, la Asamblea General de las Naciones Unidas rechazó el ingreso de España en su organización. Seguía considerándose al franquismo como aliado de los regímenes fascistas recientemente derrotados y ese era un lastre difícil de soltar. Solo los Estados Unidos de América mantuvieron ciertos vínculos con un país que fue aislado económica y políticamente, al que se le negó ayuda en el Plan Marshall -revitalizador de la economía europea- y al que se le impidió igualmente la entrada en la OTAN.

En aquel mismo 1946 se procedió a la construcción de las nuevas instalaciones del Banco de España en Don Benito, justamente en la Plaza de España. Edificio de reciente planta, se situó frente a la fachada principal de la iglesia de Santiago, en lo que mucho más tarde y en pleno proceso de transición entre el régimen franquista y la democracia se denominaría Palacio Municipal, sede del consistorio. Eran años duros para los Aparicio García-Molina. No obstante, Juan consiguió cierta estabilidad laboral, al ser ratificado en su nombramiento en la Escuela Elemental de Trabajo como Maestro de Taller de Talla, Modelado y Dibujo Artístico.

Lo hizo en régimen de contrato, tras haber superado las fases de concurso de méritos y un examen de aptitud, que fueron aprobados por Orden ministerial de 11 de enero de 1946. El contrato firmado entre el entonces Presidente del Patronato de Formación Profesional, Javier Rodríguez López, y el propio Aparicio el día 12 de enero, estipulaba como obligación “(...) *dar dos horas y media de clase durante el curso escolar*”, por las que recibiría como “*sueldo o gratificación*” un “*haber anual de tres mil pesetas*”, es decir, que mantenía el salario estipulado cuatro años antes.

Esta mayor estabilidad laboral era relativa, puesto que el contrato estipulaba su inutilidad si el Patronato de Formación Profesional era suprimido. En todo caso, coincidió con un nuevo embarazo de Filomena, quien daría a luz otro niño, al que pusieron por nombre Luis, el 29 de mayo de aquel mismo año. Con una hija de seis años, un varón de poco más de uno y otro recién nacido, Filomena encontró en su suegra el apoyo necesario para sacar adelante su prole. La figura de Inocencia, destacada ya de por sí en la vida de su hijo Juan, se agrandó ante su nuera durante la estancia familiar en la calle Buena Vista.

También la personalidad del pintor y profesor se iba consolidando ante propios y extraños. Vecinas y hermanas, que compartían tertulias vespertinas en el caño de la casa familiar o en la puerta de la misma para aprovechar el fresco en las calurosas noches veraniegas, recibían sus llegadas al hogar con signos de respeto. Su carácter serio, de apariencia hosca y rígida, provocaba incluso cierto temor en aquellas mujeres que, según cuentan, se apresuraban a regresar a sus hogares al verlo subir la empinada cuesta de la calle Buena Vista. El “Juanito” de Inocencia se había convertido en “don Juan” para sus alumnos y vecinos, cuyo respeto se granjeaba día a día.

Las dificultades económicas, sociales y políticas de España y las más humildes de los Aparicio García-Molina corrían paralelas en aquellos años finales de la década de los 40. Por fortuna, cada vez era mayor el prestigio del pintor, lo que hacía que no sólo se mantuviesen sino que se incrementasen los encargos de las familias dombenitenses con recur-



*Retrato de Félix Gómez González,  
destacado empresario dombenitense  
Juan Aparicio Quintana. 1946.  
Óleo/lienzo. 49 x 43 cms.*

sos económicos. Ello le permitió a Juan obtener ingresos con los que adquirir materiales para proseguir su actividad artística, al tiempo que continuaba con su labor docente. Declaraciones de personas cuyos padres o abuelos llegaron a conseguir alguna obra de Aparicio apuntan a que el artista logró encontrar otra fórmula para hacerse de ingresos en tiempos tan difíciles. Al parecer, sacaba cuadros a sorteo, posiblemente previa venta de participaciones a un precio asequible.

Aunque el valor de las papeletas que ponía en juego fuese bajo, las circunstancias sociales y económicas requerían su realización en un lugar que fuese punto de encuentro de un sector ciudadano capacitado para participar en aquel sorteo, tanto por el poder adquisitivo como por el interés que la cultura despertase entre sus integrantes. Todo indi-

ca que el lugar elegido fue el Círculo de Artesanos de la localidad; Juan Aparicio pasaba allí ratos de ocio destinados a tomar café, jugar alguna partida –parece que tuvo cierta afición por el juego en general-, leer el periódico ABC y recortar algún que otro artículo que le resultara especialmente atractivo. Y todo ello ambientado por sus propias creaciones en los murales sobre el Nuevo Mundo.

A su alrededor, la ciudad conocía notables progresos en el mundo de la cultura. Así, el 16 de enero de 1948, la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Don Benito propuso que se creara una Biblioteca Municipal en la localidad e, inmediatamente, se procedió a constituir la primera Junta de dicha Biblioteca. Estuvo formada por destacadas personas representativas de los sectores sociales influyentes –oligarquía, Movimiento Nacional, clero, docentes– así como por otras de reconocido prestigio en el ámbito cultural. Sus integrantes fueron: José Fernández Arévalo, Agustín Rufo Mandado, Javier Rodríguez López, José Manzano Díaz, Jacinto Fernández Rayo, Santiago González Murillo, Celestino Vega Mateos y Rufino Villalobos Bote.

Tal vez por esa misma época, Juan realizó algunos pinitos en el difícil arte de la poesía, síntoma evidente de su sensibilidad e inquietud cultural. El contenido de esas breves composiciones podría datarlas por estas fechas:

*“Vagué en el desierto de la noche  
con mil farolillos por testigos,  
juramentos falsos en el aire,  
y un manantial de recuerdos efímeros.*

\*\*\*\*\*

*Con cuarenta abriles a la espalda,  
y un saco de recuerdos por caudal  
Camina este hombre hacia delante,  
como el niño, un mundo a conquistar”*

Las novedades proseguirían en 1949, tanto en el ámbito local como en el familiar. En los primeros meses de aquel año, Don Benito asistió al

cierre de sus “Escuelas del Ave María” en el edificio que las había acogido desde que se instalaran en la confluencia de las calles del Pilar y San Juan. Este hecho supuso el abandono del edificio neoclásico ya conocido y tratado con anterioridad. El material de las mismas fue trasladado a dos nuevas escuelas unitarias que se habían creado en la calle Bueyes de la localidad, en el inmueble en donde, muchos años después, se instalarían los Juzgados.

A otro nivel, un par de días después de la fiesta de Epifanía, la familia Aparicio García-Molina recibió el regalo de una nueva hija, Dolores, a la que todos llamarán Lola. En aquel caso, la niña vino con un pan bajo el brazo. En la primavera, concretamente el 27 de mayo, la Delegación Nacional de Sindicatos de Falange Española Tradicionalista y de las JONS redactó y remitió a Juan Aparicio el siguiente comunicado:

*“Por el presente me es grato comunicarle que los haberes que percibe como Profesor de Dibujo y Maestro de Taller-Escuela de Don Benito (Badajoz), han quedado fijados en pesetas 8.000 anuales nominales, con efectos administrativos a partir del 1º del pasado.*

*Lo que pongo en su conocimiento para los efectos oportunos.*

*Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista.”.*

Pero no fue la única buena nueva. A mediados de año, el matrimonio con sus cuatro hijos se trasladó a una nueva vivienda. Tras años conviviendo en la casa de la abuela Inocencia, en el barrio de San Sebastián al sur de la ciudad, la familia iba a disfrutar de una vivienda para ellos solos. En este caso, la ubicación del nuevo hogar estuvo al norte del casco urbano, en la nueva urbanización conocida como “Casas Baratas”. No todos eran ventajas: Filomena recibiría menos ayuda de su suegra en el cuidado a los hijos y demás tareas del hogar.

El 24 de julio de aquel 1949 se conmemoró el décimo primer aniversario de la toma de Don Benito por las tropas franquistas y para feste-

jarlo se procedió a la inauguración de las citadas “Casas Baratas” (Cortés 2013: 96) y de la Biblioteca Municipal. Respecto de la urbanización, aunque desarrollada bajo el régimen franquista, fue un tipo de promociones inspiradas en la Ley de Casas Baratas de principios del siglo XX. Por lo que hace a la segunda, la Biblioteca “Francisco Valdés” (nombre que mantiene en la actualidad) tuvo sus primeras instalaciones en dependencias del edificio destinado a Mercado de Abastos.

El inicio de la década de los 50 supuso el fin del aislamiento internacional de España. No obstante, y a pesar de la ayuda económica de los Estados Unidos como compensación a la autorización concedida para la construcción de bases norteamericanas en el territorio español, las dificultades económicas y el hambre proseguirían hasta bien avanzado el decenio. Situación que se agravó en el ámbito rural extremeño, condicionado por una serie de características estructurales: el subdesarrollo agrario, la práctica carencia de tejido industrial, el elevado paro y la escasa formación profesional de sus habitantes.

Durante estos años, la vida de Juan Aparicio transcurrió de forma simple, reiterada en sus costumbres y casi monótona, tanto como el acontecer diario de un Don Benito de escasa actividad cultural que intentaba comenzar a desperezarse. En el humilde taller de pintura que Juan montó en el piso alto de su nueva vivienda, en la calle García Moreno, 3 (Casas Baratas), estaba vedado el acceso a sus hijos o a cualquier otra persona que pretendiera entrometerse en su actividad artística, si no era con el explícito permiso del pintor. Así trataría de encontrar la tranquilidad necesaria para su trabajo. El artista fue siempre exigente en este aspecto, cuyo recuerdo guardan tanto su alumno, José Gallego “Sefui”<sup>31</sup> -quien asegura que “don Juan” solía reiterarles la imperiosa obligación de abstraerse de todo lo externo para sumirse en la obra artística-, como sus propios hijos.

Allí pasaba horas y horas ante su caballete. En ocasiones, su fina sensibilidad le hizo hundirse en fases depresivas, que le impedían la con-

---

<sup>31</sup> José Gallego Sánchez, Pepe “Sefui” fue uno de los alumnos preferidos de “don Juan”. Con trayectorias familiares semejantes, el popular “Sefui” encontró en la actividad empresarial de la pintura el apoyo económico para sustentar una amplia descendencia, mientras su dedicación artística quedaba relegada a escasos momentos, más amplios tras su jubilación (nota del autor).

centración suficiente para trabajar como a él le gustaba. Cuadros prácticamente terminados fueron borrados por el pintor, insatisfecho de su propia obra. Es el caso del retrato que hizo a la esposa de otro de sus alumnos, Juan Jiménez Rueda (Lozano 2008). En una entrevista, Rueda recordaba que le había impresionado la belleza y expresión conseguida en los ojos de la modelo. Sin embargo, el artista no se mostraba complacido con el trabajo y borró el retrato. En esos difíciles momentos de sequía en la inspiración, la figura del médico y erudito local, Celestino Vega, se ofreció como ayuda permanente para que el hombre se reencontrara con el artista.

La docencia en la Escuela de Trabajo absorbía la mayor parte de su tiempo. Si algo se valora de forma general por todo su alumnado es la dedicación que don Juan tenía a sus clases y su plena entrega en la formación de los jóvenes que asistían a ella. No solo era el tiempo que pasaba en las aulas; los testimonios de algunos de sus alumnos revelan que su maestro les animaba a presentarse a los concursos de Formación Profesional que se organizaban, con fases a nivel provincial, regional y nacional. Algunos de ellos -Juan José Lozano Santo, Pedro Casado García, Jacobo Muñoz Rodríguez, Francisco Gómez Flores- se

proclamaron campeones nacionales en sus respectivas especialidades (Lozano 2008).

Más aún, parece que Aparicio llegaba a dar algún “*dinerillo*” para motivarles. Lograba así que, en algunos casos, alumnos sobresalientes pudieran profundizar en el desarrollo de sus habilidades artísticas y no tuvieran que trabajar en otros menesteres fuera de la Escuela para ayudar a sus familias. En otros, premiaba la constancia con entradas para el cine o, incluso, conseguía que adelantaran los trabajos para que



*Jarrón con flores.*  
Juan Aparicio Quintana. 1948  
Óleo/lienzo. 43 x 35 cms.

podrían estar listos en determinadas fechas, normalmente festividades en las que solían realizarse muestras de las obras del alumnado.

Esos mismos testimonios le recuerdan como un hombre volcado en la formación artística, pero también humanista, de sus alumnos. Parece que aquella imagen de hombre serio y distante se diluía en el caso de los discípulos que mostraban aptitudes idóneas para el arte, que llegaban a verlo casi como un padre. Sin embargo, quienes no presentaban esas habilidades insisten en la seriedad del maestro, en el rigor con que les trataba y en la exigencia de formalidad durante las clases. Si, por un lado, era capaz de comprar materiales de su propio bolsillo para evitar gastos a la Escuela o a sus alumnos, por otro reclamaba de sus alumnas que utilizaran las bastillas de sus propios vestidos como borrador.

La imagen del profesor que marchaba por el aula con una fina vara, nunca utilizada para castigo físico, se aunaba con la del artista capaz de permanecer junto a su alumnado hasta altas horas de la noche. Lo recuerda “Sefui”, quien asegura que en una de aquellas habituales jornadas de trabajo, el maestro le recriminó la obra realizada, al entender que sus cualidades le permitían mejorarla. Dolido en su orgullo, el alumno se concentró en la labor de tal forma que se le pasaron las horas sin darse cuenta. Cuando el conserje del centro vino a llamarles la atención, solo el alumno y su maestro quedaban en el aula y en la Escuela. Don Juan le aseguró que le había visto tan inmerso en su trabajo que, por él, no le hubiera distraído y que habría estado dispuesto a quedarse allí tanto tiempo como hubiera sido preciso.

Recuerdan también sus alumnos que Aparicio se mostraba especialmente nervioso los días tormentosos. El incidente de la preadolescencia, cuando un rayo le cayó cerca mientras pastoreaba por la campiña extremeña, se mantenía vivo en el ánimo de Juan. Cuentan que, en más de una ocasión, profesores y muchachos le vieron apresurado, en compañía del conserje Ciro Ruiz, a la búsqueda de algún refugio en lo más recóndito de la Escuela. Otros testimonios confirman el temor que el artista sentía ante los rayos. Concretamente, Enrique Chico asegura que Juan Aparicio se ponía a resguardo de las tormentas en la casa de su padre, muy próxima al cine Rialto de la localidad. En el edificio que

albergaba el cinematógrafo estaba instalado uno de los pararrayos más altos de la localidad. Asegura Enrique que en la vivienda propiedad de su familia, Aparicio llegó a pintar algunos cuadros. De hecho, la familia Chico conserva varias obras del pintor y guarda memoria de las buenas relaciones que el artista conservaba con Paco Chico.



# VII

**Mi corazón oprimido  
siente junto a la alborada  
el dolor de sus amores  
y el sueño de las distancias.**

*(Federico García Lorca)*



*Calabaza, cuenco con hortalizas y frutas  
Juan Aparicio Quintana. 1953.  
Óleo/lienzo 60,5 x 87 cms.*



Iniciada la década de los 50 se produjeron varios hechos de importancia en la trayectoria artística del pintor. Algunos de ellos tuvieron lugar en el ámbito local; otros llegaron desde espacios más amplios. A nivel del estado, tuvo lugar la primera Feria del Campo de Madrid (1950). En su inicial celebración se le dio carácter nacional para pasar en las sucesivas ediciones a tener categoría internacional, generalmente con carácter trianual. La Feria del Campo pretendía ser una muestra del mundo rural español e iberoamericano. Hasta allí llegaba lo mejor de la cabaña ganadera y de los productos agrícolas de las provincias españolas y de diversas regiones de países americanos, mezclado con muestras de la artesanía, los aperos tradicionales o las actividades artísticas de cada una de ellas. Ya se dijo, en apartados anteriores, que algunas obras de Aparicio llegaron a decorar el pabellón de Badajoz en dicha muestra. Más adelante se comprobará. Por lo pronto, el Cortijo de Badajoz mereció una medalla de oro, destacando el aspecto agro-artesanal de Don Benito, Villanueva de la Serena y algunas otras localidades de la provincia (Lozano y Cortés 2012: 112).

El deporte dombenitense se vistió de galas en estos inicios de la década. Ciertas informaciones señalan que el partido se celebró el día 23 de marzo; otras, que el 25. Ya fuera en una u otra fecha, lo cierto es que el campo de Las Albercas se abarrotó de público para ver el enfrenta-



*Partido amistoso entre el Deportivo Don Benito y el F.C. Barcelona. Campo de las Albercas. Marzo 1952. Fotografía de Alfredo Ara Martín*

miento amistoso entre el Deportivo Don Benito y el F. C. Barcelona. En el equipo blaugrana sobresalían las figuras de Kubala y Ramallets, que sin duda debieron de ser un atractivo grande para la afición dombenitense. Por su parte, en el Deportivo Don Benito formaron, entre otros, Blesa, Constante o Paco Herrera. El resultado fue de 1-9 a favor del Barcelona y el honor de haber marcado el gol de los locales le correspondió a Juan Vereá.

También para el pintor Juan Aparicio llegaron buenas noticias; recibió por entonces un encargo muy especial. El retablo mayor de la iglesia parroquial de Santiago en Don Benito había sido destruido durante la guerra civil. Diferentes fuentes aseguran que los cuadros originales que lo componían eran obra del pintor extremeño del XVII-XVIII, José de Mera. Sobre este asunto conviene tener en cuenta lo manifestado por Ramón Cardenal Velázquez, que llevó a efecto una restauración del retablo en 1924<sup>32</sup>. En un documento que denominó “Memoria Descriptiva” y que remitió a la Diócesis de Plasencia en 1950, Cardenal detallaba las características del retablo y aseguraba que sobre la autoría de los cuadros originales nada se sabía. Sin embargo, en una breve biografía sobre el pintor villanovense José de Mera se asegura que Muñoz Gallardo había indagado en Don Benito y decía que “eran suyos (de Mera) el cuadro de Santiago Apóstol, que figuraba en el retablo mayor de la iglesia parroquial de su advocación, un Calvario de la sacristía y otros cuadros más” (Andrés Ordax 1981: 490).

En noviembre de 1950 se constituyó una Junta interparroquial que pretendía abordar una nueva restauración del retablo, muy dañado durante la contienda civil. En aquella Junta se encontraban los más destacados personajes de la sociedad dombenitense del momento, especialmente del círculo cultural –el conde de Campos de Orellana Miguel Granda y Torres-Cabrera, Manuel Donoso Cortés, Santiago González Murillo, Celestino Vega-.

La Junta decidió que en la obra de restauración participaran los artistas locales de mayor relieve –Honorino Buendía, Claudio Martín, Ramón Cardenal, Juan Aparicio...-, ayudados por algunos de los alum-

<sup>32</sup> Información facilitada por Juan José Lozano Santos.

nos más notables de la Escuela dombenitense de Artes y Oficios (Lozano 2008). En concreto, las pinturas que debían ilustrar el citado retablo le fueron encargadas a Juan Aparicio Quintana. Textualmente, el contrato que se firmó el 25 de noviembre de 1952, establecía:

*“Reunidos en representación de la Junta para la construcción del Retablo Mayor de la Iglesia Parroquial de esta Ciudad, Don Donato M. Sánchez Campo, Cura Párroco Arcipreste de la de Santiago en esta población, Don Manuel Donoso-Cortés y García de Paredes, Presidente de la misma, Don Lázaro Calvo Urda, Tesorero, Don Celestino Vega Mateo, Secretario; y Don Juan Aparicio Quintana, Pintor. Todos de esta vecindad, acuerdan:*

*PRIMERO: Que cumpliendo la voluntad expresada por la Junta en pleno, que funciona en la expresada Parroquia para la construcción de su Retablo Mayor, destruido durante la dominación marxista en esta Ciudad y que consta en acta levantada de la Sesión celebrada el día ( ) (sic) del presente mes, los cuatro miembros de la misma que concurren en el presente documento se han puesto de acuerdo con el Pintor de esta ciudad señor Aparicio Quintana antes nombrado, para que éste (sic) señor pinte los diecisiete cuadros que se precisan para el citado Retablo, llegando a un acuerdo para que el mismo los pinte con arreglo a las siguientes condiciones:*

*A) Los diecisiete cuadros se terminarán en el plazo de dos años a partir desde hoy y ellos, en cuanto a lienzos y pinturas, serán de primera calidad y las maderas de los bastidores de chopo o castaño, por las maderas que menos destruye el tiempo.*

*B) Los expresados cuadros serán de las dimensiones y asuntos que a continuación se expresan, indicando a la vez el precio de cada uno [...]*”

A continuación y en relación directa con el trabajo a realizar se procedió a concretar:

- el contenido de los cuadros;
- las obras que habían de servir de referencia para la ejecución de los mismos: “El Cristo” de Velázquez; “La Trinidad”, de Rivera; “La Adoración de los Pastores” y “La Adoración de los Reyes”, de Murillo; “Santiago Apóstol”, de Casado de Alisal en San Francisco el Grande de Madrid; evangelistas y apóstoles del Españolito, Rubens o Rafael; fragmentos del Greco;
- las medidas que debían tener los diferentes lienzos;
- el precio de cada uno de los diecisiete cuadros. El importe total ascendía a setenta y nueve mil pesetas.

Respecto de la primera referencia -“El Cristo” de Velázquez- se ampliaron las posibilidades al establecerse “[...] u otro que la Junta determine [...]”. Sin embargo, a continuación se añadió con escritura a mano “[...] de acuerdo con el pintor”. Esta anotación manual permite sospechar que las obras a copiar habían sido consensuadas con el artista y que la libertad inicial que se arrogaba la Junta para el cuadro mayor del retablo fue condicionada por el propio Aparicio, con lo que se introdujo en el contrato a última hora la necesaria aprobación del artista. Sin duda, de haber sido así, esta circunstancia demostraría la personalidad del pintor y hasta qué punto Aparicio era consciente de la responsabilidad que todo autor tiene ante su creación.

Seguía precisando el documento:

*“[...] SEGUNDO: El artista se trasladará a los Museos de Madrid o Sevilla, con el fin de copiar en ellos los cuadros respectivos y percibirá por todos los diecisiete cuadros, incluido mano de obra, materiales y desplazamientos, la cantidad de setenta y cinco mil pesetas, por ser deseo expreso del Sr. Aparicio Quintana que las cuatro mil pesetas restantes sean para contribuir a la construcción del Retablo expresado.*

*TERCERO: La forma de pago [...] es la siguiente:*

*Veinticinco mil pesetas recibe en este acto el señor Aparicio Quintana de la Junta [...] Después, al entregar y ser aceptados por la misma cada cuadro, se le entregará la mitad del precio que figura en la relación arriba indicada. Cuando con la mitad de los precios dejados de cobrar, se cubran las veinticinco mil pesetas de las anticipadas, a la recepción de cada cuadro por la Junta repetida, percibirá el Sr. Aparicio el precio total de la obra [...].”*

A fin de conseguir fondos para la reconstrucción del Retablo, desde el año anterior (1951) se iniciaron actuaciones al respecto. Así, el Santiago González Murillo (en 1945 había sido nombrado Secretario de la Escuela de Trabajo y en 1962 obtendría el nombramiento de Profesor Adjunto de Dibujo en la Escuela de Maestría Industrial) editó un cuaderno de bolsillo con el que mostrar el proceder ejemplar que habían tenido los habitantes de Almendralejo. En esta localidad se había establecido un impuesto voluntario sobre la uva que fue aceptado por el vecindario y con el que lograron recaudar fondos suficientes para la reconstrucción de su retablo. González Murillo sostenía también que se habían dado situaciones similares en Villanueva de la Serena y en Guareña (Lozano y Cortés 2012: 216).

Fue aquel de 1952 un año de trascendencia para el futuro de Don Benito. En el mes de abril se aprobó el Plan Badajoz, cuyos orígenes hay que remontarlos tiempos atrás. Ya en el siglo XVIII fueron varios los intelectuales (Paino y Hurtado, Rodríguez Campomanes y Melchor de Jovellanos) que denunciaron la situación del campo extremeño y reclamaron leyes para salir de la penuria. Sin embargo, no sería hasta principios del XX cuando, bajo el lema *“la primera condición para sacar al campo español de la miseria es regarlo”* surgió la política hidráulica iniciada por Joaquín Costa. Con ese afán, nació el Primer Plan de Obras Hidráulicas (1902), que proyectaba 296 obras de regadío, entre las que figuraba el pantano de Cíjara (Cansado, Corzo y Gómez 2002).

La primera Ley de Colonización y Repoblación Interior, promulgada en 1.907, encauzó la iniciativa colonizadora. Se pretendía agrupar

familias que trabajaran tierras incultas, cedidas por el Estado, que culminó su intervencionismo durante el periodo republicano a través de la Ley de Obras de Puesta en Riego. Así, en 1932, comenzaron las obras del embalse del Cijara, inauguradas por el entonces Ministro de Hacienda, Indalecio Prieto, y un año después las Cortes recibían el Plan Nacional de Obras Hidráulicas, de Lorenzo Pardo, que incorporaba el resto de pantanos de la cuenca del Guadiana. La reforma agraria perseguida por el Plan Badajoz era, pues, un viejo anhelo de la II República.

Y mientras el Plan Badajoz veía la luz, Don Benito proseguía su desarrollo local. A lo largo del año 1953, el Consistorio Municipal estuvo presidido por dos alcaldes. Hasta el mes de marzo llegaría Francisco Sánchez Sosa, cuya dimisión dio paso a Emilio Ortiz Fernández. Varios fueron los proyectos aprobados por la Corporación: la instalación de la fábrica de “Industrias Arroceras de Don Benito”, la creación del “Centro de Fermentación de Tabaco”, el proyecto del nuevo campo de fútbol que sustituía al viejo de las Albercas, la construcción del silo cerca del ferrocarril, la cesión de terrenos para un Centro de Enseñanza Media y Profesional en la modalidad agrícola y ganadera, la solicitud de una Comisaría del Cuerpo General de Policía o la petición de un Centro Secundario de Inseminación Artificial de Ganados. En el mismo ámbito local, se procedió a constituir la Cooperativa de Regantes de las Vegas Altas del Guadiana.

En el terreno de la cultura, aquel 1953 se conmemoró el Centenario de la muerte del político y pensador Juan Donoso Cortés. La celebración contó con la presencia en Don Benito del entonces Ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, quien procedió a la apertura de una placa en la casa número 8 de la calle Donoso Cortés, solar del homenajeado. No fue Ruiz Jiménez el único cargo nacional que visitara Don Benito durante aquel año. También lo hicieron el Secretario General del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta, y la Delegada Nacional de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera, al parecer para conmemorar el decimotavo aniversario de la visita de José Antonio Primo de Rivera a la ciudad.

Un afortunado hallazgo enriqueció el panorama cultural local, descubrimiento que llegaría a alcanzar repercusión nacional. Al sur del

término municipal se localizó el conocido como “Vaso de Valdegamas”, jarro de bronce del siglo VI a. de C. También la Escuela de Artes y Oficios mantenía su labor formativa y empezaba a ofrecer los frutos de su tarea. Como muestra de los trabajos realizados por su alumnado, aquel mismo año se regalaron a la ciudad las puertas de hierro que, durante décadas, formarían parte de la entrada principal al Parque Municipal. Al curso siguiente, la Escuela estuvo presente en la I Exposición Internacional de Artesanía en Madrid con un banco tallado por sus alumnos, obteniendo un meritorio premio. Ese banco sería cedido al Ayuntamiento de la localidad y hoy forma parte del patrimonio que se exhibe en el Museo Etnográfico dombenitense.

Por su parte, el hombre Juan Aparicio conoció novedades familiares importantes en aquel 1953. Su mujer dio a luz un nuevo varón, el que sería con el tiempo el menor de los cinco hermanos que sobrevivieron a sus padres. En plena canícula de mediados del mes de julio, vino al mundo el pequeño Joaquín en la vivienda sita en la calle de García Moreno. Años más tarde, y siendo aún un niño, accedió a posar para su padre, obteniendo así el último retrato que el artista hizo de sus hijos. A su hija mayor, Aurora, la había dibujado dos veces, cuando tenía sólo 5 años y en su juventud. Por el momento, el nacimiento de “Joaquinito” supuso una boca más que alimentar, circunstancia atenuada por el nuevo contrato que Aparicio había firmado en los inicios de aquel mismo año y que le suponía alcanzar una retribución anual de 4.320 pesetas:

*“Habiendo transcurrido cinco años desde que Don Juan Aparicio Quintana fue confirmado, mediante el correspondiente Contrato, en su cargo de Maestro de Taller de Talla y Modelado de la Escuela de Trabajo, dependiente de este Patronato, cargo obtenido en virtud del Concurso de méritos y examen de aptitud convocado en forma reglamentaria, sin que figure en su expediente ninguna nota desfavorable, sino que, por el contrario, ha demostrado estar suficientemente capacitado para el desempeño de su misión; en cumplimiento de lo dispuesto por el Artº 29*

*del Libro I del Estatuto de Formación Profesional y demás disposiciones complementarias, así como por la Base 8ª del Concurso convocado para la provisión de esta plaza, el Patronato Local de Formación Profesional considera procedente confirmar dicho nombramiento y extender un nuevo Contrato por plazo de cinco años, incrementando en un 20% el sueldo de tres mil seiscientas pesetas consignado en el último contrato [...]"*

Aparte de la ayuda económica que supuso el nuevo contrato, la familia Aparicio Quintana, y más concretamente Filomena, apenas contaba con otro apoyo en sus quehaceres domésticos que el de su hija mayor, una niña con apenas 13 años de edad. Las circunstancias quisieron que la familia residiera en el extremo opuesto del núcleo urbano a aquel en donde vivía la abuela Inocencia ¡Cuánto echó de menos Filo la ayuda de su suegra! Las visitas que Inocencia les hacía -más espaciadas de lo que le gustaría a la anciana, pero obligada por los años y la distancia física entre los dos puntos de la ciudad-, eran recibidas siempre con alegría por toda la familia. Cuando llegaba el momento en que la abuela regresaba al cerro de San Sebastián, Filo dejaba ver en sus ojos la tristeza por la pérdida de una compañía y un apoyo que nunca le faltaron mientras vivió en la calle Buenavista.

Por entonces, Aparicio regresó a Madrid. Por un lado, lo hizo a través de su obra. El contenido temático de algunos de sus cuadros se identificaba con los objetivos de la ya mencionada Feria del Campo. Tanto es así que



*La cocina extremeña.  
Juan Aparicio Quintana.1950.  
Óleo/lienzo. 165 x 118 cms.*

sirvieron para dar al Cortijo de Badajoz el ambiente de costumbrismo rural que los responsables del mismo buscaban y que les mereció una medalla de oro por su carácter agroartesanal (Lozano y Cortés 2012: 112)

Un artículo publicado en el diario “Hoy” (Critilo 1956), sobre el pintor dombenitense, se ilustró con la obra “*Cocina Extremeña*”: en primer plano, una pastora de edad madura aparece ataviada con ropas típicas extremeñas, haciendo rueca frente al hogar de una amplia chimenea. En segundo plano y de espaldas, faena el que hemos de suponer esposo de la protagonista, vestido también en traje típico de pastor extremeño, todo ello aderezado con los objetos tradicionales en la cocina de un cortijo extremeño. Desconocemos si los responsables de la exposición del cuadro en el pabellón pacense desconocían que el modelo original del que partió el artista se encontraba alejado de Extremadura. Las principales dudas sobre este asunto se plantean ante el hecho de que el director del Cortijo lo fuera el dombenitense Ramón Cardenal, con quien ya se ha visto la buenísima relación que mantenía Juan Aparicio desde antiguo.

El óleo en sí (*Cocina Extremeña*) es el desarrollo de aquel boceto que, en acuarela, había realizado Aparicio durante su estancia en el frente militar y que anotó como “Gran Valeria”. Bien es verdad que el ambiente rural de aquella España era similar en la tierra extremeña y en el campo manchego y que solo le bastaron al pintor una buena caracterización de la pareja de pastores y la adaptación de sus vestidos a los típicos trajes extremeños para conseguir que se ajustara a la imagen costumbrista y tradicional que se pretendía. El mismo artículo periodístico firmado por Critilo contiene mayor información al concretar “*Cuadro titulado <Cocina Extremeña>, expuesto en la II Feria del Campo en el Cortijo de Badajoz*”.

El 17 de Marzo de 1954 el General Franco recibió a una Comisión de la Escuela de Trabajo de Don Benito. La recepción tuvo lugar en el Palacio de Oriente de Madrid y en su transcurso se hizo entrega de un bargueño tallado, en cuyo centro estaba esculpido en relieve el escudo de la ciudad. Lozano Santo afirma que él mismo fue testigo de la realización del mueble en las aulas de la Escuela bajo la dirección de Juan Aparicio y con una participación importante de los alumnos de Cerrajería.

La Comisión estuvo integrada por el entonces Alcalde de Don Benito, D. Emilio Ortiz Fernández, el Presidente del Patronato de Formación Profesional, D. Javier Rodríguez López, y el Director de la Escuela de Trabajo, D. José Manzano Díaz. También asistió Pedro Bellón Uriarte, Gobernador Civil que presidía la Comisión, y se tienen informaciones dispares acerca de la presencia en el acto del dombenitense Ramón Cardenal Velázquez.

A finales de aquel mismo año, Aparicio andaba por Madrid. Así lo acredita la fecha de expedición del permiso que le fue concedido para copiar en el Museo del Prado. La visita a la capital tuvo lugar con la finalidad de realizar apuntes sobre varios cuadros de los establecidos contractualmente para el retablo de la iglesia de Santiago en Don Benito. La tarea de copia y anotación de detalles se desarrolló en dos espacios de la capital que sepamos: el Museo del Prado y la Basílica de San Francisco el Grande.

Respecto del primero de los espacios, el pintor guardó siempre el *“Permiso para copiar [...] número 59”*, que le fue otorgado por el *“Museo Nacional del Prado”* en *“Madrid, 18 de noviembre de 1954”*. Obsérvese que la fecha de autorización coincide prácticamente con la finalización del plazo concedido por la Junta interparroquial para la ejecución del conjunto de cuadros del retablo. Es probable que el artista hubiese acudido a Madrid en más ocasiones durante aquellos dos años anteriores y que guardase como recuerdo el último de los permisos que había solicitado y le había sido concedido.

Con aquella autorización, Juan pudo acceder a las distintas salas museísticas y obtener en ellas los bocetos necesarios para, más tarde, desarrollarlos en su propio estudio y adaptarlos a sus pinceles y paleta. De allí, Aparicio obtuvo copias de grandes maestros como El Greco (*La Crucifixión*), Velázquez (*La Coronación de la Virgen*, cuyo precio estuvo en 6.000 pesetas –Lozano 2013–), Murillo (*La Anunciación*) y algunos de los evangelistas de la escuela de Rubens. También de pintores menos conocidos como Martín Cabezalero (*La Asunción de la Virgen*)<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> Respecto de las copias de los cuadros del retablo de Santiago, ver la página personal en Facebook de Antonio Dovane. También en el blog de la Parroquia de Santiago: <http://blog.parroquiasantiagodonbenito.es/>



*La coronación de la Virgen.  
Copia de Juan Aparicio Quintana.  
Retablo de la Iglesia de Santiago.  
Don Benito. Aprox. 1955-56.  
Óleo/lienzo. 170 x 145 cms.*



*La Coronación de la Virgen.  
Velázquez.  
1635-36.  
Museo del Prado. Madrid.  
Óleo/lienzo. 178,5 x 134,5 cms.*

La visita al otro espacio de la capital del estado, la Basílica de San Francisco el Grande, se hizo para cumplir lo recogido en el contrato con la Junta interparroquial: la copia del *Santiago Apóstol* que José Casado de Alisal realizó en 1885 con intención de conmemorar la batalla medieval de Clavijo. En el conjunto de los cuadros, la elección de este referente pictórico para ilustrar la imagen del santo cuya advocación preside el templo es posiblemente la que mejor identifica el contexto político en que se efectuó la restauración del retablo: el Santiago elegido es un monje guerrero que aniquila a los infieles y se muestra salvador de la patria, al grito de “Santiago y cierra España”.

Posiblemente, durante su estancia en la capital, Juan residiera en casa de viejos conocidos o de algún alumno que sí hubiese “volado” hasta el centro del mundillo artístico. Una cuartilla guardada por el pintor contiene nombres y direcciones en Madrid de algunos de aquellos. Concretamente, Juan Jiménez Rueda asegura en una entrevista que Aparicio se hospedó en su casa para aquella ocasión y que él mismo le acompañaba al Prado (Lozano 2008). Entre las direcciones conservadas por el artista

aparece efectivamente la de Juan Jiménez Rueda en la calle Alcántara, 38-4º D. Otras direcciones anotadas por Aparicio fueron las de sus discípulos Domingo Gómez-Valadés Parejo y Antonio Reyes Herrera. También las de personas de la élite social y cultural dombenitense como el profesor José María de Peralta.

Respecto del trabajo en sí, entre la documentación existente en el archivo personal del pintor se incluyen varios recortes de papel, con indicación del tema a desarrollar –“*El Calvario*”, “*uno de la Santísima Trinidad y otro de la Ascensión del Señor, de esta medida (1,70 por 1,45)*”, etc.”– y, en ocasiones, un boceto del mismo. Entre esos apuntes, de su puño y letra puede leerse: “*medidas tamaño natural de los bocetos para la maqueta*”. Efectivamente, los citados recortes permiten suponer que el artista llegó a realizar una pequeña maqueta en papel del retablo. Por otra parte, los apuntes realizados en Madrid y en el Museo de Bellas Artes de Sevilla no fueron la única fuente de inspiración de Aparicio.

Entre sus papeles se conserva una lámina aparecida en el ABC del 29 de marzo de 1953. Fue recortada del ejemplar del Círculo de Artesanos de Don Benito, tal como consta en un sello estampado en la parte superior de la página 67 del diario. Se trataba, según se inscribe al pie de la fotografía, de una reproducción del cuadro de Rubens “Cristo muere en la Cruz”, existente en el Museo del Louvre de París. La leyenda añade: “*XII ESTACIÓN. No brilla el Sol; Jesús ha fenecido*”. La publicación hay que enmarcarla en el ambiente exclusivamente religioso que el Régimen de nacional catolicismo determinaba para la época de Semana Santa, pero Juan Aparicio quizá la guardara por su temática relacionada con la obra que unos meses antes le había encargado la Junta interparroquial.

Durante las estancias en Madrid para realizar las copias encargadas, Juan Aparicio se vio en la necesidad de abandonar temporalmente las clases en la Escuela Elemental de Trabajo. Es de suponer que las ausencias contaban con el visto bueno de la dirección del centro, toda vez que el encargo realizado al pintor procedía de las más altas personalidades del Don Benito de entonces. Al parecer, durante los períodos en que se ausentaba para tal labor, Aparicio fue sustituido por alumno/s aventajado/s. Los testimonios orales de algunos de aquellos alumnos

discrepan al precisar el nombre del “afortunado” sobre el que recayó efectivamente la responsabilidad de atender las clases del maestro.

Del mismo modo hubo de procederse durante las visitas a Sevilla, en donde Aparicio buscó apuntes para algunos otros cuadros del retablo. Se sabe que, al menos en una ocasión, Juan permaneció en la ciudad andaluza algo más de una semana, tiempo durante el que fue hospedado por su cuñado Luis García-Molina. De profesión ebanista y muy vinculado a la hermandad sevillana de “Los Negritos”, Luis pondría en contacto a Juan Aparicio con buenos profesionales doradores andaluces.

A tenor de la información que consta sobre la recuperación del retablo de la iglesia de Don Benito, parece que las gestiones de Aparicio condujeron a que los sevillanos Alfonso González Pérez y sus ayudantes fueran quienes dorasen finalmente la talla de la parroquial dombenitense de Santiago. Al mismo tiempo, durante aquella estancia a orillas del Guadalquivir, el artista visitó la iglesia de La Asunción -antigua capilla universitaria-. En ella hay una Anunciación, de Mohedano (1606), que presenta coincidencias notables con la Anunciación de Murillo (Museo del Prado). Sería esta última la que finalmente copió Aparicio para el retablo de Santiago.

Más tiempo debió de dedicar el pintor dombenitense al Museo Provincial de Bellas Artes de Sevilla. Juan Aparicio copió de sus salas varias obras para el retablo de Santiago, la mayor parte de ellas del gran artista extremeño Francisco de Zurbarán:

- *El Padre Eterno*;
- *San Gregorio*;
- *San Jerónimo*.

A ellas hay que sumar la copia que realizó de *La Adoración de los Pastores*, una de las varias versiones que pintó Bartolomé Esteban Murillo sobre esta temática religiosa.

Mientras Juan Aparicio daba pasos para cumplir el contrato con la Junta interparroquial, el año de 1954 los alcaldes de Don Benito y de Villanueva de la Serena –señores Ortiz Fernández y Pérez Álvarez, respectivamente– formalizaron las primeras actuaciones conjuntas de los



*Fotografías de los cuadros del retablo en el estudio del artista. Lozano Santos (que la ha cedido) asegura que fue realizada por el propio Juan Aparicio Quintana.*

Consistorios, con el objetivo de obtener una serie de dotaciones y ayudas estatales que permitieran avanzar hacia la unión de ambas ciudades. Como el propio Guadiana que baña sus tierras, la controvertida unión ha reaparecido y vuelto a esconderse a lo largo de los años en diferentes ocasiones. Por su parte, el Deportivo Don Benito volvía a proclamarse campeón de Extremadura.

De aquel 1954 data otro de los recortes del diario ABC que Aparicio conservó durante toda su vida. Aparecido el 19 de agosto bajo el título “La novedad”, se trata de un artículo de opinión en el que su autor cuestiona el arte moderno, tema que sin duda interesó al artista dombenitense, posiblemente por lo que podía suponer de reafirmación del propio estilo. El artículo parte de cierto relativismo, al indicar que...

[...] somos todos unos solitarios, aunque formemos parte de una multitud, y que la realidad objetiva la crea cada cual a su manera. Y si esto pensamos frente a la Naturaleza, ¿qué podremos decir frente al Arte? De un lado está el artista que, sinceramente, puede sentir lo que produce de aquella manera, y de otro, el contemplador que ha de interpretar aquellos sentimientos, también sinceramente [...]

Sin embargo, más adelante el articulista fija su posicionamiento con nitidez: *“Hago estas consideraciones en el estudio de un pintor de los llamados modernos. Sin entrar en la técnica y en la calidad de la pintura, yo tal como veo aquellos lienzos diría, como único comentario, que ninguno de ellos colgaría en un muro de mi casa”*. El autor de aquel artículo fue Francisco de Cossío. Nacido en Sepúlveda –Segovia- en 1887, Cossío estudió Derecho en la Universidad de Valladolid y se forjó como periodista en “El Norte de Castilla”, carrera que consolidó con la obtención, en 1929, del Premio Mariano de Cavia. Fue también director del Museo Nacional de Escultura Policromada de Valladolid, dedicación que le relaciona directamente con el contenido del artículo reseñado.

A mediados de 1955, Aparicio daría por terminados los cuadros del Retablo de Santiago. Atrás quedaba un amplio trabajo de búsqueda, selección, apuntes y ejecución, que le llevó a viajar e, incluso, a realizar obras en su propia casa. Recuerdan los hijos del pintor que el suelo de una de las habitaciones en la vivienda familiar de la calle García Moreno tuvo que ser rebajado en casi medio metro a fin de que allí pudiera pintar el artista el cuadro del Calvario o Crucifixión –el mayor del retablo, con 2,50 por 1,60 metros-. Se procedió, entonces, a la exposición pública de las obras en dependencias del antiguo Ayuntamiento –hoy Casa de la Cultura, en un edificio de nueva planta diseñado por el prestigioso arquitecto Rafael Moneo-, antes de colocarlas en sus respectivos emplazamientos en el templo parroquial. Surgieron opiniones diversas sobre el grado de maestría en la ejecución, pero especialmente acerca



*Retablo de la Iglesia de Santiago. Cuadros de Juan Aparicio Quintana. Don Benito*

de la conveniencia de que fueran copias de las obras de afamados artistas y no originales, como se suponía lo eran aquellos otros óleos existentes antes de ser destruidos. Finalmente, en 1956, el retablo de la iglesia parroquial de Santiago fue inaugurado.

Si bien el contrato concretaba el dinero que había de cobrar el artista y la expresa renuncia que este hizo a parte de sus emolumentos para así contribuir a la rehabilitación, Juan José Lozano (2010) asegura en sendos trabajos sobre el Retablo que en el Libro oficial de Actas de la Junta Interparroquial de Santiago se refleja que Aparicio recibió cuatro entregas de dinero, por un importe total de 82.000 pesetas. Fuera esta la cantidad final o la inicialmente prevista en el contrato de obra (75.000 pesetas), lo cierto es que el precio de cada uno de los cuadros pintados no llegó a superar las 5.000 pesetas de media. Desde el año 1995, el retablo y los cuadros de Aparicio forman parte del único Monumento Histórico Artístico con que cuenta Don Benito.

La conclusión de tan extensa obra vino acompañada de otras buenas nuevas para el artista y para el hombre. Con el Patronato local de F.P. disuelto desde febrero de 1956, una Orden ministerial de finales de aquel mismo año estableció mayor dotación económica para el profesorado que ejercía en las Escuelas de Trabajo. En concreto, don Juan pasó de cobrar las antiguas 4.320 pesetas a 28.500 pesetas anuales, lo que supuso un salto muy considerable en sus ingresos, casi siete veces más de lo que recibía anteriormente. El incremento en las retribuciones del profesorado no fue el único. A lo largo de aquel año, el gobierno franquista subió los sueldos en varias ocasiones, en un intento por acallar el creciente malestar económico provocado por la subida constante de la inflación, germen de varias huelgas en el País Vasco.

A la intranquilidad por la situación económica se unieron una serie de conflictos en el seno del Movimiento Nacional. Los jóvenes falangistas no veían con buenos ojos la sucesión que Franco había previsto en el Príncipe Juan Carlos de Borbón, como tampoco algunas de las medidas adoptadas por el Régimen. Por otra parte, se produjeron enfrentamientos entre las posiciones que apostaban por una cierta regeneración del sistema –situadas especialmente en el mundo educativo y cultural- con las más conservadoras, conformándose en su conjunto la

primera crisis interna de envergadura a la que tuvo que enfrentarse el Régimen en 14 años.

En aquel mismo año de 1956 se procedió a tender las vías del tren que pretendían unir las localidades de Villanueva de la Serena y Logroñán. La realidad posterior fue que el citado tramo ferroviario nunca llegó a entrar en servicio. En todo caso, aquella obra y su propósito inicial pueden entenderse como un avance más en la línea de desarrollo tecnológico y de infraestructuras. Desarrollo tecnológico por el que mostró un alto interés Juan Aparicio. Siempre fue un hombre vivamente inclinado a conocer y utilizar los más modernos medios e instrumentos de su época. Buena parte de las fotografías que se conservan de la Escuela de Artes y Oficios de Don Benito se deben a su cámara fotográfica y a su propio laboratorio de revelado.

Apenas se había iniciado el mes de octubre de 1956 cuando un tal Adolfo Hein, personaje vinculado con la astronomía amateur en España, remitía una carta a Juan Aparicio, reveladora de la curiosidad que la tecnología despertaba en el artista:

*“Muy Sr. mío: me refiero a su grata visita a mi casa y tengo el gusto de comunicar a Vd. que el telescopio que le ofrecí está ya preparado y listo para el envío.*

*Tiene lentes de objetivo de 50 milímetros diámetro y el telescopio extirado (sic) tiene (96 cm) casi un metro de longitud. Es de la clase de los buenos antiguos y nuevos tipos de catalejos que usan los Capitanes de barcos. Lo he probado mirando a lejanas torres y da una visión perfecta. También lo probé con estrellas del cielo y lo encontré excelente.*

*Se lo dejo en mil pesetas (aunque hoy vale más) y me las puede enviar como lo convinimos, por el ordinario, al cual entregaré el telescopio. Le saludo atentamente y guardo de Vd. afmo. s.s.*

*P.D. Cualquier duda que Vd. tenga, se la resolveré siempre con mucho gusto. Escribame si está contento con el telescopio, pues supera en potencia y aumento tres veces al que Vd. me enseñó.”*

El texto estaba ilustrado con dibujos del telescopio “*encojido*” (sic) y “*extirado*” (sic), junto con las indicaciones de sus respectivas medidas y las aclaraciones de que se trataba de un objeto “[...] *de ocasión, pero bueno y de muy lucido aspecto*”. El contenido de la misiva permite saber que Aparicio había estado en Madrid, no sabemos si con motivo de las copias de los cuadros del retablo de Santiago o en fechas posteriores a ese trabajo y más próximas a la remisión de la carta. Se desconoce si Aparicio llegó a comprar aquel telescopio, aunque ciertos indicios permiten sospechar que no fuera así. Los descendientes de Juan conservan un telescopio adquirido por su padre, instrumento que no coincide con el descrito por Adolfo Hein en su carta.

El instrumento conservado, original de la antigua Checoslovaquia, es de mayor potencia y dimensiones, así como de mejores prestaciones. Si el ofrecido por Hein podía identificarse, tal como él mismo describe en su misiva, con el que utilizaban los capitanes de barco, el que Juan conservó se corresponde con los utilizados para las observaciones astronómicas de carácter particular. Este telescopio cuenta con un embalaje de madera y fieltro interior, acondicionado para acoger y proteger las delicadas lentes que lo acompañaban, aptas en algunos casos para la observación solar. Se trata de un instrumento de precisión muy superior al que pretendía venderle Hein. Su calidad y prestaciones permiten suponer un precio más alto y, posiblemente, mayores dificultades para su adquisición.

Se ha comentado el interés de Aparicio por las que pueden considerarse, por entonces, nuevas tecnologías. Máquinas fotográficas, procesos de revelado, telescopio... señales evidentes de unas aficiones poco comunes en el entorno en que Juan se desenvolvía en la Extremadura rural de mediados del siglo XX. Esos afanes le llevaron a invertir en determinados objetos cantidades económicas que sus ingresos apenas podían soportar. Súmese a ello la actitud del maestro, dispuesto a ofrecer compensaciones económicas a sus mejores alumnos, a costear de su propio bolsillo materiales de pintura para la Escuela... y tendremos algunos indicios más acerca de la personalidad de un hombre que tenía a su cargo una familia con mujer y cinco hijos, cuyas dificultades económicas fueron grandes en algunos momentos.

Pero, además, ese escrito hablaba de un personaje peculiar en el Don Benito de la posguerra: “el Ordinario”. Fue, sin duda, una figura muy conocida y útil en una época marcada por las carencias de todo tipo. La imposibilidad de viajar a Madrid, tanto por la escasez de medios económicos como por la insuficiencia de transportes públicos, dificultaba al máximo la posibilidad de realizar gestiones en la capital, de adquirir productos en ella o de intercambiar paquetes con familiares allí residentes. Pedro –que así se llamaba “El Ordinario”- tuvo la ocurrencia de ofrecer sus servicios a cambio de una pequeña compensación económica para solventar esos problemas. Durante varias décadas, viajó en tren entre Don Benito y Madrid para realizar allí los encargos que se le hacían. La naturaleza de su cometido hizo que desapareciera la necesidad de sus servicios conforme se incrementaba el desarrollo económico y social de sus propios paisanos, de su pueblo y de su país.

En cuanto a su localidad y a la Escuela de Trabajo, aquel año de 1956 se produjo la visita del entonces Gobernador Civil –Pedro Bellón- para conocer los trabajos que se realizaban por el alumnado y profesorado del centro. El artículo aparecido en el diario *Hoy*, en el mes de mayo, se hizo eco de la citada visita y recogió una anécdota protagonizada por Aparicio en el transcurso de la misma. Asegura el articulista que *“Es famoso que no hace mucho, al hacer una muestra de sus obras y llegar los visitantes, el pintor se había escabullido y hubo necesidad de buscarlo”*. Una de las fotos que ilustran el artículo recogía el momento en que el citado Gobernador, el entonces alcalde de Don Benito –Emilio Ortiz- y el propio artista contemplaban uno de los cuadros de Aparicio. Concluía el periodista, en relación con nuestro artista, que *“[...] Esta timidez pesa en él como dogal en el cuello”*.

Aquel mismo año, la Escuela perdió a un gran maestro y Juan al que, posiblemente, había sido su más cercano compañero de trabajo: Honorino Buendía Villalva. Natural de Olivares del Júcar, en Cuenca, Honorino Buendía llegó a Don Benito en el año 1933, tras aprobar unas oposiciones. Ejerció como profesor en la Escuela de Arte y Oficios hasta que, en el año de 1956, solicitó traslado a Córdoba. Le fue concedido para dar clases en el Instituto de Enseñanza Media “Góngora” y en la Escuela de Peritos Industriales. Solía decir a sus alumnos, al referirse a

Juan Aparicio: *“Chicos, tenéis el profesor de dibujo con la mejor paleta de España”*. Por su parte, Aparicio comentaba de don Honorino: *“Si yo dibujara como él, sería un artista”* (Gallego 1992).

Por aquella época, y dada la escasez de medios económicos, una importante capa social se veía imposibilitada de asistir a los pocos espectáculos de ocio que había en la localidad. Esta sería una de las razones, pero no la única, por la que se realizaban proyecciones de cine parroquial en, al menos, dos locales dombenitenses. Uno de ellos estaba instalado en el centro de Acción Católica de la actual calle Francisco Valdés y se utilizaba en las temporadas de invierno. El otro, para la época veraniega, estaba en la calle Pilar, posiblemente el lugar en donde más tarde funcionó el conocido durante los años 60 y 70 del siglo XX como “Cine Jaimito” o quizá en las dependencias del Centro Parroquial de San Sebastián que estuvo en esa misma calle. Se ofrecían funciones los domingos, festivos y algún que otro lunes, al precio de una peseta.

Precisamente el cine fue la más querida de las aficiones de Juan Aparicio. Prácticamente cada noche, Juan acudía puntual a su cita en el cine Rialto. De alguna forma, allí se conjugaban distintos aspectos que tranquilizarían y animarían su espíritu. Por una parte, y gracias al pararrayos instalado en el tejado, se encontraba protegido de sus peores temores –las tormentas-. Por otra, lograba a través de las tecnologías



*Fachada del desaparecido Cine Rialto. Don Benito.  
Fotografía de Diego Sánchez Cordero*

que tanto le seducían, entrar en contacto con otros mundos lejanos y conocer por el “NODO” las innovaciones que se producían en los distintos campos del saber y mantenerse actualizado respecto de las noticias que el régimen daba a conocer.

Todos los testimonios de quienes le conocieron rememoran aquel hábito del artista; su propio hijo Luis evoca el mandato que recibía muchos días para reservar la entrada que había de sentarle en la primera butaca de la última fila (número 1 de la fila 21). Una muestra más del carácter retraído de Juan era el hábito de llegar cuando la sesión ya se había iniciado y retirarse justo antes de su conclusión, con la finalidad de evitar el encuentro con el resto de espectadores. Otra vez esa timidez de la que se ya se había hecho eco incluso la prensa. Afortunadamente para él, Aparicio no llegó a ver la desaparición de “su” Cine Rialto, pasto de las llamas un 31 de octubre de 1989.

En época de bondad climatológica, la afición cinematográfica llevaba al artista hasta las salas de verano. Precisamente, en las inmediaciones de una de ellas –la del Cine Parque, sito en lo que actualmente es la Avda. de la Constitución, una de las principales arterias de Don Benito– se produjo, un día cualquiera de un año cualquiera en aquella posguerra dura y cruel, el encuentro que recuerda su discípulo “Sefui”:

*“Íbamos paseando la que entonces era mi novia y que luego sería mi mujer, Francisca Blázquez, y yo por la calle. Nos encontramos con don Juan, que se paró y se dirigió a ella:*

*- “Tú vas a ser la culpable de que Pepe se entierre aquí, en Don Benito”*

*- “¡Ande usted, don Juan, no sea así; no diga esas cosas!”- le contesté.*

*Pero él seguía dirigiéndose a ella:*

*- “Déjale volar... o le pasará como a mí con la señora Filo”*

No llegó a “volar” Pepe Sefui, como tampoco antes había volado su maestro Juan Aparicio. Al menos, no desde el punto de vista físico. Habría de ser con la imaginación como el artista hallara otros mundos di-

ferentes a la Extremadura anclada en el tiempo en la que tuvo que hacer frente a sus obligaciones de esposo y padre. Algunos aseguran que fue su carácter retraído y su timidez natural las causas de que permaneciera en Don Benito. Es posible..., pero quizá también lo fueran los acontecimientos que le rodearon. O, tal vez, simplemente pueda comprimirse toda aquella conjunción de elementos -carácter y acontecimientos- en la teoría que sostenía un pensador muy cercano a la generación del 98 que tanto le había marcado en su juventud, Ortega y Gasset: “*el Hombre es el hombre y sus circunstancias*”.

El 14 de Mayo de aquel 1956, según recogía el Boletín Oficial del Estado del 27 del mismo mes, el Estado aceptó un solar sito en la Plaza de España número 18, que el Ayuntamiento cedía gratuitamente con destino a la construcción de un nuevo edificio para los Servicios de Correos y Telecomunicación. El solar tenía una superficie de 479,32 metros cuadrados y, efectivamente, sobre él se edificaría el conocido todavía como edificio de Correos (Cortés 2012: 125).

Pero, para Juan Aparicio, las circunstancias se volvieron adversas un 2 de febrero de 1957. Su padre –Joaquín– falleció aquel mismo día, a los 81 años de edad. Los pinceles de su hijo le habían inmortalizado en varios retratos. Tal como se indica en el preámbulo de este trabajo, según el autor del artículo de prensa que sobre Aparicio había aparecido un año antes en el *Diario Hoy*:

El retrato de su padre, hombre de gleba, labrantín resecaado por soles y escarchas, envuelto en su capa castiza, es la figura de un hombre más que contemplativo, paciente y alerta tras unos ojillos vivaces, vigilantes. Dura debió ser la vida para un hombre así que en su aparente y sosegada calma nos dice que la vida es vigilia, lucha y defensa. No es un hombre victorioso, pero tampoco es un hombre que se manifieste derrotado; ni escepticismo ni euforia, un natural sosiego [...] (Critilo 1956)

A pesar del dolor, la vida seguía su discurrir indefectiblemente. En el transcurso de aquel año, el Ayuntamiento de Medellín realizó un encargo a Juan Aparicio. El Consistorio medellinense inauguraba nuevo edifi-

cio y pretendía decorar su Salón de Sesiones con la reproducción de un cuadro del más afamado de sus hijos, Hernán Cortés. Una fotografía tomada a principios de siglo en el Ayuntamiento de la villa por J. R. Mérida acreditaba la existencia de un lienzo con un retrato de Cortés, lienzo que llegó a desaparecer y que presentaba un retrato imaginario del personaje. Posiblemente a partir de la foto realizada por Mérida, Aparicio efectuó el encargo que se le había hecho. Recibió por ello la cantidad de 1.948 pesetas<sup>34</sup>.



*Retrato idealizado de Hernán Cortés.  
Juan Aparicio Quintana. 1957  
Óleo/lienzo. 75 x 55 cms.*

Más allá del entorno vital de nuestro artista y del propio ámbito nacional, el 25 de marzo de 1957 se firmó en Roma el tratado que daba existencia a la Comunidad Económica Europea (CEE). Francia, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Italia y la República Federal de Alemania fueron los países firmantes. Su ratificación por los Parlamentos de “los Seis” tuvo lugar en los meses siguientes. En su preámbulo sostenía que los estados signatarios estaban “*determinados a establecer los fundamentos de una unión sin fisuras más estrecha entre los países europeos*”. En la práctica, lo instituido fue una unión aduanera, por lo que la CEE fue conocida popularmente como el “Mercado Común”.

En el panorama interno, la llegada de los tecnócratas al Gobierno de la Dictadura llevó a fundar el Instituto Nacional de Industria. Determinados cambios políticos y algunos económicos propiciaron que 1957 se convirtiera en el año inicial del renacimiento de la automoción en España. Se fundó Citroën Hispania, que tan sólo un año después comenzó a construir su primera fábrica en la Zona Franca de Vigo; en el extremo

<sup>34</sup> Sobre este cuadro, como ya se ha dicho, realizaron un notable trabajo de investigación M<sup>a</sup> Luisa de la Cruz Mera y Alejandro Curado Fuentes.

opuesto del territorio español, la empresa jienense Santana firma con Rover un acuerdo para fabricar su famoso todo terreno; y, sobre todo, tuvo lugar un hito que marcaría un antes y un después en la vida de los españoles: nació el Seat 600. Asegura Vázquez Montalbán que *“el día que los españoles empezaron a subir a los 600 empezaron a alejarse de su pasado e iniciaron una excursión de fin de semana, del cual aún no han vuelto”* (Torrejón 2007).

También fue el año en que se emitió en España el primer anuncio publicitario de televisión, que decía así:

Distinguido público, les hablo en nombre de la marca Freemotor, concesionaria en España de licencias Westinghouse. Pero no se preocupen, no les voy a contar las excelencias del refrigerador Super 57 o de la lavadora Launtromat porque de todos son conocidas, sólo quiero ofrecerles un grato espectáculo (Gallo, I y Gómez, R 2010)

Pero no todo había de ser buenas noticias. En África, daba inicio una nueva confrontación sangrienta en los territorios de Ifni y Sáhara, acontecimientos acallados por el Régimen y tergiversados por la prensa a él adscrita. Allí perdieron la vida muchos soldados españoles frente a supuestas bandas independientes; en realidad, estaban controladas por el gobierno marroquí. El inmovilismo político estatal quedó sellado en 1958, merced a la aprobación de la Ley de Principios del Movimiento Nacional. Se resumían en ella los viejos fundamentos ideológicos del régimen franquista.

En cuanto a la vida profesional del maestro Aparicio, se produjeron cambios importantes y ciertos avatares que llevarían incertidumbre al pintor. En la primavera del 58, Juan Aparicio asistió en Madrid a la celebración de la III Semana Pedagógica. El evento se desarrolló de conformidad con lo prevenido en las Ordenanzas de Personal de los centros Sindicales de Formación Profesional. Dichas ordenanzas establecían la necesaria especialización y perfeccionamiento del profesorado que prestaba sus servicios en los centros de la Obra Sindical.

Aparicio guardó varias cuartillas en las que, a mano y en borrador, había plasmado sus impresiones respecto de algunas de las conferencias y actividades desarrolladas durante ese período formativo. Posiblemente, esa valoración final fue una tarea más que hubieran de realizar los asistentes a la citada Semana Pedagógica. Juan concluyó...

*“Resumiendo: que las anteriores conferencias y lecciones recibidas, las encuentro muy provechosas, por su claridad y amenidad, comprensibles; así lo haré constar en la próxima reunión del Claustro del Centro al que pertenezco. Deseo que pronto se convoque la Semana Pedagógica dedicada a la Artesanía, (la cual me gustaría asistir, si me propone la Dirección y la jerarquía me lo permite), ya que estas semanas las encuentro beneficiosas para los que estamos alejados de Centros como estos de la Capital, que nos orientan y estimulan para seguir trabajando con ilusión. Este es nuestro deseo.*

*La visita realizada a la Casa de Campo es maravillosa. El centro de F.P.A., la visita al Centro nº 1 de Formación Profesional Acelerada, la exposición <El Átomo y sus aplicaciones pacíficas>, así como la empresa Marconi es algo digno de verse. Por lo tanto, ¿qué podré decir yo, que no lo digan los demás? Estoy muy satisfecho de esta Semana transcurrida aquí [...].”*

Respecto de la exposición que cita Juan Aparicio, referente al átomo y sus aplicaciones, hay constancia de su importancia. El profesor Menéndez Navarro se hace eco de la misma en un trabajo sobre la presencia de las tecnologías médicas en el NO-DO. En él asegura que tal exposición tuvo lugar en la primavera del año 1958 en la Casa de Campo de Madrid y que, según fuentes de la época, recibió medio millón de visitantes. Entre los distintos elementos mostrados, aparecía un stand propio del Instituto Nacional del Cáncer que prestaba una especial atención a las aplicaciones diagnósticas y terapéuticas de la energía atómica (Menéndez 2009).

Los supuestos avances en materia pedagógica y didáctica requerían, a juicio de las autoridades del momento, reformas en las materias impartidas. En marzo de 1958, la Dirección General de Enseñanza Laboral ordenó la reducción de enseñanzas en las Escuelas de Maestría Industrial. En el caso de Don Benito, se suprimieron las enseñanzas de talla de madera, instalador-bobinador, montador eléctrico, corte y confección y labores. Fueron mantenidas en la rama del Metal las especialidades de ajustador-matricero, tornero y forjador; en la rama de la Madera se consolidó la especialidad de carpintero, en la que se incluyó la formación en talla. Esta revolución en las enseñanzas provocó una moción del entonces alcalde de la ciudad elevada al Pleno (19/04/1958) en la que demandaba a la Dirección General que dejara sin efecto aquella Orden por los daños que provocaría en unos cien alumnos que cursaban las especialidades suprimidas.

Esa reordenación académica exigió al profesorado de las Escuelas de Maestría Industrial acreditar la suficiente capacitación para el desempeño de su labor. Hubieron de demostrarlo ante tribunales que se constituyeron a los efectos y ello debió de ocasionar nuevas inquietudes en Juan Aparicio, que se veía sometido a otro examen. Sus cualidades como pintor estaban fuera de toda duda, pero la nueva organización de las Escuelas de Maestría Industrial exigía distintos conocimientos. En este sentido, desde la Escuela de Don Benito, su Secretario –Santiago González Murillo– emitió un certificado por el que la Dirección comunicaba...

*“Que la especialidad de <Tallista> para la construcción del mueble, debe considerarse incluida dentro de la <Carpintería>, que en la Rama de la Madera se ha dispuesto por la citada Orden Ministerial (de 14 de febrero) sea impartida en esta Escuela [...]*

*Y para que conste y pueda acreditarlo el Maestro de Taller de Talla y Modelado de esta Escuela, Don Juan Aparicio Quintana, ante el Tribunal que ha de juzgar el examen extraordinario de Reválida de Maestro Industrial, expido el presente en Don Benito, a veintinueve de Abril de mil novecientos cincuenta y ocho”.*

Este informe permite suponer los problemas que acarreó a Juan Aparicio aquella organización distinta de las enseñanzas. Tanto él como la Dirección del Centro eran conscientes de que sus puntos fuertes radicaban en todo lo que fuera expresión artística, pero que otros aspectos de la carpintería, fundamentalmente aquellos de carácter mecánico, podrían suponerle dificultades. Probablemente, de esta circunstancia derivaría el certificado emitido por la Escuela, a la búsqueda quizá de un reconocimiento de méritos ante el tribunal académico que había de juzgarle. Lo cierto es que Juan se presentó a las pruebas de reválida para Maestro Industrial y que guardó recuerdo de ellas en un par de cuartillas escritas a mano. Daban inicio con el emplazamiento del lugar en que se llevaron a efecto:

*“Memoria de las pruebas realizadas en Bernardino Obregón, nº 1, Escuela de Maestría Industrial [...]”*

Efectivamente, por entonces la Escuela de Maestría Industrial de Madrid radicaba en el edificio en el que actualmente se encuentra, situado entre la Ronda de Valencia y la calle de Bernardino Obregón. La institución había pasado por distintos lugares de Madrid hasta que, en octubre de 1956, se trasladaron las dependencias y máquinas hasta aquel edificio, levantado en un solar de aproximadamente 8.000 metros cuadrados. Juan Aparicio tomó buena nota de las instalaciones y del proceso para la realización de la prueba:

*“[...] Buenos pabellones y hermosa instalación. El Tribunal está reunido y ha dado instrucciones para comenzar los trabajos; parece un enjambre, ver este Batallón de aspirantes en su faena... ¿suerte, muchachos?... Me ha tocado un trabajo un poco complicado, ya que no es la especialidad usual en mí, pero siempre adelante [...]”*

En el conjunto de apreciaciones llama la atención la frase final de automotivación *“siempre adelante”*. Contrasta con el talante tímido y resignado ante las circunstancias vitales que de Aparicio generalmente se ha transmitido a la posteridad. El hombre se nos presenta aquí con

fuerzas suficientes para luchar por sí mismo, a pesar de enfrentarse a una especialidad que no era la que mejor dominaba. Pero, conozcamos del propio Juan cómo se desarrolló en la prueba:

*“1º Empiezo haciendo un croquis acotado en tamaño reducido como es costumbre, y después un dibujo del mismo a escala de 1:1.*

*2º Tengo que tallar un tablero (es un detalle decorativo); escojo la madera, pero ésta no es la más conveniente para estos fines, pero no hay otra cosa; empiezo a dibujarlo, simplificando para ver la proporción y armonía, después paso al detalle. Una vez conseguido esto, empiezo a desbastar, respetando los puntos más altos, utilizando en esta operación el pico de gorrión y gubias de perfil ancho. Seguidamente, al igual que en el dibujo (pero aquí modelando) detallo para darle expresión y movimiento, usando los perfiles de gubias más convenientes, según los casos.*

*Pasan las horas sin darnos cuenta, ponemos fin al trabajo (mejor dicho, nos lo ponen), pues la madera está verde, y no se puede perfilar ni afinar, siendo poco el tiempo para realizarlo... Atrás quedan esos ejercicios realizados con la mejor voluntad. En esta materia, Dios dispone. El Tribunal juzgará lo más conveniente para la Escuela y, por lo tanto, para la Nación”.*

Con fecha 17 de junio del mismo año, el profesor y Secretario de la Escuela de Maestría Industrial de Madrid –Onofre Mendiola Ruiz– certificaba:

*“Que Don Juan Aparicio Quintana [...], de 51 años de edad, ha realizado ante el Tribunal constituido con arreglo a las disposiciones legales vigentes, los ejercicios para la obtención de CERTIFICADO DE APTITUD PROFESIONAL DE MAESTRO INDUSTRIAL CARPINTERO, habiendo sido calificado de APROBADO”.*

La consecuencia inmediata que tuvo la superación de la prueba fue recogida en la hoja de servicios del profesor Aparicio Quintana en la Escuela dombenitense. Con fecha 10 de septiembre de 1958, Aparicio fue “Acoplado a la plantilla oficial de la Escuela por Resolución del Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Laboral”. La nueva situación profesional le supuso incrementar sus retribuciones salariales, pasando de 28.500 a 37.500 pesetas anuales a partir del 1 de octubre de aquel año y según lo dispuesto por una Orden Ministerial del 27 de agosto anterior. No obstante su ocupación oficial como Maestro de Taller de la Madera, parece que “don Juan” seguía ofreciendo sus conocimientos y consejos en dibujo artístico a los alumnos que presentaban cualidades para dedicarse a la pintura o iban a precisar de tales conocimientos en el desarrollo futuro de su actividad profesional.



*Escuela Taller de la Obra Sindical de Formación Profesional.  
Foto: Archivo IES “Cuatro Caminos”*

De tal forma, lo que comenzó como un proceso cargado de incertidumbre para el maestro Aparicio concluyó favorablemente a sus intereses personales y familiares. Además, el 25 de noviembre de aquel mismo año, la Dirección General le encomendó una tarea más al nombrarlo Bibliotecario de la Escuela. Vino a ser el reconocimiento expreso a la dedicación que durante años había mostrado hacia su centro y al alumnado que en él cursaba sus estudios, así como al interés que siempre tuvo por

el mundo de la cultura. Una anotación personal de Aparicio, realizada en una cuartilla con varios números y operaciones aritméticas bajo el epígrafe “*Haberes mensuales*”, permite saber que la gratificación que recibía por su labor como bibliotecario no tenía paga extraordinaria de 18 de julio y tampoco de Navidad.

El año de 1959 llegó cargado de importantes conflictos internacionales. En sus primeros días, se confirmó la Revolución cubana de Fidel Castro y el “Ché” Gevara, que lograron derrocar a Batista. Al otro lado del mundo, las guerrillas del Vietcong (abreviación de *Vietnam Con gsan*; en vietnamita, “Vietnam Rojo”) inician sus ataques contra Vietnam del Sur, apoyado este por los Estados Unidos. Y, mientras, en España, se establecía el Plan de Estabilización de la Economía, diseñado por los tecnócratas del Opus Dei que habían accedido al gobierno en 1957. Elaborado según las indicaciones del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, buscaba ante todo liberalizar la economía y acabar con el periodo autárquico.

A lo largo del año se sucedieron acontecimientos de diversa índole. En el norte, la mala noticia llegó de la escisión de un grupo de jóvenes del PNV para fundar ETA (Euzkadi ta Askatasuna -Patria Vasca y Libertad-). Pocos podían sospechar entonces el rastro de sangre y dolor que dejarían durante las décadas venideras. En el lado opuesto de la moneda, la victoria de Bahamonte en el Tour de Francia y el Nobel de Medicina concedido a Severo Ochoa supusieron una inyección de optimismo en los ámbitos deportivo y cultural, optimismo que se vería refrendado a finales de año con la presencia en España del presidente norteamericano Eisenhower. Su abrazo con Franco suponía el fin del aislamiento internacional.

También fueron aquellos momentos finales de la década de los 50 la época en que se pusieron de moda los guateques, en que salió a escena el vehículo “el Mini” y en la que *El Cordobés* se vistió de luces por vez primera. Finales de una década (los 50) e inicios de otra (los 60) que habían de suponer para Extremadura una auténtica diáspora. Durante años, miles de extremeños hubieron de coger sus maletas para buscar trabajo en distintos países europeos, principalmente Alemania y Suiza, o

en diferentes regiones españolas, con especial incidencia en Cataluña y el País Vasco. La emigración trajo desgarros familiares a una tierra ya de por sí cargada de heridas y cicatrices.

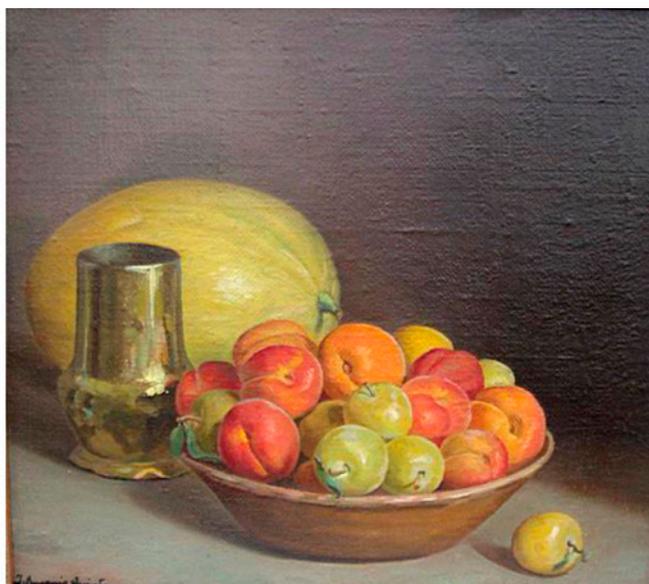
En el caso de Juan Aparicio, permaneció arraigado a la tierra que le vio nacer. La superación del examen del año anterior y la obtención del certificado de aptitud profesional de Maestro Industrial Carpintero le permitieron solicitar su ingreso en la Asociación nacional de Maestros Industriales. Sin embargo, es posible que en ese nombramiento como Maestro del Taller de Carpintería se encuentre el origen de futuros e importantes problemas que Juan habría de sufrir en la propia Escuela, fruto probablemente de los celos profesionales de algún otro compañero de trabajo. Los años venideros mostrarán pruebas del mal ambiente de trabajo que se fue conformando en torno al citado taller de carpintería.

En cuanto a su actividad artística, Aparicio buscaba inspiración en su estudio de la planta superior de la vivienda familiar en la calle García Moreno. Pocas eran las personas que hasta allí accedían, en un intento del pintor por lograr el ambiente de silencio que le permitiera concentrarse en su obra, tal como insistía a sus alumnos. Las personas que lograban llegar al refugio del maestro solían ser habituales compradores de sus cuadros o amigos como Celestino Vega. La opinión generalizada que ha llegado a través de quienes le conocieron es que Aparicio malvendía sus creaciones. Hombre de fina sensibilidad, los aspectos mercantiles del arte le eran necesarios para sí y para su familia, pero le resultaban desagradables.

Tanto es así que el testimonio de un alumno sirve para plasmar algunos aspectos de las relaciones comerciales que se veía obligado a mantener:

[...] había un anticuario en Mérida, Antonio Chacón, que compraba cuadros a D. Juan sin firmar, que luego él rubricaba. A pesar de nuestras reprimendas, a D. Juan le daba igual esta actitud [...] Un día le oí de su interés por un determinado cuadro que tenía nuestro Maestro. Aquel oportunista alardeaba su adquisición a muy bajo precio jactándose de ello. A golpe de pedal, avisé a D. Juan de su inmediata visita e intención

explicándole sus propósitos, y aquel día presencié que el cuadro pretendido por el oportunista gangoso, se vendió a buen precio, no siendo engañado, ahora, por el anticuario, pero aún así, lo allí acordado siguió siendo un regalo. (Lozano 2008)



*Cuenca con frutas, jarrón y melón.  
Juan Aparicio Quintana. 1959,  
Óleo/lienzo. 43,5 x 49 cms.*

Si sus quehaceres artísticos suelen gozar del recogimiento y la privacidad, lo mismo puede decirse de su vida social, restringida poco más que a visitar el Círculo de Artesanos de la localidad para tomar café y leer el periódico. Precisamente aquel mismo año de 1959, Juan adquiere una acción de la Sociedad del citado Círculo de Artesanos por valor de 1.000 pesetas. También por aquellas fechas, Juan vuelve a demostrar su interés por las nuevas tecnologías del momento y compra un aparato de radio. La factura guía emitida al efecto “*para legalizar la tenencia y circulación de aparatos receptores de radio de producción nacional*” confirma que se trató de un receptor de la marca *Telefunken* con cinco válvulas, conseguido a través del comercial Adrián Montaña Gutiérrez, residente en la calle Tesoro y concesionario de la citada marca para Don Benito.

Recuerdan sus hijos que Juan Aparicio solía escuchar la radio a solas, sin dejar que nadie accediera a su particular espacio vital creado en el domicilio familiar. Parece que no solo le interesaban las tecnologías, sino que era un hombre ávido de conocer las noticias políticas y sociales que acontecían en España y en el mundo. Algún testimonio apunta haber escuchado, a través de la puerta, sonidos de la emisora *Radio España Independiente*, más conocida como “La Pirenaica” por la leyenda de que emitía desde algún punto en los Pirineos.

La emisora fue obra del Partido Comunista de España, en el marco de la creación de emisoras de radio que llevaron a efecto diversos partidos comunistas de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Todas ellas compartían objetivos comunes frente a los regímenes totalitarios, por lo que “La Pirenaica” encontró razones de subsistencia durante décadas frente al sistema franquista instaurado en España. De ser cierto que Juan Aparicio realizaba aquellas audiciones, se antoja difícil, desde la distancia del tiempo y sin más datos sobre su pensamiento, establecer las causas que lo llevaban a ello. Quizá todo quedara en una simple curiosidad, sin más necesidad de otros fundamentos, pero tampoco pueden descartarse otras motivaciones de carácter ideológico o social.

En entornos más próximos a su cotidiana actividad, pocas novedades se conocen de aquellos finales del 59. Si acaso, su ingreso en la Asociación Nacional de Maestros Industriales que había solicitado meses atrás. A principios de septiembre, le fue firmado en Madrid el carné de Maestro Industrial, con lo que se formalizaba su participación como miembro del gremio de ámbito estatal. Los años 50 fenecían. Atrás quedaban sinsabores, dificultades; también alegrías, mezclado todo con una amplia actividad docente y artística. Por delante, una nueva década se abría para Juan Aparicio. Es de suponer que la afrontaría con ilusiones de prosperidad personal y familiar; la realidad fue que se iniciaba el principio del fin en la vida de un hombre, de un profesor y de un artista.



## VIII

**Pero aún hay tormenta,  
y mi corazón se entristece.**

**Él también se fatiga.**

**[...]**

**Pero confío,  
que este sea  
el principio del fin  
de tanta tristeza.**

*Víctor Morata Cortado)*



*Autorretrato de Juan Aparicio Quintana.  
Juan Aparicio Quintana. 1960.  
Óleo/lienzo 86 x 80 cms.*



El año de 1960 abrió una etapa histórica marcada por la “guerra fría” entre los dos grandes bloques de países liderados por EEUU y la URSS. La separación y el alejamiento de ambos quedaron plasmados de forma real en el Muro de Berlín desde mediados de 1961. Mientras la Alemania del este (RDA) lo denominaba “Muro de Protección Antifascista”, gran parte de la opinión pública del sector occidental lo consideró un “muro de la vergüenza”. El extremo recelo entre las dos partes llegó a alcanzar límites y situaciones de tensión que pusieron a la humanidad a un paso de la tercera guerra mundial.

Pero la de los 60 será también la década de los Beatles, la banda inglesa de pop/rock que desde Liverpool haría llegar su música a todos los rincones del planeta y a muchos corazones de quienes lo habitamos; la década así mismo del movimiento hippy surgido en Estados Unidos y extendido por doquier; de la lucha por la carrera espacial que culminaría a finales de la década con la llegada del hombre al satélite lunar; la década de la puesta en la escena internacional, merced a sus ingentes reservas de petróleo, de los países de Oriente Medio.

En el panorama nacional, el desarrollo económico mejoró de forma notable, aunque desigual, el nivel de vida de la mayoría. Formó una clase media que hasta entonces era casi inexistente. Al tiempo, comenzaban las movilizaciones de oposición a la dictadura por parte de trabajadores y estudiantes. Mientras se producía un incremento notable de la población en grandes ciudades y en regiones con capacidad para absorber mano de obra, otras zonas geográficas del país como Extremadura sufrían el drama de la emigración y con ello la pérdida poblacional. Las mayores alegrías colectivas llegarían de la mano del fútbol, con los éxitos internacionales del Real Madrid o la primera copa de Europa de selecciones gracias a la victoria frente a Rusia. Era lo que algunos consideraban el “pan y circo” del Régimen franquista.

Una década, en fin, agitada y esperanzadora, que comenzó a nivel internacional con un 1960 que veía la progresión en distintos ámbitos: el camino de independencia de antiguos países coloniales; el afianzamiento de la revolución cubana de Fidel Castro, con la consiguiente extensión de los principios en que se basaba por el sur del continente americano; o el inicio de la construcción de la parte alta de la gran presa de Asuán en Egipto. La preocupación despertada entre los arqueólogos por la posible desaparición de importantes restos del Egipto faraónico se calmó con la operación de rescate llevada a cabo por la Unesco. Gracias a ella, llegaría a España el templo de Debod.

En lo que se refiere a España, pocas noticias de gran alcance abrirán la década. Si acaso, la de mayor trascendencia internacional fue la llegada, a finales del mes de enero del 60 y procedente de la República Dominicana, del que había sido presidente de Argentina, Juan Domingo Perón. Lo hacía tras haber sido derrocado por un golpe de estado en 1955 (la llamada Revolución Libertadora).

Reducimos el enfoque del objetivo y descubrimos un Don Benito que asiste a la transformación de su ecosistema como consecuencia de los nuevos regadíos del Plan Badajoz. Vinculado a este ambicioso programa, el municipio recibe la llegada de los colonos que habitarán los siete núcleos de población creados en su término: Conquista, Gargáligas, Hernán Cortés, Ruecas, El Torviscal, Valdehornillos, Vivares. Por contraste, la población del núcleo principal sufre el desgaste de la emigración que caracteriza a toda Extremadura, si bien la incidencia es menor en el caso dombenitense. La diferencia entre los que marchan y los que llegan arroja saldos positivos para el crecimiento demográfico, que se mantendría hasta finales de la década.

En el caso de Juan Aparicio, los documentos de su archivo personal revelan la mayor importancia que en estos años fueron adquiriendo los asuntos profesionales y los domésticos familiares. En cuanto a estos últimos, se conserva documentación en la que Aparicio Quintana solicitaba las exenciones legales que, en materia de impuestos sobre rendimiento del trabajo personal, derivaban de su condición de familia numerosa, así como otros en los que se verifica el incremento de las ayudas familiares

concedidas por el Estado. Varios son también los borradores de cartas que Juan debió de remitir a distintas instituciones, organismos e incluso parientes afincados en otras ciudades, en relación con sus dos hijos – Juan y Luis– que, por entonces, iniciaban sus estudios lejos de casa.

Ya se ha visto que tanto los ascendientes de Juan Aparicio como él mismo realizaron varias transacciones de fincas a lo largo de su vida. Una factura emitida por la notaría de Félix García Gutiérrez, en el mes de mayo de 1960, aporta información sobre otra compraventa (podría entenderse como prueba de una cierta holgura económica). En este caso, Juan compró dos fincas, al sitio de la Dehesa Boyal Vieja. El vendedor fue el vecino de la localidad José Rodríguez Gallego. Los derechos de Hacienda por la escritura otorgada a favor de Aparicio importaron 761 pesetas y 45 céntimos, a las que hubo de sumarse los honorarios de inscripción, que supusieron 273 pesetas más y 25 por el diligenciado del documento, con un montante total de 1.059 pesetas y 45 céntimos. Curiosamente, la factura concluía con el siguiente aviso: *“Se ruega envíen la cantidad dicha antes del próximo día 19 para no incurrir en multa en el Registro de la Propiedad”*.

En el ámbito profesional, a principios de junio de aquel 60 le fue emitido a “don Juan” el *“nombramiento con carácter definitivo [...] como Profesor y Maestro de Dibujo, Modelado y Talla, por tener cubiertos los seis años de servicio activo que se previenen en las citadas disposiciones [...]”*. La normativa legal a la que se hacía referencia figuraba en las Ordenanzas Generales de la Obra Sindical y en el Reglamento de Personal de los Centros Sindicales de Formación Profesional. El nombramiento, *“Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista”*, fue firmado en Madrid por el Jefe Nacional de la Organización Sindical, Antonio Aparisi, con el visto bueno del Vicesecretario Nacional de Obras Sindicales, Mariano Aniceto Galán.

Sin embargo, de nuevo las exigencias legales obligaban a demostrar la suficiente cualificación para que Juan Aparicio pudiera quedar integrado en la plantilla de la ahora denominada Escuela de Maestría Industrial. De ahí que se sometiera a una nueva oposición. Tendría lugar en el mes de septiembre de aquel 1960 en Madrid. Al igual que ocurriera

con las pruebas realizadas varios años antes, Aparicio conservó memoria de esta nueva convocatoria. En una cuartilla, unas líneas a lápiz mantienen vivo el recuerdo de lo allí ocurrido:

*“Ronda de Valencia, nº 3. E.M.I.*

*Nuevamente aquí... (y no digamos por el camino de la amargura, pues llegar a la meta merece el sacrificio). Todo está lo mismo, aulas espléndidas y talleres bien montados, como exigen las necesidades pedagógicas [...]*”

Juan se reencuentra con su pasada estancia en las mismas dependencias y vuelve a intercalar reflexiones íntimas en el desarrollo de los acontecimientos. Si en el año 58 los ánimos llegaban de aquel “*siempre adelante*”, ahora el tono parece algo más apesadumbrado (“*amargura, sacrificio*”). A continuación, de forma más escueta que en su anterior proceso de oposición, se limita a señalar:

*Los concursantes animados, el Tribunal nos da la bienvenida, y nos emplaza para la tarde [...]*”

*Son las 16,00 horas. Empezamos el trabajo práctico. Yo, como llevo tan bien la talla (esto como complemento), escogí este ejercicio por gustarme más; es una [...] de cajón cabeza de guerrero y cartela; fondeo, desbaste, modelo con gubias apropiadas y finalmente afino y lijo, no encuentro ningún inconveniente (solamente el factor tiempo), ya que la madera que utilizo es nogal”*

Solo unos meses después, a principios de octubre, “don Juan” recibía otro título. En este caso, “[...] *en virtud de concurso-oposición, se ha nombrado a D. Juan Aparicio Quintana Maestro de Taller Numerario de la Madera de Centros de Formación Profesional Industrial, con destino en la Escuela de Maestría Industrial de Don Benito (Badajoz) y sueldo o gratificación anual de veintitrés mil pesetas, más dos mensualidades extraordinarias, que percibirá con efectos económicos y administrativos de esta fecha [...]*”. El 31 de octubre siguiente, el Secretario de

la Escuela, Santiago González Murillo, expedía un certificado en el que se formulaba la toma de posesión del cargo por Juan Aparicio y su voluntad de percibir los haberes asignados como “sueldo”.

Aunque estos nombramientos venían a dar mayor seguridad al interesado en el ejercicio de su labor docente, traían aparejada una cierta incompatibilidad. Lo sabemos por el escrito que el propio Aparicio firmó con fecha del 30 de noviembre, dirigido al “*Camarada Jefe Nacional de la Obra Sindical de Formación Profesional*” en Madrid y que resulta esclarecedor de su situación laboral:

*“El compareciente desempeña en la actualidad el cargo de Maestro de Taller Rama de la Madera en la Escuela de Maestría Industrial y en el Taller Escuela Sindical de esta ciudad, como Profesor de Dibujo Artístico y Maestro del Taller de Modelado y Talla.*

*Que, por concurso oposición ha sido nombrado titular de la plaza que venía desempeñando en la citada Escuela de Maestría Industrial. Como quiera que en el Reglamento correspondiente se determina la incompatibilidad automática en el ejercicio de la docencia en dos Centros de Formación Profesional, es por lo que SOLICITA de V.I. que se digne ordenar la concesión con carácter urgente de la excedencia, por un período no inferior a un año ni superior a diez, en el Taller Escuela de Don Benito, de acuerdo con lo preceptuado en el artículo 49 de las Disposiciones Generales de la Obra Sindical de Formación Profesional”<sup>35</sup>*

El 13 de diciembre posterior, el Secretario Nacional de la Obra Sindical de Formación Profesional, Manuel Vara, firmó dos oficios. El primero de ellos confirmaba la baja de Juan Aparicio como “*Profesor de Dibujo en jornada semanal de 12 horas*” en el Taller Escuela Sindical de Don Benito, con unos haberes mensuales de 1.320 pesetas. El otro, muy similar, recogía la baja de la misma persona, pero ahora como “*Maestro*

---

<sup>35</sup> Expediente personal de Juan Aparicio Quintana. IES “Cuatro Caminos”. Don Benito

*de Modelado y Talla en jornada semanal de 15 horas*”, con un sueldo mensual de 1.650 pesetas. En ambos casos, consta que “*Se decreta esta excedencia a petición del interesado*”.

Poco después, el 20 de diciembre, el Director de la Escuela de Maestría Industrial -Arturo Macías Belda- comunicaba a Juan Aparicio Quintana su decisión de nombrarle “*Vocal de la Comisión de Ayuda Familiar de este Centro*”, un reconocimiento más a su dedicación e integración en la Escuela. Sin embargo, el año de 1961 se iniciaba con noticias adversas. El 5 de enero, el Secretario del Taller Escuela Sindical de Don Benito remitió las bajas que, como Maestro de Taller de la Escuela Sindical y a petición del propio Aparicio, había firmado Madrid. Es de suponer que el “regalo” de Reyes, por más que fuera esperado, no resultara agradable a Juan Aparicio y a su familia, dadas las reducciones económicas que conllevaban. Y no serían las únicas malas nuevas de aquel año.

En pleno verano, un sábado de mediados del caluroso mes de agosto, Juan perdía el que posiblemente era su referente vital. Todos conocían el gran amor que el hombre profesaba a su madre, su respeto y enorme consideración, las visitas frecuentes a su casa... Incluso, hay quien apunta que, a pesar de las dificultades económicas que la familia Aparicio Quintana llegó a atravesar en muchos momentos, Juan nunca permitió que a su madre le faltara una moneda en la faltriquera. Estas impresiones sobre el cariño de Juan hacia su madre, transmitidas oralmente, se plasman en unos poemillas que Aparicio escribió desde lo profundo de sus sentimientos:

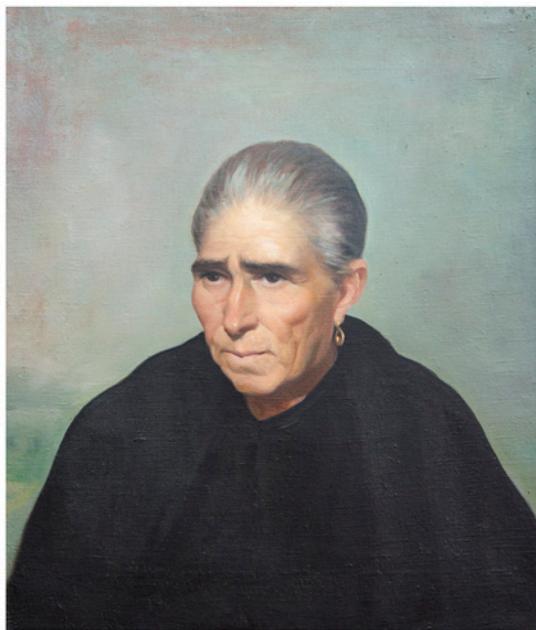
*Era verano  
ya amanecía  
se marchó de este mundo  
lo que más quería*

*Lágrimas sin sollozo  
por mis mejillas caían  
i...por qué te marchaste madre  
sin decirme dónde ibas...!*

*Sé que estás en el cielo  
Sé que la Virgen te ampara  
Sé que te acuerdas de todos  
Te lo agradecemos con todo el alma*

*“Te acuerdas cuando me mecías  
cuando tú me amamantabas  
cuando los primeros pasitos  
cuando caía, sin hacerme nada,  
reías como las aguas de un riachuelo  
transparente como el alma.*

*Niños que madres tenéis  
Respetadlas y adoradlas  
Es el tesoro más grande  
La joya más esmerada*



*Retrato de Inocencia Quintana, madre del pintor.  
Juan Aparicio Quintana. 1959.  
Óleo/lienzo. 65 x 60 cms.*

La vida seguía adelante y Juan tenía que forjar su propio camino. En noviembre del mismo año 60, Juan Aparicio colaboraba con el Patronato local “Nuestra Señora de las Cruces” en una campaña pro-construcción de viviendas para los necesitados mediante la entrega de un donativo de cien pesetas. Algún tiempo más tarde, esas viviendas se levantarían en la zona más precaria de la ciudad, al suroeste de la misma, en las proximidades del espacio conocido aún hoy como los *Cuatro Caminos*.

En otro ámbito más personal, al parecer el artista llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de construirse un espacio propio en el campo. Esperaba encontrar allí la tranquilidad y, sobre todo, la luz que anhelaba para su estudio de trabajo, el lugar en el que alcanzar la concentración de que tanto gustaba para enfrentarse a sus lienzos. Él mismo diseñó y proyectó los planos de su “chalet” y él mismo también se encargó de redactar el contrato de obra:

*“Contrato de edificación de mi “Chalet” en una finca denominada “San Isidro”, en la dehesa boyal, frente al transformador, de forma exagonal; entre Baldomero Fernández Leal, constructor, y Juan Aparicio Quintana, propietario de dicha finca. Los contratantes se comprometen a realizarlo y pagarlo en la siguiente forma, que son tres plazos (total: 28.000 ptas.)*

*A.- Baldomero Fernández Leal, realizará la primera fase, o sea la 1ª planta (semisótano) cobrando al término de esta nueve mil pesetas.*

*B.- La segunda cuando coja las aguas de la 2ª planta, cobrando también nueve mil pesetas.*

*C.- 3ª y última, al realizar la torreta y lucido exterior (quedando por lo tanto fuera de contrato el lucido y piso interiores), cobrando por esta última diez mil pesetas. El tiempo de realizarlo es de cuarenta y cinco días, a contar desde la firma de este contrato.*

*Si al finalizar alguna de estas tres fases, no estuvieran conforme algunos de los contratantes, se considerará nulo este contrato para las sucesivas.*

*Don Benito – 20 – Noviembre 1961”*

Enero de 1962. Un muchacho, vestido con traje militar “de paseo”, permanece con la mirada fija en la ventanilla de su compartimento. Ve pasar, primero despacio y luego con una rapidez progresiva, los extensos campos que se extienden hacia el norte hasta el Guadiana. Aunque él no puede divisar el gran río, sabe que está allí... por donde crecen los grandes eucaliptos que dibujan sus siluetas verde oscuro en el horizonte. Y sabe también que pronto encontrará el gran río cuando llegue a su Mérida natal. Aparta la vista un instante para saludar y dejar espacio en el asiento a una señora que acaba de subir al tren en la estación de Don Benito. La mujer, curtida por los años y el dolor, lleva una cesta de mimbre que coloca entre sus piernas. El soldado opta por regresar a la contemplación de los campos y entonces observa algo que le llama la atención.

-Señora, ¿qué es eso que parece la torre de un castillo? -pregunta.

La respuesta no se hace esperar.

- ¡Ay, hijo, cómo se nota que no eres de por aquí! Esa es... “la casa del pintor”!

“La casa del pintor”... Con tan expresiva denominación se identificó popularmente, en el entorno local, la construcción que se levantaba en las inmediaciones de la línea férrea y en las proximidades del antiguo camino de San Isidro. Era una denominación espontánea que dejaba patente cómo para aquel pueblo, en aquellos momentos, Aparicio era “el pintor”, el único que podía alcanzar tal categoría y que no se precisaban más aclaraciones para saber de quién se hablaba. En la realidad, apenas una torreta sobre la que se erguía un pararrayos revelaba los temores del hombre y los anhelos del artista. Cual si fuera su pequeña fortaleza, el chalé se erigía en medio de los campos, en medio de las mundanas hostilidades. Aún es posible verlo y disfrutarlo en animada charla con sus descendientes.

A lo largo de este *Retrato* han sido varias las ocasiones en que se ha hablado del carácter y del temperamento de Juan Aparicio. Entre sus papeles, se conserva una relación de *Proverbios* de Séneca. Sin duda, tanto el hombre como el artista encontraban en el tipo de vida que propugnaba el filósofo romano un ideal hacia el que dirigir su propia existencia. El estoicismo, la vida sobria y moderada o el sometimiento a la voluntad

divina eran formas de hallar la felicidad en la opinión de Séneca. Las opiniones que nos han llegado de las personas que conocieron y trataron a Juan Aparicio y sus propias anotaciones personales realizadas a lo largo de su vida, la influencia ya conocida de los hombres del 98 y especialmente de Unamuno, su reconocida herida sangrante de la guerra civil, todo un conjunto de indicios que permiten sostener que las enseñanzas senequistas pudieron llegar a ser espejos en los que Juan buscara el reflejo de su propia conducta vital.

Curiosamente, al igual que la filosofía senequista encontró un importante eco en el Renacimiento, en Aparicio se conjugaban el estoicismo con el espíritu inquieto de quien se siente fascinado por los avances tecnológicos y por el afán de conocer. En otros aspectos, austeridad económica familiar y generosa largueza en cuanto a su labor docente y a su obra. En suma, una mezcla que resultaba extraña para la mayoría y que hacía que muchos le consideraran con un cierto halo que popularmente se identificaba con las rarezas achacables a todo artista. Sin embargo, para otros, como su discípulo Pepe Sefui, “*don Juan era un humanista*”.

A su alrededor, en aquel año de 1963, el mundo comprobaba con cierto alivio que era posible rebajar el nivel de enfrentamiento entre las grandes potencias. La firma del tratado de prohibición de ensayos nucleares entre EEUU, la URSS y el Reino Unido supuso un primer paso en el debilitamiento de la conocida como “guerra fría”. Todo lo contrario ocurría con el problema de los derechos civiles en los Estados Unidos de América. El 28 de agosto, el reverendo Martín Luther King lograba congregarse más de 250.000 personas para escuchar el que posiblemente sea su más famoso discurso -*Hoy tengo un sueño...*- acerca de la libertad racial y la igualdad de los hombres, independientemente del color de su piel.

En el otro bloque ideológico, la URSS lanzaba al espacio la nave Vostok 6 con la primera mujer cosmonauta, Valentina Tereshkova, prueba del empeño de las dos grandes potencias por adelantarse en la carrera espacial. Mientras tanto, en Roma fallece el Papa Juan XXIII y, a finales de año, la noticia del asesinato del Presidente norteamericano John F. Kennedy en Dallas (Texas) sacude los noticiarios de todo el planeta. Sólo unos meses antes había visitado el muro de Berlín y contagiado optimis-

mo a muchos alemanes, al afirmar “*yo también soy berlinés*”. Habrían de transcurrir aún varias décadas para que aquel optimismo se hiciera realidad (hasta 1989) y las dos Alemania volvieran a reunificarse.

Más cerca, en el complejo ruedo ibérico, el régimen franquista quiso dejar claro a la comunidad internacional la fuerza de sus convicciones y, en pocos meses, ejecutó al militante comunista Julián Grimau, al guerrillero anarquista Ramón Vila Capdevila (Caraquemada), al extremeño Francisco Granado Data -militante de las Juventudes Libertarias- junto con el también anarquista, Joaquín Delgado. Es de suponer que esta información, en la entonces única televisión estatal, llegaría precedida de los dos rombos. Fue el sistema de información encargado de proteger al espectador ante las maldades que pudiesen contemplar sus ojos, puesto en marcha aquel mismo año.

Al iniciarse el curso académico 63-64, Juan Aparicio redactó unas notas algo deshilvanadas que permiten conocer los trabajos que se desarrollaban en el Taller de Carpintería, así como la línea pedagógica que ya se le conoce en cuanto a la importancia que le daba a tener en cuenta la capacidad de cada uno de sus alumnos y la búsqueda de la especialidad que mejor se adaptara a sus posibilidades:

*“Trabajos a realizar, según normas generales, en el curso 1963-64 de este taller.*

*2º Curso Iniciación.*

*Siendo este curso de rotación, tienen por lo tanto que conocer el manejo de la herramienta en primer lugar, el de la materia a utilizar y trazado.*

*Prácticas*

*Los ejercicios a realizar son catorce, empezando por aserrar, cepillar, formando con estos paralelepípedos y prismas en todas sus formas y terminando con ensambles rectos a media madera, sujeto todos ellos a medida.*

*1º curso de Aprendizaje*

*Prácticas*

*Consta este curso de 34 trabajos cuidadosamente seleccionados y con dificultad progresiva. Comienza por ensambles a*

*<media madera en cruz> y terminan con ensambles a <cola de milano> múltiple, ocultos por ambas caras y empalme ensamble a cola.*

*Una vez realizados estos trabajos, viene la segunda fase, aplicación de muchos de ellos en trabajos de sillas, banquetas y mesillas.*



*Alumnado de carpintería en la Escuela de Maestría Industrial Ayuntamiento de Don Benito*

*2º y 3º cursos de Aprendizaje.*

*Estos cursos, que por su preparación y formación, realizan trabajos a tamaño natural, como son mesitas de noche, hueco completo de ventana, sillas con sus elementos curvos y consolas sencillas y filtrado aplicado, así como marquetería.*

*Como en estos chicos siempre existen diferencias de capacidad, los va uno acoplando según se van desarrollando en el trabajo, en la especialidad para la que son más competentes.*

*1. Construcción de una mesa con tablero de ajedrez con marco fileteado - Muebles a base de aglomerados con aplicación de materiales plásticos y prensado - Construcción mesa de despacho. -Prácticas de teñido. Todo sujeto al nuevo cuestionario”.*

En otras anotaciones, Aparicio se extendía sobre aspectos concretos de sus clases de carpintería:

*“1º Como estos alumnos carecen de toda formación para esta materia a la que se les va a someter, hay que empezar por lo más rudimentario, someterlo al conocimiento de los materiales a emplear, sus defectos, sus causas, y cómo evitar más adelante los motivos antes dichos. Por todo y para la que la preparación sea lo más provechosa posible, didácticamente hay que trabajar para que estas lecciones les sirvan en lo sucesivo en las prácticas que han de realizar.*

*2º Las herramientas y sus peligros: esto es de primordial importancia, ya que si tienen conocimiento de ellas y de su manejo se evitará más adelante accidentes deplorables, por esta causa y por otras que no relaciono, es necesaria esta preparación con toda meticulosidad”*

Y sin embargo, detrás de esas notas sobre el contenido de los cursos y los aspectos pedagógicos a considerar, más allá de la intensa dedicación que sus alumnos le reconocen y de la bonhomía que todos le recuerdan, la vida laboral del maestro “don Juan” encerraba otra realidad mucho más dura. Algunos escritos del propio Aparicio revelan el malestar interior que sufría como consecuencia del ambiente hostil que venía dándose en el centro de trabajo y que, posiblemente, pasara desapercibido para el alumnado. Ignoramos si también para el resto del claustro. Dejemos que sean sus propias palabras las que describan la situación mediante carta dirigida posiblemente a Guillermo Miranda Arias, profesor de Metal que había compartido con Juan la oposición de 1960:

*“Amigo Miranda: Primero, que te encuentres bien y completamente restablecido de la vista, que es lo importante; y ahora paso a decirte lo siguiente. Como pensabas ir a la Escuela de Tetuán, te agradeceré preguntaras a Justo Rivero, que es el Maestro de Carpintería (pues este hombre está documentado en todo esto) qué derechos tendría uno si*

*se retirara en estas circunstancias y con estos años de servicios, pues te digo Miranda que el compañero que tengo me hace la vida imposible, intenta por todos los medios a su alcance desprestigiarme, yo que le doy facilidades para que no se vea postergado a segundo lugar, me trata con un desprecio que no se puede aguantar. Bueno, iya le conoces!... y al mismo tiempo aprovecha la ocasión para decirle lo de la Mutualidad”*

Los ánimos de Juan Aparicio se muestran decaídos, hasta el punto de plantearse la jubilación. La mala relación con “el compañero” probablemente derive de su nombramiento como Maestro de Carpintería, lo cual provocó que otro de los profesores de la Escuela pasara a ser ayudante de Juan en aquel taller. Las anotaciones de Aparicio indican que trató de conseguir que el compañero no se sintiera relegado, pero parece que no tuvo éxito. Desconocemos los procedimientos por los que su ayudante intentara desprestigiar al maestro de taller, pero lo cierto es que otro borrador autógrafa de Juan permite comprobar que las cosas llegaron a alcanzar cierta oficialidad, si bien no hay constancia alguna en los archivos de la antigua Escuela de Maestría Industrial:

*“Cuatro palabras nada más, Sr. Director: si ese informe es aprobado por el Ministerio como verídico, yo no estaba en esa Dirección ni un momento más, por vergüenza...*

*Al Rey, la Hacienda y la vida se han de dar  
Pero el honor es patrimonio del alma  
Y el alma sólo es de Dios*

*En cuanto a mi situación en este Centro, sólo me ha guiado el deber; servir a Dios, a España, a la Escuela con todas mis fuerzas, que Dios perdone a todos los que me han hecho mal. Respecto a este caso, yo tengo un informe particular que llegará al Sr. Director General, por conducto regular o irregular (si lo requiere el caso) en el momento necesario, sólo para esclarecer la verdad...*

*No intento defenderme, porque los que tenemos la conciencia tranquila sólo pensamos en la defensa de Dios, no así los que su alma atormentada y en la oscuridad de su pensamiento, maquinan maquiavélicamente”*

Probablemente aquel informe del que habla Juan no llegara nunca a Madrid y la Escuela tratara de solucionar el conflicto de puertas adentro. Tampoco sabemos si se logró, o si la normalidad que reflejan los documentos y los hechos a inicios del curso 64-65 era una mera apariencia. Lo cierto es que en aquel comienzo de curso se le asignó la responsabilidad de las clases Prácticas de Taller en el cursillo de Formación Inicial Profesional. Con tal motivo, se elaboró un documento escrito:

*“Los que suscriben –Juan Aparicio Quintana y Emilio Camacho García– se comprometen, mientras dure el Curso de Iniciación a la Carpintería, a cumplir los siguientes puntos (abonando por ausencia en el servicio las cantidades siguientes):*

- 1º. Por ½ hora .....20 ptas.*
- 2º. Por 1 “... ..40 “*
- 3º. Por jornada completa 120 “*

*Estas cantidades irán destinadas al auxiliar que ocupe nuestro puesto.*

*Estando de acuerdo con lo antes expuesto, firmamos este expresado convenio.*

*Don Benito – 3 – Octubre – 1964”*

Fue aquel del 64 un año duro desde el punto de vista climatológico. El mes de noviembre llegó en medio de una pertinaz sequía. El cursillo de Iniciación Profesional comenzó a impartirse a principios de ese mes. Juan Aparicio atendía a sus obligaciones docentes y a sus responsabilidades paternas. El día 17 de noviembre escribió el borrador de una declaración por la que autorizaba a su hijo, Luis, para que “pueda traba-

*jar las horas que tenga libre en algún taller de Barcelona, cuando él lo crea necesario, para su sostenimiento y sin perjuicio de los estudios que realiza en la Escuela de Trabajo de Barcelona”.*

Juan Aparicio aprovechaba los fines de semana para escaparse a su chalé y encontrar allí el sosiego que parecía no hallar en su vida diaria. Encerrado en su torreón, buscaba la inspiración y la concentración para liberar su auténtica pasión: la pintura. Así lo hizo el sábado 21 y domingo 22, pudiendo contemplar las tradicionales heladas que emblanquecían los campos extremeños. El lunes, 23 de noviembre, amaneció con negros nubarrones en el horizonte y la necesidad de retomar la actividad habitual en la Escuela.

Es posible que al contemplar aquel cielo, Juan temiera la llegada de alguna tormenta que le obligara a buscar refugio y protección. El artista, el maestro y el hombre habían acumulado experiencia para enfrentarse al enemigo meteorológico; a otras rivalidades quizá no. Su corazón no pudo soportar el peso de tantos avatares y, tal vez, de los últimos desengaños en la tarea docente a la que se había entregado durante dos décadas. Un pequeño pliego de papel, doblado, arrugado y maltrecho, fue encontrado en uno de los bolsillos de sus pantalones. Varias palabras, apenas legibles, le acompañaron hasta el final:

*“1ª - ena...*

*2ª - excedencia (cuando ya era numerario)*

*3ª - porque tengo el cargo (desprestigio)*

*¿Lágrimas?*

*Todo sin...*

Y así, parafraseando a Miguel Hernández, en Don Benito, su pueblo y el nuestro, se nos murió como del rayo Juan Aparicio Quintana. Descansan sus restos en el nicho 21 de la manzana de San Francisco, en el Cementerio Municipal de la tierra a la que permaneció atado durante su existencia, incapaz de volar a esos otros mundos en los que el arte adquiere un valor especial. La memoria de sus alumnos (amplia es la nómina de ellos, algunos de los cuales encontraron su camino en el mundo artístico y otros en el terreno profesional), pero especialmente sus cua-

dros y el recuerdo colectivo serán, por siempre, el mejor testimonio vital de un hombre con alma de artista.



*Perro triste ante la cuna.*  
*Juan Aparicio Quintana. 1950.*  
*Óleo/lienzo. 86 x 126 cm.*

Años más tarde de su defunción, su pueblo comenzó a reconocerle su pintura y su labor docente. En 1982 se le dedicó una calle y se le tributó un homenaje póstumo; algo después (1989), el Ayuntamiento instauró el Premio Nacional de Pintura “Juan Aparicio”, que ha conocido seis ediciones hasta el año de 2007 en que dejó de celebrarse. En 1995 se le erigió un busto (obra de su compañero de juventud Juan de Ávalos). El acontecimiento fue el marco elegido por la familia Aparicio García-Quintana para hacer pública su intención de donar al pueblo de Don Benito los cuadros y algunos muebles que atesoran de su padre. Para la formalización de esa propuesta de cesión y la conservación de la obra de Juan Aparicio llegó a constituirse en el marco del Ayuntamiento un Patronato, que posteriormente fue disuelto por decisión del Gobierno Municipal (2002) sin que la donación llegara a culminarse.

Cuando estas letras vean la luz, en buena medida será gracias al trabajo del nuevo Patronato creado a instancias del actual Alcalde, señor Quintana Álvarez. Igualmente, el espacio en que se emplaza el busto del pintor, en la confluencia de las Avenidas Alonso Martín y Constitución, habrá sido remodelado a fin de dignificarlo. En distintas ocasiones, algo

de su obra ha podido ser contemplada tanto en su localidad natal como en otros puntos de España. Parte de ella podrá disfrutarse permanentemente en la sala que el Ayuntamiento de Don Benito pretende reservar a Juan Aparicio Quintana en el Museo Etnográfico de la ciudad y que materializará la donación a su pueblo de la obra del pintor por parte de la familia Aparicio García-Molina. El propio Ayuntamiento tiene intención de recuperar el Premio Nacional de Pintura Juan Aparicio Sirva este bosquejo del retrato del hombre, del artista y del maestro, en el marco del tiempo que le tocó vivir, para ayudar a preservarlo frente al olvido.

Inicios del 2017

## BIBLIOGRAFÍA



*Vaso con agua, perol frutas y calabacín.  
Juan Aparicio Quintana. 1961.  
Óleo/lienzo 52 x 60 cms.*



Alvarado Sánchez, R. (2012). *Perspectiva histórica y problemas actuales de la institución penitenciaria en España. Las mujeres encarceladas toman la palabra*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Andrés Ordax, S. (1981). “El pintor extremeño José de Mera”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. Tomo 47. 489-493. Valladolid. Universidad de Valladolid.

Anónimo. (1931). “La Exposición Aparicio Quintana”. *La Voz Extremeña*. Diciembre. Badajoz.

Arias González, L. (2013) *Gonzalo de Aguilera Munro. XI Conde de Alba de Yeltes (1886-1965)*. Salamanca: Universidad de Salamanca  
Ayala Vicente, F. (2002). “Orígenes del movimiento obrero en Extremadura”. *Revista de estudios extremeños*. Vol. 58. Nº 1. Págs. 171-184.

Cansado González, C. y Gómez Broncano, A. (2008). A. *Revista de Feria*. Talavera la Real.

Cansado, C.; Corzo, A. y Gómez, A. (2002). “El Plan Badajoz: 1.952-2.002”. *Revista de Feria de Talavera la Real*. Talavera la Real: Grupo de Coros y Danzas Luis Chamizo. Sección de Investigación de la Historia y el Folklore.

Carmona Cerrato, J. (2007). *Alonso y Pero Martín de Don Benito*. Don Benito.

Cortés González, D. y Lozano Santo, J.J. (2012). “Apuntes Históricos”. *Revista de Historia de las Vegas Altas-Vegas Altas History Review*. Nº 2. Don Benito: Grupo de Estudios de las Vegas Altas (GEVA).

Cortés González, D. (2012). “Apuntes Históricos (II)”. *Revista de Historia de las Vegas Altas-Vegas Altas History Review*. Nº 3. Don Benito: Grupo de Estudios de las Vegas Altas (GEVA).

Cortés González, D. (2013). “Apuntes Históricos (IV)”. *Revista de Historia de las Vegas Altas-Vegas Altas History Review*. Nº 5. Don Benito: Grupo de Estudios de las Vegas Altas (GEVA).

Cortés González, D. (2014). “Apuntes Históricos (V)”. *Revista de Historia de las Vegas Altas-Vegas Altas History Review*. Nº 6. Don Benito: Grupo de Estudios de las Vegas Altas (GEVA).

Cortés González, D. (2015). “Apuntes Históricos (VI)”. *Revista de Historia de las Vegas Altas-Vegas Altas History Review*. Nº 7 Don Benito: Grupo de Estudios de las Vegas Altas (GEVA).

“Critilo” (1956). “Juan Aparicio Quintana, pintor extremeño y dombenitense”. *Diario <HOY>*. Badajoz. 22 de mayo.

Cruz Mera, M. L. y Curado Fuentes, A. B. (1993). “Estudio del retrato de Hernán Cortés, de Juan Aparicio Quintana, en Medellín”. *Resumen de los XXII Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo: Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura.

Chaves Palacios, J. (1997). *La Guerra Civil en Extremadura. Operaciones militares (1936-1939)*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.

Checa Godoy, A (1989). *Prensa y partidos políticos durante la II República*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

*Correo Extremeño* (1930). Año XXVII. Número 7744, 13-09. Badajoz.

*Diario ABC* (1964). Madrid.

<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1964/04/01/137.html>

Diputación Provincial de Badajoz. Archivo Digital. Hoja nº 55

Diputación Provincial de Badajoz. Acta del 20 de septiembre de 1932. [http://www.dip-badajoz.es/cultura/archivo/index\\_digital.php](http://www.dip-badajoz.es/cultura/archivo/index_digital.php)

Diputación Provincial de Badajoz. Acta del 26 de enero de 1932. <http://www.dip-badajoz.es>.

Fernández García, P. (1998). “Pablo Iglesias en Don Benito”. *Revista Asterisco*. Don Benito. IES “Cuatro Caminos”.

Frutos Cortés, E. (1949). “Espiritualidad de Francisco Valdés”. *Don Benito*. Nº 12. Agosto. Don Benito.

*Gaceta de la República*. Número 104. Páginas 305 y 306.

Gallego, J. –Sefui- (1992). *Revista Ventana Abierta*. Don Benito: Asociación de Amigos de la Cultura Extremeña.

Gallo, I y Gómez, R (2010). “Miniaturas que hacen historia. TVE traza un retrato sociológico de España a través de la publicidad”. *El País*. 2 de mayo. Madrid.

González Rodríguez, A. (2001). “El pintor José María Collado”. *Crónicas del siglo XX*. Diario Regional “HOY”. 18 de febrero. Badajoz.

Hinojosa Durán, J. (2009). *Tropas en un frente olvidado. El ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.

<http://www.fundacionjuandeavalos.com/biografia>.

Lozano Santos, J. J. (2008). *La formación Profesional. Sus antecedentes y evolución (Escuelas de Artes y Oficios)*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.

Lozano Santos, J.J. (2010). “Los cuadros del Retablo (I)”. *La Crónica de Don Benito y Villanueva de la Serena*. Nº 78. Mayo. Don Benito y Cáceres: Editorial Extremadura.

Lozano Santo, J. J. (2011). “Juan Blanco Lozano. Escultor imaginero (1898-1984)”. *Revista de Historia de las Vegas Altas*. Nº 1. 49-59. Don Benito: Asociación Torre Isunza.

Martín de la Guardia, Ricardo M. (1989). Reseña del libro *La posición centrista durante la Segunda República (El periódico AHORA 1930-1936)*, de Jesús de Juana. *Investigaciones históricas: época moderna y contemporánea*. Nº 9. 325-326. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Menéndez, A. (2009) “Una cámara para nuestro amigo el Átomo: la representación de las tecnologías médicas nucleares en NO-DO”. *Quaderns de Cine*. Nº 4. Alicante: Universidad de Alicante.

Moliné Escalona, M. (2001). *La represión en la Guerra Civil*. Zaragoza. <https://www.almendron.com/artehistoria/historia-de-espana/edad-contemporanea/la-represion-en-la-guerra-civil/>

*Pieza segunda de Badajoz. Del Alzamiento Nacional. Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación en el partido judicial de Don Benito*. Archivo Histórico Nacional. FC-CAUSA\_GENERAL, 1055, EXP.6.

Raposo, F. (1928). “El caso de Juan Aparicio Quintana”. *Diario La Libertad*. Enero. Badajoz.

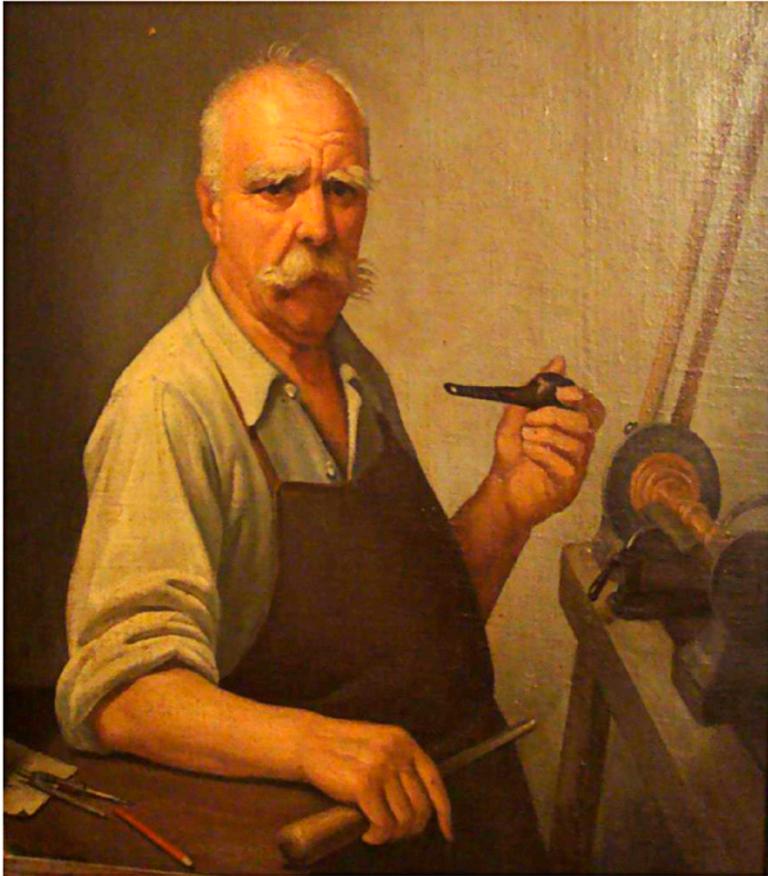
Ripoll i Cornell, E. (1998). “Luis Ruiz Contreras (1863-1953). Un català, un empordanès, un castelloní en la Generació del 98”. *AIEE*. 31. Págs. 445-495. Figueres.

Suárez Álvarez, M. Á. “Notas para la historia del IES <Cuatro Caminos>”. *Antigua Escuela de Artes y Oficios*. Don Benito.

Suárez de Venegas Sanz, J. L. (1995). “Época romana”. En *Don Benito. Análisis de la situación socioeconómica y cultura de un territorio singular*. Mérida: Ayuntamiento de Don Benito y Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura. Editora Regional de Extremadura.

Torrejón, M. J. (2007) “Un guiño a la historia sobre cuatro ruedas”. *Diario <HOY>*. 18 de junio. Cáceres.

VV. AA. (2003). *Navarra 1936. De la esperanza al terror*. Edit. Altaffaylla Kultur Taldea.



*El maestro Apolinar.  
Juan Aparicio Quintana. 1959.  
Óleo/lienzo 98 x 85 cms.*







Ayuntamiento  
de DON BENITO  
Patronato  
JUAN APARICIO



DIPUTACIÓN  
DE BADAJOZ